

Faruk Šehić

Cuentos con mecanismo de relojería

Sevdah preapocalíptica

Traducción
Miguel Rodríguez Andreu

LHG



hespérides

CUENTOS CON MECANISMO DE RELOJERÍA

(*SEVDAH* PREAPOCALÍPTICO)

FARUK ŠEHIĆ

Traducción Miguel Rodríguez Andreu



ESLES DE CAYÓN
2020



Faruk Šehić (1970), nació en Bihać, República Socialista Federal de Yugoslavia.

Cursó estudios de veterinaria en Zagreb, hasta el inicio de la guerra. En 1992, fue reclutado por el Ejército de Bosnia-Herzegovina. Terminada la guerra, estudió Literatura y comenzó a escribir.

Su libro de poemas, *Hit depot* (2003) fue un bestseller en Bosnia. *Under pressure* (Pod pritiskom, 2004), ganó el premio Zoro Verlag. En 2013 publicó *Las aguas tranquilas del Una*, su primera novela, por la que recibió el premio Mesa Selimovic a la mejor novela publicada en Serbia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Croacia. Por esta novela recibió también el EU Prize for Literature.

Su libro más reciente es una colección de poemas titulado *My Rivers* (Moje rijeke, Buybook, 2014) por el que recibió, en 2014, el premio Risto Ratković al mejor libro de poesía en Serbia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Croacia; y el Premio Anual de la Asociación de Escritores de Bosnia-Herzegovina.

La crítica literaria de su país ha nombrado a Faruk Šehić, líder de la «generación mutilada», una generación de escritores nacidos en 1970 en Yugoslavia.

Faruk Šehić ha ido escribiendo estos relatos durante años para ponerse a salvo de la guerra y de la vida. «¿Por qué alguien inventaría historias de terror cuando las vivió durante los años de la guerra? —escribe el autor— ¿De qué fantasía hablamos cuando todo lo que vivimos fue fantástico? En nuestro país, la literatura es a menudo más que la vida misma, porque es una combinación de maquinación y hechos irrefutables.»

De este libro dice Miguel Rodríguez Andreu, traductor de su obra: «La supervivencia emocional oscila entre el encuentro con la belleza y la tragedia, y cada uno de estos cuentos es una apasionante reivindicación de la vida, incluso cuando se sabe que el único desenlace posible es la muerte». Cronista de los sueños y de lo real, Šehić nos vuelve a abofetear con su escritura empapada de dolor.

«Una obra que no deja indiferente y que atrapa, succiona al lector hacia lo más profundo de su mágico y turbulento interior con una brillante escritura poética de gran sugestión evocativa y de una rara, penetrante e hipnótica perfección formal. (...), de vez en cuando, surgen fascinantes textos que son auténticas obras de arte en su género»

Mercedes Monmany, **ABC Cultural**

Título original:
Priče sa satnim mehanizmom

© De los textos: Faruk Šehić
© De la traducción: Miguel Rodríguez Andreu

Madrid, enero 2020

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6. 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-63-1

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Producción del ebook: booq̣lab.com

Así es como acaba el mundo
Así es como acaba el mundo
Así es como acaba el mundo
No con un estallido, sino con un quejido.

The Hollow men (1925)

T. S. Eliot

It's the End of the World as We Know It (And I Feel Fine)

R. E. M

LOS SOÑADORES

El hielo será el barniz del invierno. Pronunciaste únicamente esta extraña frase. Nos acompañaban David Bowie y su *Absolute Beginners*, un televisor gigante, uvas blancas en un recipiente de vidrio, dos latas de cerveza, el frescor agradable del parqué, una cortina en la puerta del balcón; el viento cimbrea la copa de los álamos blancos. En el pasillo, entre la sala de estar y el dormitorio, había una gran balda con libros. La biblioteca estaba allí situada, en el lapso entre el día y la noche. Justo en este punto me detenía haciendo una parada antes de dormir, sacaba un libro y lo leía de pie, olvidando momentáneamente en qué continente me encontraba. Era la estancia más íntima del apartamento, junto a una habitación eternamente envuelta en la semioscuridad. Afuera había personas, civiles. Ellos hacían, lejos de nosotros, lo que consideraban que tenían que hacer. Y, nosotros, hicimos lo mismo, colmando nuestros pequeños sueños de cada día.

«Pues, te amo, ¿me imagino que eso lo sabrás?».

«¿Cuánto?».

«El que más de toda la ciudad».

«Eso no es suficiente para mí», dijiste.

«Bien, pues el que más de toda Europa».

«Me parece poco».

«El que más de toda la galaxia».

«Eso ya está mejor».

«Sabes cuánto te quiero: resulta difícil describirlo con palabras en el aire, si es que pudiéramos imaginar que éstas permanecen en el aire después de haberse dicho. Las palabras son tan impotentes como un globo pinchado, no queda nada de ellas. Esa es la esencia misma de la que hablan los poetas».

«Te quiero sin reservas. Ahí lo tienes».

«Ahora de nuevo intentas seducirme, siempre te funciona. Pero al final lo único que quieres es follarme».

«¿Qué tiene de malo eso? Nos unimos y nos fundimos en uno. El orgasmo es una poderosa ósmosis. Volamos juntos hasta el noventa y nueve arcoíris que hay en el cielo. Desaparecemos en nada en un segundo interminable. El tiempo se retuerce como la luz en un agujero negro».

«Poeta y filósofo, eso es lo que tú eres, pero no dejaré que me folles, por lo menos no en esta

ocasión».

«Eso significa que no me quieres lo suficiente, si no, me darías tu cuerpo».

«No tenemos por qué estar follando siempre, solo piensas en ello. Un poco de atención y ternura, eso es lo que necesito de vez en cuando. El eros de la mente. No tiene que ser todo impulsivo y tenso. Relájate de vez en cuando».

«Bien, pues no te echaré un polvo nunca más».

«Ya está él con sus amenazas, veremos quién es el primero que se rinde, siempre eres tú. No podrás aguantarte. Eres el primero que terminas cayendo de rodillas».

«No pongas a prueba mi voluntad, es fuerte, y entonces sufrirás», dije.

«Como si tú no fueras a sufrir».

«De acuerdo, que el dolor sea compartido. ¿Cuál es el problema? Realza el espíritu y fortalece el cuerpo».

«Gilipolleces, y por eso siempre andas con explicaciones. Piensas que eres omnipotente».

«A lo mejor lo soy, a lo mejor no. Nunca se sabe».

«Venga, dame un beso», dijiste.

«¿Nos hacemos un porro?».

«Hazlo».

Me fui a la terraza. La ropa se secó en un monstruo alado de alambres y tubos vacíos. Una sábana blanca como los vestidos de los fantasmas. El cielo azul y arenoso. La luna es un kamikaze estático. La chimenea fálica de color roja y blanca habitaba todo el barrio. Monolito elíptico del progreso: la chimenea de una planta de fundición o de una instalación similar.

Enciendo la punta del cigarrillo; siempre que lo hago, recuerdo esas películas geniales en las que los personajes fuman con arrebató, especialmente las de vaqueros. Me gustaría ser tan fuerte como Lee Marvin. Solo que no es momento para *Lee Marvines*, el mundo ha estallado y nunca volverá a quedar de una pieza, así nos susurran las pantallas de los televisores. Me pareció que me alineaba con pensamientos grandiosos que pondrían el cosmos cabeza arriba. A menudo me lo parece cuando estoy colocado. Me deshice del filtro y observé cómo la luz se apagaba lentamente como si fuera una lluvia de meteoritos proveniente de un cometa cualquiera.

Te sentaste con las piernas cruzadas en el sillón de cuero. Sobre tus dedos resplandecía una luz roja oscura. Venas prominentes, esmalte color sangre, piel blanca y estirada. Adoro tu sangre. Un día fluiré por tus venas azules. Deseaba besar tus dedos y pies. Una extraña fuerza me atraía hacia ellos. Es como si hubiera visto un aura temblorosa que se extendía desde las piernas y por todo el cuerpo. Parpadeé. No hay manera de describir aquellos ojos. Si existe, entonces son profundos y de color azul oscuro como la melancolía que cae en el crepúsculo de mayo. No hay manera de describir aquel rostro. Lo veo sorprendido, siempre como si fuera la primera vez. Me recuerda a un ideal imaginario que veía en mis sueños infantiles. La cara de una mujer rubia que ríe dulcemente. Luego, los torrentes parpadeantes recorren los nervios. Entonces quiero al mismo tiempo desgarrarte y besarte sosegadamente. Y luego todo vuelve al principio. Besos, una pelea salvaje y suave, palabras lascivas que condimentan el aire. Grito mientras me corro en tu útero. Nos besamos como niños pequeños. Encendemos unos cigarrillos. Máquinas tiernas y eternas.

«Eres un deprimente».

«¿Quién?, ¿yo?».

«Solo somos dos en la habitación».

Ensimismado, mi rostro expresaba preocupación cuando me detuve delante de un espejo antiguo. La araña encendida formó con mi figura una sombra alargada sobre el suelo, como si se elevara sobre una alfombra mullida. Desde el medio de mi pecho salió un filamento de energía que me surcaba por debajo del brazo, elástico y sutil. Terminaba en tus dedos. Nos atravesaba, enlazados y libres. La cinta es inmensa. Puede rodear el planeta Tierra.

Las palmas me tiemblan mientras te cubro la cara. Con la punta de los dedos recorro tu rostro. Relajado y sonriente. Comprimo mi ardor en tus ojos, nariz, frente. Recorro tu cabello desde el cuello hacia la coronilla. Te acaricio el pelo, sintiendo la calidez del cuello que magnetiza mis labios, mientras que los tuyos se estiran revelando unos dientes perfectos. En qué pensamos mientras nos estamos besando: en los picos nevados de los Urales. O en las antorchas que nos abrazan. Convirtiendo toda la habitación en un remolino de felpa. Una bola de nieve en la que palpitan dos corazones.

Los pezones oscuros quedan erectos bajo tu camiseta interior. Por ahí quiero dispersarme en polvo de polen. Haces dibujos abstractos en mi espalda con las yemas de los dedos. Los escalofríos descienden por la columna vertebral. La purpurina centellea delante de los ojos. ¡Oh, Dios mío!, dijiste así, de esta manera. Antes de que los dos nos sumergiéramos bajo los párpados.

«¿Tienes miedo a la muerte?».

«Sí».

Cientos de pequeños soles se balancean a través de los listones de las persianas de madera. Los solecillos se convierten en espadas que comienzan a parpadear, perdiendo su forma amenazante. En el suelo de parqué surgen brillantes charcos de luz. Utopías palpitan. Nos estrujamos bajo una sábana roja. Rodeados por las mandíbulas babosas del mundo exterior.

*

Era hora de marchar. Estación del año extraña. No era una bestia tan rara. Primero morí yo, luego llegó tu momento. Sucede todos los días. La gente va y viene con cargas a sus espaldas. Las estaciones de autobús y tren recuerdan nuestras caras. El chirrido del vagón es nuestra música, toneladas de hierro viajan a la velocidad del viento. Recuerdo todo esto. La cara de la vendedora de la estación a la que compro un sándwich y agua. Filas de coches como columnas de versos. Misteriosas estaciones de tren: Miskolc, Srpske Moravice, Kotoriba. Las hormigas de las ciudades en las que nunca hemos estado cosquilleaban nuestra imaginación. Los buenos espíritus del viaje velaban por nosotros. Nos alimentaban con buenas experiencias —buenas esperanzas—.

Estación del año extraña. Temporada de lagartos, invasiones de saltamontes, de insólitos casuarios. Época del horóscopo europeo que aún no ha dicho la última palabra. Sus primeras fueron: sangre y tierra. Llegará el momento en que la gente dejará en masa las ciudades. Buscarán

consuelo en la naturaleza, aliados con la flora y la fauna. Los trabajadores volverán a las raíces, al pueblo. Las fábricas abandonadas existirán solo a causa del romanticismo industrial, la hierba y las bestias salvajes. Llegará el día en el que dar un paseo por las ciudades abandonadas formará parte de la oferta turística de este planeta, para los viajeros intergalácticos. Ese será mi tiempo. Siempre me han gustado las casas abandonadas, los edificios solitarios, las cosas desechadas en los museos que están en relajada descomposición. Todavía no se había inventado el término: *Ruin Lust*. Entonces los elementos naturales gobernarán las ciudades y entonces el hielo será el barniz del invierno.

En los apartamentos abandonados encontré mi propia armonía. Aquí soñé el silencio y la paz de las vidas ajenas. El viento corre como puede debajo de la puerta blindada y esparce el polvo sobre un apartamento semivacío. El polvo invade el aire y sus partículas centellean al sol. Caen sobre los libros, reposan unas sobre otras. En algún libro continúa nuestra vida incansable. Allí nuestras palabras hacen el amor. Aquí ni el polvo siquiera tiene algo que hacer. Envejecemos, pero somos eternamente jóvenes. A veces, sucede que la sangre emana de las palmas de las manos. Y nos recuerda cuán abrumadora es nuestra preocupación. Esta es nuestra última tentación. Recordando todo lo que pudimos ser y no fuimos. Caminamos bajo la lluvia, caras sonrientes. Cruzamos por debajo del arcoíris. En una hilera de árboles sin final, atravesada por la luz dorada de la tarde, nuestras sombras ocupan su lugar de honor.

LA FÁBULA DE HIERRO

Si alguien fuera capaz de escribir una hermosa historia, sería capaz de extender la mano y recibir aquello que no existe. Si fuera capaz de, con la mano extendida, recibir aquello que no existe, entonces estaría capacitado para el amor.

Pequeños tratados, Pascal Quignard

Decidí curar mi resaca escribiendo. Decidí que el comienzo de esta historia diga: «Todas las personas que conozco son infelices, incluyéndome a mí mismo también». Por eso decidí que esto fuera un episodio sobre la felicidad. Tenemos que ser felices. La humanidad es feliz, entonces por qué no lo íbamos a ser también nosotros. Estamos predispuestos para la felicidad. Una tierra soleada llena de ríos, lagos, montañas, bosques, costa y el hielo eterno. Tenemos un cinturón submediterráneo donde crecen las frutas del sur. Tenemos mandarinas, palmeras, kiwis, higos, naranjas y excelentes vinos. La geografía y la gastronomía determinan en gran medida la cantidad de hormonas felices. Debemos ser felices. Estamos predispuestos para la felicidad. Y nada más que eso.

Primero: El día en Sarajevo fue clínicamente loco. Así es el estilo de vida en esta ciudad. Mientras te das la vuelta, pasan cinco años de vida.

Segundo: No tenía ni un fening en el bolsillo.

Tercero: No he comido nada en todo el santo día.

Cuarto: Tenía una caja de cigarrillos medio vacía.

Quinto: Esperaba pedir dinero prestado a algún colega. Ese es mi estilo de vida.

Sexto: No quiero lamentarme de la penuria.

Séptimo: Hacía viento sur y nos sentamos en Júpiter.

Octavo: Estábamos bajo el toldo, y la lluvia primaveral caía junto a nosotros. El aperitivo era jamón, queso curado, aceitunas y pimientos en vinagre.

Noveno: Después de un café, pedí una cerveza helada.

Décimo: Difundimos los chismes del mundo literario. Acerca de los editores que explotan a sus autores y sobre que nada está donde debe estar porque el globo terrestre entró en una fase de rotación demoníaca.

Undécimo: Empecé a cogerle gusto al adjetivo «demoníaco».

Duodécimo: A nuestro lado pasó el embajador iraní en una limusina negra con una barba

recién perfilada. Esta frase no vale ni diez fenings.

Decimotercero: Las nubes tenían los contornos de nuestros pensamientos y de su peso. Nuestros pensamientos eran zepelines sobre París.

Decimocuarto: En la primera semana murieron 40000 personas durante los ataques aéreos a Stalingrado.

Quince: Fulano dijo que toda la historia de Rusia, en realidad, es un collar de penuria y sufrimiento.

Decimosexto: Nos suena familiar.

Decimoséptimo: En esta y en la Rusia soviética, Ana Ajmátova escribió la siguiente frase: «Según qué criterio, este siglo sería peor que otros».

Decimooctavo: Sobre Ajmátova solo podía sentir admiración.

Decimonoveno: El camarero nos trajo algunas botellas que nos convertirán en cuerpos aturdidos y celestiales.

Vigésimo: El camino al paraíso será pavimentado con vasos de cerveza.

Vigésimo primero: Me sentí abrumado por una ola de felicidad, pero no podía recordar por qué motivo.

Vigésimo segundo: Fulano se fue y su lugar fue ocupado por Mengano.

Vigésimo tercero: Mengano era un escultor e hizo estupendos pájaros de alambre, tratando de acercarlos a su visión de las aves del paraíso con plumas de metal. Con la ayuda de las esculturas, Mengano envía mensajes a su ciudad natal, que ha sido desfigurada por los horrores de los crímenes de guerra. Sin embargo, la ciudad parece ser real para aquellos que todavía habitan en ella sumidos en un voto de silencio, insensibles a la muerte de los demás, independientemente del alto porcentaje de suicidios que no prueba la inocencia de nadie. La otra ciudad fue expulsada de su vida, alejándose de la memoria, porque no tenía otra opción. Las aves de alambre de aluminio vuelan a su verdadera patria geográfica, que está tejida con alambres de púas. Los movimientos de sus alas le son pesados, parece que su destino es inalcanzable. Es su promesa: nunca visitará su ciudad natal en la que en los noventa brotaron crímenes y campos de concentración. Incluso ni hoy en día la vida es mucho mejor.

Vigésimo cuarto: Mengano adoraba el alcohol tanto como el arte.

Vigésimo quinto: «Nada significa nada», escribió Nichita Stănescu.

Vigésimo sexto: He pensado: si me voy a casa estaré enfurecido, si me emborracho estaré de cualquier manera enfurecido.

Vigésimo séptimo: Esta no es una historia sobre la ira, porque esta es una emoción irrelevante para el lector de hoy.

Vigésimo octavo: Esto puede ser solo una historia sobre cuánto quiero a mi mujer. ¡Oh!, todos los establos del mundo en el que el heno olía al cuerpo de la chica carmesí. O viceversa.

Vigésimo noveno: Estos números se parecen a los de la Biblia, excepto que no tengo nada profético que anunciar a la ciudad y al mundo.

Trigésimo: Valoro más la calidez del cuerpo de la mujer que la poesía, no tengo vergüenza en reconocerlo. Me gustan las feromonas en el pelo, en el hoyo de la clavícula, el sabor de la lengua de otra persona, el deleite de la saliva ajena. Entre la mujer y la poesía hay un signo igual.

Trigésimo primero: Mengano me metió treinta marcos en el bolsillo, y nos separamos en el quiosco donde compré una caja de cigarrillos.

Trigésimo segundo: Aquí me encontré a Zutano, él era poeta y también estaba borracho.

33: Número sagrado en el islam. Hay tantas perlas pulidas en el *tasbih*. Cualquier borracho piensa en la religión.

Trigésimo cuarto: Nada significa nada.

Trigésimo quinto: El sexo, la Biblia, el islam, los cigarrillos. De estas palabras se podría hacer un poema inventado.

Trigésimo sexto: Las gotas de lluvia se estrellaban alegres contra el asfalto. Las gotas de lluvia son astronautas acuosos y redondos encargados de alimentar la tierra con sus cadáveres.

Trigésimo séptimo: Allen Ginsberg, mirando la repetición de Whitman, escribió innumerables veces en un poema que se llama «Aullido y otros poemas»: «¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!».

Trigésimo octavo: Me empapa la lluvia.

Trigésimo noveno: El aire está limpio y mis ojos absorben el color de los anuncios luminosos.

Cuadragésimo: Mujercita, esa deidad carnal.

Cuadragésimo primero: «¡Mujer! ¡mujer! ¡mujer! ¡mujer! ¡mujer! mujer!», clamaba el callejero Allen Ginsberg. En realidad, yo lo gritaba en mi mente.

Cuadragésimo segundo: Himno, oda, apología, panegírico, tratado, nada puede hacer inmortal a la mujer, salvo la caricia.

Cuadragésimo tercero: Camino rápido por la calle hacia el siguiente café. Es una parada en el camino para quedar sumido en la desesperación. ¡Oh, los suaves y verdes valles de la infancia en cuyo cielo queríamos ver naves espaciales relucientes!

Cuadragésimo cuarto: Solo un cuerpo exuberante (*mundi imperatrix*) podría vencer a la desesperación.

Cuadragésimo quinto: Merengana era de ojos verdes, joven, hermosa y atractiva. Me encantaban sus nalgas duras y respingonas.

Cuadragésimo sexto: Los dos éramos soñadores alcohólicos.

Cuadragésimo séptimo: Por eso también nos conocimos. Algunas noches existen solo para reducir la pena general.

Cuadragésimo octavo: A Merengana le gustaba el alcohol tanto como a mí.

Cuadragésimo noveno: Apurábamos el vodka como los cosacos de Zaporiyia de Gogol, y terminábamos desnudos en la alfombra junto a un horno de gas en mi celda de alquiler.

Quincuagésimo: Su monte de Venus era un triángulo amarillo y espeso similar al escudo oficial de Bosnia y Herzegovina.

Quincuagésimo primero: Afuera la lluvia evocaba un mapa de pixeles de tristeza en una noche insulsa.

Quincuagésimo segundo: Su *pussy* era oloroso y húmedo.

Quincuagésimo tercero: En él introduje dos dedos y los sacudí rítmicamente.

Quincuagésimo cuarto: Ella dijo: «Quiero que me desees».

Quincuagésimo quinto: La deseaba.

Quincuagésimo sexto: Ella comenzó a llorar en un momento en que mi erección era firme como un lingote de oro.

Quincuagésimo séptimo: La palabra *erección* parece un término de biología básica. En la

vivisección de la rana.

Quincuagésimo octavo: La abracé y le besé el pelo.

Quincuagésimo noveno: Lloramos inclinados como la hierba de un caudal sometida a una fuerte corriente de agua. Lloramos también por aquellos futuros sucesos históricos que no queríamos creer que ocurrirían. La noche intensificó nuestra capacidad profética para predecir el movimiento tectónico del espíritu mundial. No somos *millennials*, y nunca nos hemos aburrido. Somos hijos del apocalipsis. Entropía que surge después del fracaso de una sociedad civil con normas establecidas. Lo que los héroes de Alex Garland buscaban en *La playa* lo encontramos en nuestros tempranos años veinte, y no tuvimos ni que cruzar el umbral de casa. Somos una generación mutilada. Y nunca me gustó tener sexo con alguien a quien realmente no amaba. Buscábamos amor por todas partes, cada noche levantábamos en vano piedra a piedra. Aquello que se nos arrebató en vida, durante cuatro años de guerra, quisimos reemplazarlo de cualquier manera, sin saber que eso nunca se puede suplir.

«Mira», le señalé cómo la araña dormía tranquilamente en el borde de su red, junto a la estufa de gas. Ambos miramos a la araña como si fuera nuestro salvador personal.

Ella dejó de llorar y noté sus grandes ojos que todavía se dilataban por las lágrimas. Las refulgentes llamas amarillas del fogón de gas bailaban al otro lado del vidrio protector. La oscuridad era tan espesa como el queso. La nevera murmuraba en la cocina. Así es como los hombres de las cavernas rugían en sus cuevas con fuego, solos con el mundo, al igual que nosotros dos.

Y así dejamos de llorar envueltos en una bata de brocado pesado.

EL REY DE LAS MIERDAS

El refugio subterráneo de la unidad parecía el interior de un submarino destartado que se hubiera zambullido en la Madre Tierra. Desde su techo, las gotas de agua mojaban silentes las mantillas de un catre colocado sobre una tarima, que podía acomodar hasta quince combatientes. De las paredes húmedas del refugio sobresalían raíces leñosas. El horno achaparrado de hierro pesado agitaba las olas de calor. A través de las grietas en la puerta de madera vi nieve sucia que el viento del sur había moldeado como el tablero de un ataúd, como si fuera un coche de la marca Yugo. En la tapa de una baqueta se estaban asando unas rodajas de calabaza amarilla oscura que habíamos traído del jardín de una casa situada en tierra de nadie. Unos días antes, en el refugio de una de estas casas, la metralla de un cañón *ciento veintemató* a dos combatientes mientras fumaban sus cigarrillos sobre unos ladrillos rojos. A la izquierda de la puerta del refugio, había un teléfono color aceituna sobre una silla; a la derecha se encontraba la tarima para dormir. El cable en espiral de los auriculares del teléfono recordaba a la cola de una serpiente de cascabel. Un cable verde pálido salía por el costado del teléfono a través de la puerta, continuando su recorrido hacia el cuartel, comprimido por gruesas capas de nieve. Algunos metros frente al refugio, la letrina estaba atestada de mierda y orín.

Mientras cagaba, observaba aburrido cómo la mierda se estiraba como una anguila y caía sobre una pila en forma piramidal, parecida al personaje de *Jabba el Hutt*, de la serie de George Lucas. Cuando caía, se volvía mucho más gruesa, golpeando con su peso al rey de las mierdas. Los retretes exteriores se construyeron a partir de un enfilado de ramas de olmo incrustadas en el suelo. Una sábana colgaba medio congelada de dos clavos como una mampara. Sobre el retrete, se abría una magnífica vista hacia el cielo gris invernal.

El sonido turbio de la serpiente de cascabel rompió el silencio del submarino. Tomé un auricularapestoso sin acercarlo demasiado a la oreja, temiendo que pudiera electrocutarme.

«Silić fue herido. Un impacto de bala. Le ha atravesado el brazo», dice una voz interrumpida por las interferencias.

«Que le jodan, qué le puedo hacer».

«Llévadle al cuartel», lentamente dejó el auricular para que no se liara la serpiente de cascabel.

Desarrollo el guion: A Silić lo reclutaron hace dos o tres días. Lo enviaron a Joja para *reforzar* la línea. En el refugio, en la misma cumbre de la colina, los veteranos le dijeron que Joja era pan comido en relación a Padež, a donde deberíamos ir en cinco días para ser reemplazados, y que allí seríamos todos aniquilados de uno en uno. El hombre tenía miedo y se autolesionó. Probablemente tendrá tres o cuatro meses de baja, incluso si soborna a un médico podría estar de

baja todo el año. Para entonces, la guerra podría haber terminado. Y nos dirigiremos a Padež que, comparado con Joja, es solo un moderno balneario en la montaña.

Hoy es 31 de diciembre de 1994. En seis horas será Año Nuevo. Filtrados por el suelo, se pudren el nailon y la madera, las gotas de agua del techo del refugio saltan osadas sobre la cama y el suelo embarrado. El submarino está firmemente anclado en Joja, como el Arca de Noé en el monte Ararat. Estoy acostado en un trozo de tela seca y leo un cómic en el que Charles Bukowski es el personaje principal. Las páginas estaban amarillas por la humedad y el esperma.

Charles se levanta de la cama de su cubil, esa es su única patria. Cojea hasta la ventana. Abajo hay un panorama de casas prefabricadas uniformes que están alineadas en una sucesión de series ilimitadas. Los *white trash* viven en esas casas. En la calle, frente al hotel de tercera clase en el que reside Charles, dos alcohólicos andan a golpes. Uno tenía la lengua fuera. El otro, por supuesto, es el que le ahogaba con ferocidad. Son las siete de la mañana. Un círculo con trazos radiantes —un sol de cómic emerge en el horizonte—.

«Ahora millones de idiotas irán a sus malditos trabajos», dice Charles de pie junto a la ventana, mientras inhala el humo de la mañana. Tiene una tripa cervecera gigante, y un pollón relajado que recorre su muslo peludo. Tiene poco pelo y manos huesudas. Se dirige a la nevera, abre la puerta y agarra una lata de cerveza. Tira de la anilla e inclina la lata. La resaca se quita con el sexo, en el cómic esta oración está en negrita. Encarga por teléfono a domicilio dos prostitutas.

«Parecía que tenían sesenta años, y en realidad tenían cuarenta», la idea estaba escrita en un bocadillo sobre la cabeza de Charles, mientras las prostitutas observaban su imperio hotelero. Eran de piernas largas, con culos y tetas barrocos. Los rostros no importaban, al menos así lo valoró el artista. Lo único que se podía concluir era que estaban agotadas de tantos años de darle al *folleteo* profesional.

«¡Ábrete sésamo!», estaba escrito en un bocadillo.

Charles estaba tratando de lamerle el coño a una. Le había estirado los labios vaginales como si fueran un tirachinas. La otra agarraba su gran pollón y se lo introducía en la boca. Aunque los cómics eran en blanco y negro, me parecían más bien rubias teñidas. Luego siguen tres tomas detalladas cuya descripción omito debido a su monotonía: una secuencia de penetraciones por un ano floreciente y vaginas carnosas. Mientras se follaba a una, la otra le lamía a Charles los huevos hinchados y el culo que estaba siendo penetrado.

Entonces Charles se recostó en un sillón roto y metió la cabeza en el periódico. Olvidé mencionar que se corrió simultáneamente en ambas bocas. El esperma era espeso como el arroz con leche. Mientras leía el diario, las *compañeras* se la chupaban alternativamente. Él apartaba sus ojos del periódico y las miraba con una sincera expresión de aburrimiento y asco. Ambas putas fueron dibujadas de manera idéntica, coños jugosos, labios carnosos y clítoris voluptuosos. Una destacaba por tener el clítoris como una polla diminuta, un lápiz de labios tieso y rojo para gnomos. Sus tetas estaban rellenas con silicona. Labios inyectados con colágeno. Así es como el dibujante se imaginó a aquellas putas envejecidas. Ni a Charles tampoco lo describió mucho mejor. Lo pintó como un hombre viejo, antiguo como Ban Kulin, cansado del alcohol y el sexo.

Arrojé la revista a mis espaldas y encendí un cigarrillo. Deseaba aquello que solo podía hacer un soldado en primera línea del frente, fui al baño y *dejé mi polla inconsciente*. En unas pocas horas *aparece el Año Nuevo, y desaparece el viejo*. Todos los oficiales y suboficiales de mi unidad se habían desvanecido en las profundidades de nuestro territorio, persiguiendo faldas. El

comandante de la compañía estaba de baja médica debido a las heridas. La unidad entera se encontraba bajo mi control, si es que algo estaba bajo mi control. Los soldados enemigos comenzaron con un tiroteo histérico, dando rienda suelta a sus almas desaforadas. Nosotros no teníamos tal privilegio porque cada munición gastada sin criterio tenía que ser justificada mediante un informe escrito. Los proyectiles parpadeantes revoloteaban hacia el espacio divino. Joja es el monte Ararat, yo soy Noé en el arca y espero que el agua se retire. *Jabba el Hutt* es el rey de las mierdas del retrete. El mando inviolable de la primera línea de combate. Y Papá Noel era la autoridad en su zona, pero sorteó nuestras regiones en semicírculos anchos sobre el cielo helado. Las autoridades oficiales lo habían expulsado por su uniforme rojo. Ya no le gustaba a nadie.

EL TIEMPO VUELA

En algún momento, a comienzos de la primavera, cuando las hojas se vuelven húmedas y estas nos ensueñan nebulosas, irrumpimos en un pequeño pueblo de la provincia autónoma de Abdić, inmediatamente después de los paramilitares. Cuando estaba en un cobertizo, encontré los cuerpos en paralelo de un abuelo muerto y su nieto con ropa de civiles. Ambos tenían un impacto de bala en la cabeza. Alguien dijo que el abuelo había disparado desde una ametralladora y que su nieto era el asistente de carga. Nadie tuvo compasión por ellos. Los meneé más por automatismo que para determinar si tenían armas ocultas en sus ropas, porque las torretas no estaban cerca de los cadáveres. En el chaleco ensangrentado del anciano encontré un reloj de bolsillo con una tapa con relieve de pluma de urogallo. En las manos, el abuelo llevaba unos guantes de piel, los típicos con agujeros que llevan los conductores. Iba vestido como un *dandy*. Más tarde, alguien le quitó los guantes y seguidamente se hizo con el botín de guerra. Algunas veces nuestras acciones perfilan las imágenes que habían quedado grabadas en nuestra memoria de algún encuadre filmico. Sacudí el cadáver igual que en las películas que había visto, y el movimiento supuso más bien el saqueo de los muertos que la búsqueda de cualquier arma. O se trataba de instintos primordiales como matar y codiciar las pertenencias de otra persona.

Estaba impaciente también en la primera pausa, cuando peinamos la zona y establecimos un perímetro de seguridad. Abrí mi botín de guerra: un reloj Molnija con cadena. Debajo del tornillo que sujetaba las manecillas del reloj, en el fondo del dial, estaba escrito: Hecho en la URSS (Сделано в СССР). No tenía vidrio y el interior estaba parcialmente manchado con sangre fresca de una herida en el pecho que no había percibido en un primer instante. Limpié cuidadosamente el reloj en una fuente que estaba frente a la casa en la propiedad del muerto. El segundero golpeaba incansablemente los primeros minutos de la muerte del anciano.

Levantamos el campamento en su casa. Una mujer más joven con dos niños de cinco años vivía en la planta baja. El niño muerto era su hijo mayor. No podía tener más de diez años. No sé por qué alguien le quitó la ropa hasta la cadera y lo dejó acostado entre la paja y el barro húmedo cerca de la puerta del cobertizo. De la ropa de su hijo nadie podía obtener ganancia alguna, salvo que alguien quisiera ponerle aquella ropa a su propio hijo, por la que había pasado el alma de un muerto. El olor dulzón de la muerte se evaporó de su piel luminosa.

Después de haber fijado los horarios de las guardias, fui a la casa para un breve descanso. Me tumbé sobre el colchón que estaba en el suelo. Debajo de mí, a través de unas tablas, inhalaba el aroma del estiércol y las vacas, porque los establos estaban en la planta baja. Era algo común en las casas rurales, por lo que en invierno el calor de las vacas emanaba directamente contra el suelo del dormitorio, calentando a los habitantes de la casa durante las largas noches de invierno.

Justo cuando me dormí, sentí cómo dos chicos jugaban alegres saltando alrededor de mis piernas. La radio y el rifle estaban junto a mi cabeza por lo que los chicos no me importaban demasiado. Debajo, la vaca mugía contenida y su olor se estrellaba contra mis fosas nasales. Puse el reloj al lado del colchón y abrí la tapa. Cuando me desperté, vi que había desaparecido. Bajé por la escalera inclinada, resacoso del sueño, y me dirigí a la casa a preguntar a la mujer por el reloj. Le dije que si el reloj no se me devolvía inmediatamente podría quedarse sin otro hijo. Después de dejar el cigarrillo, mirando las ascuas del fuego a través de la puerta entreabierta de la estufa, la mujer trajo el reloj. Me puse una cadena en los pantalones y me lo metí en el bolsillo. Poco después, nos relevaron en la primera línea y volvimos a vestirnos de civiles.

Lo mostré en un café y me jacté de su mecanismo de tic tac. Durante una borrachera noté que había dejado de funcionar. El relojero lo ajustó y le puso un cristal nuevo. Pagué cincuenta marcos alemanes por su reparación. Pronto me aburrí de él y decidí venderlo. Se lo di a Smaja Hasanović, quien fue desmovilizado porque su hermano ya estaba en el Ejército. Smaja ocupó un puesto en la calle principal de Cazin, donde vendía bagatelas para sobrevivir y alimentar a su familia. Lo revendió y me dio noventa marcos. En ese momento, estaba desesperado por encontrar una buena chaqueta de camuflaje. Mientras bebíamos en un antro junto al puente, le eché un ojo a una que vendía un contrabandista y le pedí que me la vendiera. El precio fue exactamente el mismo que el dinero que recibí de Smaja por el reloj, noventa marcos. Continuamos con la bebida. La noche prometía que nos olvidaríamos de la guerra, pero nos recordó que el tiempo tiene su propio ritmo, en el que la vida humana no interviene para nada.

Durante mi infancia, el reloj de la pared con letras barrocas, que rezaban *Tempus Fugit*, despertaba en mí una alegría callada y una melancolía que devoraba los días pasados, con una aguja, como una especie de señal que indicaba el tiempo que estaba por venir. Tenía un reloj de pulsera, cuyo color estaba en algún punto entre el verde y el azul, con números y manecillas fosforitas. Rara vez lo llevaba. Lo guardaba en mi habitación sobre la mesa y algunas veces lo contemplaba, observando cómo brillaba con ternura en la oscuridad. El reloj ha vivido toda una existencia oculta, diferente a la del mundo exterior. Lo percibía como una criatura parpadeante con un corazón de rubí rojo.

Llevé el abrigo al siguiente campo de batalla en una mochila de combate. Estaba nuevo, con la estrella de cinco puntas: el uniforme de las unidades especiales del antiguo Ejército Popular Yugoslavo. Lamentaba ensuciarlo, y lo cuidaba para cuando hiciera más frío. Nunca me lo puse porque en aquel frente fui herido en el pie y los siguientes seis meses anduve con muletas. Después, el abrigo terminó asqueándome, porque pensé que me traía mala suerte. Una vez el hueso del pie se hubo sanado, volví a la unidad. No sustraje más cosas de los cadáveres. Solo una vez le quité a uno un collar de oro con una cruz, y entonces puse el collarcito en una fuente para que colgara del grifo. Gané empaque y sabiduría respetando todas las supersticiones militares. Sobreviví a la guerra solo con una cicatriz en la pierna.

Alguna vez, a comienzos de la primavera, me acuerdo de los cuerpos del abuelo y el nieto: el suave olor del heno y la inmovilidad de sus ojos bien abiertos. Recuerdo aquella cara de niño llena de pecas como un cielo estrellado, fotografiado por el telescopio Hubble. El reloj sangriento, cómo palpitaba levemente. Las manzanas rojas aplastadas por las botas militares. La niebla en las ramas y las hojas húmedas que mueren con diferentes colores. La melancolía en las voces estridentes de los pájaros. Y como va todo gradualmente perdiendo color, ese recuerdo aparentemente lejano que se convierte en una foto nítida en blanco y negro.

Acarreé esta fotografía conmigo durante mucho tiempo en la memoria. Han pasados veinte años de vida. La pátina del tiempo no ha podido hacer nada. Una vez me ocurrió, de repente, cuando estaba en Italia, que vi a alguien que se parecía al niño muerto. Alguien que era como el niño, como si hubiera sobrevivido y continuara creciendo.

La primera vez que lo vi, vendía cruasanes y café en la Roma Termini, la estación principal de trenes de Roma. Su piel amarilla ahora era bastante más oscura. Los músculos de la parte superior de los brazos se habían desarrollado y su antebrazo aparentaba fortaleza. Me entretuve allí poco tiempo, porque tenía que desplazarme más al sur, hacia el sol, que calentaba tanto a Italia como al norte de África. Quería preguntarle cómo se llamaba y dónde vivía. Si tenía novia y cuáles eran sus planes de vida. Las típicas preguntas paletas para las que yo mismo a menudo no tenía respuestas claras excepto mi propio nombre. Pero simplemente tomé mi pedido y llevé el desayuno a una mesa alta, empujando la maleta con ruedas. Fue un verano romano lleno de golondrinas, flores silvestres y anuncios de neón en Via Cavour, donde se desperdigaban numerosos hoteles y alojamientos *bed&breakfast*. El niño pequeño, ahora un hombre joven, que podría llamarse Maurizio, iría por ahí esa noche en busca de placeres nocturnos. Se relacionaba con amigos turistas, mujeres y hombres, que encontraban consuelo en sus brazos durante la noche, y algo más que el placer indispensable. Él hallaba lo mismo en ellos.

La segunda vez lo vi en Ciudad del Cabo. En la parte de la ciudad llamada V&A Waterfront, donde compró un anillo de boda para su novia africana. De hecho, era bóer, un descendiente de inmigrantes holandeses, de los que buscaban oro en la mina de Witwatersrand, en Johannesburgo, desde finales del siglo XIX. Luego llegaron los británicos, bien pertrechados y organizados militarmente, y expulsaron a sus lejanos antepasados hacia el interior de Sudáfrica. La mitad de sus familiares perdieron la vida en los campos de concentración británicos durante las Guerras de los Boer. No se podía ver en su rostro, su cuerpo no recordaba el trauma de los campos de concentración británicos.

Compró a la novia un anillo de oro blanco con tanzanita, su piedra semipreciosa favorita, de un maravilloso color entre azul y púrpura. Luego me senté en un bote en dirección a la isla de Robben, donde Mandela había estado en prisión durante años. Desde allí, no fue posible escapar nadando, porque los alrededores de la isla eran el hábitat natural del gran tiburón blanco. Solo podía ver Table Mountain, Devil's Peak y Lion's Head dominando Ciudad del Cabo. En la isla Robben, en la pequeña bahía, he visto pingüinos de verdad. Permanecieron inmóviles con la luz, como ídolos antiguos. Los guijarros del mar reflejaban el sol en todas direcciones. Las crestas espumosas de las olas rompían en los márgenes de los abruptos acantilados en la bahía de los pingüinos.

Sudáfrica era rica, pero también amarga debido a las diferencias surrealistas de clase. En ella sentía la culpa del hombre blanco sobre sus hombros.

Con el clima húmedo en Table Mountain, llamado así porque parece una mesa, se agarran a ella la niebla y las nubes, y luego una espuma blanca desciende hacia la ciudad en una cascada larga y lenta. Allí, debajo de la montaña, el niño pequeño vivía en la parte más rica y verde de la ciudad. Tal vez era un artista. Un pintor que estaba obsesionado con la vista desde su porche hasta el Polo Sur. Nunca lo supe, porque tenía que viajar más lejos hacia el Cabo de Buena Esperanza.

Pude imaginar toda una ciudad europea de cientos de miles de personas. Una ciudad próspera de gente joven y poderosa que miran el futuro con optimismo. Podía imaginar artistas, hombres y mujeres, trabajadores físicos, ingenieros, magos informáticos, astrofísicos y las camareras en las

tabernas, donde se servirían alimentos saludables. Una ciudad casi perfecta de gente muerta.

MATRIX[1] EN BELGRADO

Belgrado estaba en alguna parte relegada, como si pasara en la luna, en alguna película, anestesiada, totalmente retirada.

Bogdan Bogdanović

En un momento dado, cuando la calle está desangelada, y cuando solo unos pocos paseantes caminan por ella, en la acera, al lado de una tienda para cosméticos medio vacía e inactiva, se detiene una camioneta con cristales tintados. Desde la puerta de atrás, envuelta con remaches redondos, algunas personas saltan con un mono azul oscuro. Los faros permanecen encendidos después de que la camioneta se frene sin llamar la atención. Cada uno de ellos se apresura hacia una persona aleatoria a la que agarra por el cuello, le dobla las manos a la espalda y, bajo amenaza de muerte, lo lleva encogido al vehículo. Los caminantes alejados se quedan impávidos, sin reaccionar. Están muy apartados de la escena mientras observan lo que realmente está sucediendo en la calle. Aquellos secuestrados que quisieron decir algo no tuvieron ocasión; ya estaban sentados sobre bancos metálicos rodeados de personas con la cabeza cubierta. Algunos transeúntes serenos lo vieron todo, testigos de boca callada que siempre se hallan en el lugar donde se producen los delitos y los accidentes de tráfico, pero que, según dicta la costumbre, permanecen como meros espectadores, especulando si se trataba tal vez de un simulacro de lucha antiterrorista. Este tipo de personas siempre encuentra una excusa para no actuar.

El conductor dirigía la furgoneta con sangre fría. Para los secuestrados, el mundo exterior aún no se ha convertido en un objeto de deseo. En las ventanas estaban pegados los posters de algunas películas de fantasía. En los altavoces pusieron *Love Song* de J. Alfred Prufrock de Eliot. Sus manos estaban atadas con cuerdas de silicona: no dejan huellas en la piel, pero tampoco ninguna esperanza de liberarse de ellas.

A veces, la furgoneta rebotaba y las mandíbulas se les sacudían, los dientes chocaban, ocultando las lenguas tensionadas. Las instrucciones de los secuestradores eran claras: menos charloteo significa menos dolor. Un caminante trató de gritar, pero en seguida quedó aturdido por el impacto de un bastón eléctrico. Todos se quedaron en silencio al unísono.

«Tú», dijo el guardián a un hombre corpulento, que sudaba constantemente, «toma este pañuelo, límpiate un poco».

Con los puños apretados, agarró el pañuelo que le lanzaron y levantó las manos pringosas hacia la cabeza. Se la secó mientras los limpiaparabrisas retiraban las gotas de lluvia, izquierda-derecha, derecha-izquierda. El resto miró la punta de sus zapatos, tal como se les había ordenado.

Después de una hora, la furgoneta se detuvo con la luz de las primeras estrellas. La inercia los zarandeó y sus cuerpos colisionaron. Se encontraba cerca del margen del bosque, que estaba decorado con escarcha otoñal. Escapar no les pareció una buena idea. Los hicieron descender uno por uno, en fila, con las cabezas encapuchadas, como si los llevaran a una ejecución. Nadie se resistió. Era como si hubieran engullido todo su universo; como si se hubieran tragado la lengua. No había testigos accidentales con la boca abierta, con las mandíbulas inferiores flácidas, capaces de ver los crímenes más horribles durante horas, mientras que el pulso y el latido del corazón se mantienen uniformemente invariables. Solo el bosque y las estrellas, el camino de macadán y las luces de la ciudad que lentamente se alejaban.

«Izquierda, izquierda, izquierda-derecha, uno-dos-tres. Izquierda, izquierda, izquierda-derecha-uno-dos-tres».

«Levanta las piernas, la vista al frente, eso no es nada saludable para los huevos».

«¿Te acuerdas de eso?».

Cuando alguien encontró un fósforo aislado en el forro desgarrado del abrigo y lo encendió, pudieron verse brevemente el rostro entre ellos. El cigarrillo iba de boca en boca. En la habitación del sótano no había humedad ni frío. El aire estaba limpio y fresco.

«¿Cómo no te acuerdas?», dijo el hombre con enormes puños. En sus dedos el cigarrillo parecía un palillo.

«Pues es una marcha militar de la *Armija*».

«O es que eras demasiado joven para el ejército. Yo he servido, lo juro, en el Ejército Popular Yugoslavo. Dos años en la Marina, honradamente».

El joven al que se dirigía miró hacia abajo con la cabeza inclinada; todavía estaba aturdido por el golpe de electricidad. Eran cinco. El que sudaba excesivamente se presentó a sí mismo como médico. El otro era verbalmente obsesivo, por lo que repetía que no se llamaba Boban, sino que se llamaba Slobodan. El desgraciado balanceaba rítmicamente su cabeza contra la pared. El quinto era un extranjero, por lo tanto como si no estuviera. Hablaban de lo que las personas hablan cuando les acecha una situación extrema: mediante confidencias. Ningún sonido vino de ese lado de la puerta. Los que habían sido detenidos al azar estaban sumidos en sus pensamientos, por lo que ignoraron cómo el mundo exterior se alejaba de ellos al ritmo de los pasos parsimoniosos del guardia.

*

«¿Usted es, por lo tanto, especialista en medicina general?».

«Responda a la pregunta con sí o no».

«Sí».

«¿No le da pena cuando la gente muere? ¿Qué siente cuando le dicen que alguien ha muerto en la sala de urgencias? Digamos, alguna persona mayor, que tenía la presión alta y el corazón se le paró ¿No le da pena que alguien mate a perros y gatos?».

«No sé qué decirle. Me da pena, por supuesto. Y los perros y los gatos, de cualquier manera».

«¿Ha visto la película de Martin Scorsese, *La última tentación de Cristo*, basada en el libro de Nikos Kazantzakis? Por ese libro casi fue excomulgado de la Iglesia ortodoxa griega».

«No, no me puedo acordar».

«Pero se puede acordar que Harvey Keitel actuó de Judas, y que Judas no era un traidor, sino un hombre que con la fuerza de un hacha quería enfrentarse a los romanos, que a diferencia de Jesús quería hacerlo de una manera pacífica».

«Usted me confunde. No le entiendo. Ni por qué estoy aquí, ni qué quiere de mí», intentaba el doctor enfadarse, pero su energía corporal no se lo permitía.

«No sabe ni que Peter Gabriel compuso la banda sonora de la película. Yo tenía aquel casete, el álbum *Passion*».

«Juzgando por su edad puedo concluir que se acuerda de la película *Zorba, el griego* con Anthony Quinn en el papel principal. Y eso lo escribió Kazantzakis, solo que el libro original se llama *Vida y hechos de Aleksis Zorba*. ¿Sabe lo que es fascinante de ese libro?, que Zorba no quería morir en la cama. Puso una silla junto a la ventana y murió mirando las cumbres neblinosas de las montañas».

«Doctor y, sin embargo, inculto, no tiene sentido, menudo imbécil», se manoseaba la barba.

«¿Alguien lloraría si muriese súbitamente?».

«Sí».

«Ya está bien por hoy», farfulló satisfecho el interrogador vestido con una camiseta de color arco iris y cabello brillante teñido de azul. Cuando pasó los dedos por el peinado de Rutger Hauer, el médico logró ver un tatuaje en su antebrazo que lo desalentó. La frase de una película que le era desconocida, *Blade Runner*: «All those moments will be lost in time, like tears in rain». Debajo en negrita ponía: Gargano. Eso no le decía nada. Ni tampoco que Gargano fuera un hombre de mediana edad, miembro de la *Armija* de Bosnia y Herzegovina durante cuarenta y cuatro meses, que había sobrevivido a una ejecución masiva gracias a sus instintos animales y a una pizca de suerte, dos veces gravemente herido y que ahora encuentra consuelo leyendo y viajando.

Entonces la noche surte su efecto y el cuerpo solo espera colapsarse. Era perfecto poner un poco de paja sobre el hormigón seco. Todos los horrores diarios superados serán derramados sobre los sueños en el tiempo sordo de la noche. Así se quedaron dormidos, retorcidos como cachorros de hámster ciegos en una caja de cartón.

*

«Yo soy carnicero. Trabajo con carne ya veintitantos años», muestra unas manos enormes en el aire, como si se sorprendiera de que fueran suyas.

«No sé dónde estaba el 11 de julio de 1995. Créame, si me pusieran delante de un pelotón de fusilamiento no me acordaría. ¿Por qué pregunta justo sobre esa fecha? Si fuera otra, tal vez me acordaría. Entre carniceros el cerebro no es importante, pero la espalda y las manos las tenemos que tener muy fuertes. Cuando dejo caer el hacha más grande que tengo hacia el fémur, el hueso se parte como si fuera una galleta. El 11 de julio, y además del noventa y cinco, no sé dónde vivía. Tal vez me acababa de mudar de ciudad. Y aún era joven, estaba en mis mejores años».

Belgrado es limpia y agradable. Por la noche se vuelve bonita —decorada con luces de colores—. La gente es cordial y no está tan perjudicada como la gente de su ciudad. Sus caras son diferentes. Menos tristes. No tienen ese gesto que tiene la gente que conoce. Aquí todavía no ha empezado la guerra interna. Incendios provocados, solares calcinados llenos de formas siniestras, ganado salvaje, los esqueletos de los establos y de la gente. Lo que es el alma interna y espiritual

de la ONU. Y esas fragancias intensas: desde ramitas rotas de membrillo para el té hasta el olor a sangre fresca en el nailon de la mesa de operaciones. Otras canciones se cantan aquí. La implosión se retrasa, la vida civil continúa. Así le parece todo a él, o solo es que, por un instante, está enamorado del ambiente de esta ciudad.

A veces se encontraba en el tranvía que atraviesa el río con el pescador con uniforme de estrella de cinco puntas y unas cañas de pescar en la mano. Con ese uniforme que alguna vez, hace mucho tiempo, le retorció la barriga. Los ojos azules de los pescadores eran incompatibles con los crímenes del ejército al que pertenecía. El antiguo enemigo ahora es un hombre decrepito, un anciano descuidado. La mayoría de los jóvenes son felices y hermosos, nacidos en la immaculada concepción de los años 90. Aquí el diablo mostraba su dulce rostro a la gente. En sus corazones y almas es un momento de paz, mientras que, en las provincias pobres, los traumas almacenados paulatinamente de los veteranos de guerra, y de los que los hayan superado, brotan entre generaciones a través de la violencia familiar, las matanzas y el odio contra las minorías. Dudaba de que tuviera derecho a pensar en otros problemas; tenía suficiente con los suyos. Aunque sus problemas y los de otros estaban relacionados como un sistema de vasos comunicantes. Alguien que estuviera dispuesto a recurrir a similitudes de tipo rústico podría usar un *kolo* rápido en lugar de decantarse por recipientes conectados.

Gargano se sentó en el escaparate de un restaurante y miró cómo la película se rebobinaba, rápidamente hasta el comienzo. Se bebió un buen expreso y a veces, si sus pensamientos vagaban demasiado lejos, surfeaba en su teléfono inteligente seguro de que la lluvia y las hojas descenderían en caída libre, de forma precipitada, para pegarse al asfalto. Vio a los paseantes casuales, los denominados caminantes, observadores a los que les gusta correr con la boca abierta hacia la desgracia de otros. Gente en mono azul oscuro que avanza hacia atrás, con las manos vacías, hacia una camioneta blindada. Y vio su cara en las ventanas esmeriladas de una furgoneta, una cara llena de cicatrices, reales y ficticias. Y una poderosa fuerza magnética lo empuja hacia atrás. El conductor saca el auto de la acera donde hay una tienda de cosméticos, medio desangelada e inactiva, de nombre artístico Lilly. Hay un momento en el que la calle está relativamente vacía. Por eso no quiere abandonar ese lapso de su cabeza, los pocos segundos en los que la realidad se rompe con la velocidad de un avión, y se vuelve a ensamblar antes de que alguien lo note, como en Matrix. Paga el expreso con un billete cuyo escudo de armas fue exhumado el 11 de julio de 1995 en Srebrenica. Él sabe que en este punto él es el único hombre en la calle que es consciente de este hecho. Repentinamente, se detiene junto a un escaparate repleto de relojes y mira una hoja amarilla en la acera, que un hombre grande había aplastado con sus botas de invierno. Después con un movimiento seco de muñeca mira el reloj de pulsera. Existe una correlación entre las manecillas de plata del Junghans, las venas de las plantas ramificadas y el cuadro de Dalí, *La persistencia de la memoria*. El tiempo es muy frágil, expuesto a la violencia. Se lo imagina como la pelusa de la niebla sarajevita que reposa en las almohadas de la mañana y el cabello de la gente recién levantada que amaba y que todavía ama. Dura poco, la presencia en múltiples dimensiones al mismo tiempo. Camina en dirección a Matrix y avanza por la calle Knez Mihailova. Espera ver, entre un grupo de personas desconocidas, una cara que le resulte familiar. Esa cara que permita la redención del pecado y la vida eterna.

LA METAMORFOSIS

Se tragó una pastilla de *metamorfosina* y medio puñado de cápsulas con el nombre comercial de *Máquina del tiempo*. Era una tarde calurosa de un día demencial, en el que estaba tan molesto que, con razón, consideraba probable que con su propio careto amargado lograra carbonizar el aire y, al mismo tiempo, estar a salvo del alcance del fuego. Opinó que había llegado al trigésimo sexto escalón del propio Templo de Shaolin —a la variante kung fu de la ira—. Quería que el aire prendiera en cada lugar por el que había pasado ese día. Se trataba de unos pocos rascacielos que había rodeado, llevando consigo su manuscrito en el pecho como un crío hambriento dentro del Gueto de Varsovia. Todos le echaban para atrás, hacia el anonimato. Quería mostrar a la gente que él sabe la verdad, y que ve las cosas mejor que todos esos hombres presuntuosos que desvaloran el arte. Y aunque estaba seguro de que la literatura que escribe tiene el sello de sus testículos y de su columna vertebral, no podía deshacerse de ese peso que le hundía más y más en el masoquismo más brutal. Condenado a la pobreza y al fracaso.

Caminó por aquella parte de la ciudad que en secreto llamaban Tierra quemada. El asentamiento de Arcadia, literalmente, surgió de las llamas hace unas décadas, después de que viviéramos una catarsis, una transfiguración, y mejoráramos como personas en la nueva era. El avance tecnológico nos llevó a un salto cuántico en lo que se refiere al desarrollo del pensamiento humano. El siglo XX quedó atrás, lejos de nosotros. Nos convertimos en pacíficos, y en consumidores no violentos. En general, eso es todo en lo que nos convertimos. Figuras añejas, sustituidas por nuevas formas de esperanza y promesa. Nosotros, viejos conejos, aleccionados con nuevos trucos. La sociedad fue privada para siempre de las destrucciones a escala masiva. Podíamos dormir en paz. Nos dijeron claramente: ya no habrá más guerra.

Los sueños de paz fueron cultivados en un parque que recordaba, como si fuera una tierna metonimia, a los sangrientos acontecimientos del pasado. Por la noche los sueños se materializan, vuelan palomas blancas por todas partes, crecen ramas de olivo hasta el cielo, los árboles reviven y con el aire prolijean melodías instrumentales; el ronroneo y la felicidad. Quien duerme allí tiene la oportunidad de despertarse en un mundo aún mejor. Es por eso que el parque conmemorativo está lleno de sin techos y todo tipo de personas pobres.

Estaba tan frustrado que no podía cobrar el esfuerzo que había invertido en escribir sobre el pasado, sobre un crimen cuya mención estaba prohibida por decreto. Una de las nuevas legalidades de nuestra sociedad fue de naturaleza léxica. Tuvimos que eliminar de nuestro vocabulario palabras inapropiadas, temas y figuras literarias arcaicas. Teníamos que movernos hacia delante. Ir hacia atrás se consideraba algo impopular. Él lo sabía, pero tenía que escribir sus libros. Su verdad literaria resplandecía en él, más específicamente, como el plomo candente que

se vierte sobre el cuerpo de un mártir medieval. Existía solamente la posibilidad de convertir con la escritura aquel plomo en determinadas formas, y que él, de esta manera, las liberase. Su escritura parecía ser como aquella ceremonia de la adivinación con plomo que se produce en las sociedades primitivas. El plomo derretido se derrama en un recipiente con agua fría. Las formas ya refrigeradas estarán llenas de verdades literarias sombrías. Nadie quería ver figuras de plomo así de monstruosas, las que calientan el agua fría con su alta energía.

El nuevo arte se situaba en el precio. Incluso una holografía de bolsillo podía venderse en un mercado negro por una buena suma. La poesía escrita a nivel subatómico era el producto más reclamado. Los clientes eran, en su mayoría, robots adinerados que querían transformarse en personas. Los nuevos ricos metálicos se parecían a las personas oscuras que se blanqueaban la piel para acercarse a sus dioses blancos. Nuestra sociedad era clasista y antropocéntrica. Nadie era igual a nadie, ni más igual que nadie.

Una vez, cuando estaba en Nuevo París, así se llamaban todas nuestras ciudades ahora, viví un desagradable incidente, y entendí la esencia de nuestra nueva sociedad. Primero me comí un sándwich de jamón corriente con queso en pan francés, y pagué ocho eones. Por un eón puedo en mi ciudad, la Nueva Jerusalén Europea, beber y comer todo el día. En el bar Nuevo Bonaparte estaba tan apretujado que mantuve mis codos pegados al cuerpo mientras deshacía trocitos con mucha prudencia, sabiendo que me estaba tragando ocho eones. Después de comerme ese emparedado, zumbé como una mosca por la ciudad, lleno hasta la bandera de Nuevos Chinos. No podías entrar en una tienda porque ellos tenían preferencia: los Nuevos Chinos, con sus doguillos robóticos histéricos. Toda la ciudad se parecía a un centro comercial gigantesco con alguna huella de construcciones históricas esclavas, para siempre perdidas en la jungla de la sociedad de consumo. Vi la Torre Eiffel a través de una niebla sintética. Era otoño, y no había niebla, así que liberaron una, que era artificial, para que el ambiente de humedad fuera completo con la caída de las hojas en los Campos Elíseos. Las autoridades de Nuevo París lo hicieron por los Nuevos Chinos. Nosotros, los Nuevos Europeos, estábamos como si no existiéramos. Entonces anduve triste por esta ciudad oscura. Mi hotel, en la Nueva Rue du Dragon, era algo completamente extraño. Si quería acceder a mi habitación, tenía que entrar de canto, arrastrándome a través de una grieta. Era una habitación hecha para liliputienses. No me podía imaginar que los Nuevos Franceses fueran tan pequeños. Ordené los zapatos junto a la pared, para que ocuparan el menor espacio posible, mientras intentaba pasar entre la cama y la pared. Perdí la mayoría de mi tiempo en la habitación intentando acoplar mi cuerpo y no golpearme. Lo más difícil fue en el baño. Aquí tenía que ser prudente para no darme con las paredes, con los armarios del baño, los pestillos, percheros y las puertas de la cabina de la ducha. Por eso no tenía tiempo para malos pensamientos sobre Nuevo París. Para llevar al máximo nivel mi decepción y tristeza, iría a New Place Vendôme y durante horas caminaría de un escaparate a otro viendo preciosos relojes. Así, sufriría mucho más, mirando relojes con complicaciones Moon Phase, especialmente el Van Cleef & Arpels Midnight Planetarium, de 330.000 eones. Nuevo París me destrozó. Y me mostró mi sitio en esta sociedad. Si se preguntan quién soy: yo soy el nuevo narrador de esta historia, e intento con palabras antiguas inspirar un nuevo significado, aunque sé que eso se sitúa en la frontera de lo imposible.

«El arte es una cuestión de vanidad, y la moral es la ausencia de vanidad, por lo que uno debe ser inmoral», pensó mientras las pastillas aún no habían hecho efecto, y su cuerpo comenzó una danza salvaje dentro de la habitación. Un *pinball* en el que yo hacía el papel de bola niquelada.

De eso estoy hablando, las paredes se romperán en mil pedazos como si la luz se descompusiera en fragmentos brillantes. Se evaporará como una burbuja de jabón que desaparece en el aire, y no habrá manera de determinar cómo desaparecieron de la faz de la Tierra estas moléculas de jabón y agua, es decir, las caras del aire, ante los ojos de los niños encantados.

Paisajes distantes y tranquilos, llenos de cuadrados en cuadernos de cálculo. Incluso en la infancia, la gravitación se ha convertido en algo propio del pasado. Nosotros, los niños, pudimos flotar sobre espaldas, nadar a través del aire. Dirigirnos a alta velocidad hacia el suelo y en el último instante cambiar el ángulo de caída. Podías volar con un ligero balanceo, con tus pies juntos, como la aleta de una ballena, y abrazar tu objetivo deseado. Soplar aros de jabón, de los cuales salían burbujas de arco iris, y luego perseguir los globos por el cielo. Volar detrás de ellos y empujarlos con la respiración hasta que se rompieran. Yo tenía el record de metros recorridos; con un solo globito nadé novecientos noventa y nueve metros de distancia. Hasta que apareció un hombre enojado con un bombín: se llamaba Alfred Nobel, montado en una nube negra, y me envió una única gota de lluvia, la precisión de la Luftwaffe bombardeando una burbuja de jabón de colores. Los sueños inocentes.

Paisajes distantes y tristes pintados con la tinta de todas las letras que he escrito en el cuaderno de escritura de la escuela primaria, cuando nos ordenaron la tarea de escribir tantos epítetos como fuera posible en un trabajo sobre el tema: *Willkommen Zukunft!* Aquí, y sólo aquí, se me despertó el deseo de ser escritor. Me gustaba el embellecimiento de la realidad mediante palabras.

Colocó el pobre cuaderno de caligrafía sobre la mesa del salón. Encendió el teletexto y quitó el volumen. Quería que sus imágenes en la pared le hicieran verdadera compañía. La melodía lo aterrizzaba, le devolvía a la realidad. Después de dejarse caer en el sillón de cuero, con la cara hacia el teletexto, miró la pantalla y, con absoluta tranquilidad, sumergió su cabeza entre sus manos para quedarse en silencio. Lloró sin lágrimas, lo cual fue bastante difícil e ineficaz. No tenía dinero que despilfarrar, para comprar las lágrimas de los niños pequeños de los barrios de trabajadores, que vendían a los intermediarios por cuatro perras. Es por eso que tuvieron que vivir con dificultades, porque, de lo contrario, cómo podrían llorar todo el día, empaquetando lágrimas para venderlas. Se calmó y miró hacia el techo. No había tiempo para el patetismo.

Las cápsulas de las máquinas del tiempo hicieron su efecto, viajando primeramente allí donde en sus pensamientos estaría por lo general despierto, limpio de narcóticos. Después, los saltos en el tiempo se producirían sin aviso, como si fuera un juego de asociaciones. El cambio de identidad estaba incluido entre los efectos de la *metamorfosina*. Por eso podía hablar sobre mí mismo en tercera persona, porque él y yo éramos una misma persona.

Estaba aquí, porque quería comprender a sus antiguos enemigos. En la zanja más avanzada de la fortaleza de Belgrado, que todavía no había recibido el nombre de Kalemegdan, el puente flotante había sido construido sobre el Sava en el verano de 1521. Desde abajo, desde el Sava, la isla Gran Guerra y el Danubio, los otomanos progresaban como hormigas camufladas. El Danubio estaba tranquilo, los botes rasgaban la superficie, silenciosamente, como mandan los cánones. Nacía una nueva fuerza que arrasaría media Europa y que arrojaría a los eslavos a una miseria inimaginable durante siglos. O fue de alguna manera diferente. La historia es a menudo redonda como una lágrima, y la escriben los derrotados; por eso nuestros libros de historia estaban tan empapados de dolor.

De él dependía todo: si era una visión impregnada de sueños o hechos reales, porque otros

dormían; siempre alguien duerme en los momentos cruciales, o los refuerzos no llegan a tiempo, o el ejército se envenenó con comida, o los vientos han arrojado los botes de salvamento lejos de nuestra nueva Troya. Como fuera, el día fue tan luminoso que más luminoso no podía ser. Solo él vio cómo el monstruo, con decenas de miles de ojos, manos, sables, arcos, escalaba las paredes dañadas por varios días de gruesos cañonazos desde la Isla Gran Guerra. Miró banderas ininteligibles, armaduras que brillaban con el poder de un dios extraño y malvado que quería esclavizarlos, y que atacaba a la Europa misma sobre la cabeza del puente de huesos. Quería que, con todas sus fuerzas, su voz se hiciera más fuerte que el cielo de Ušće, para despertar a los defensores de la ciudad, agotados en sus petos de metal, colmados de desesperación y piojos, pero de su boca salieron solo globos de arco iris. Fue una visión que duró poco, empatía para los más débiles, que siglos después ejercerán la venganza sobre sus compatriotas. Así ocurre cuando los débiles se tornan fuertes, generalmente todo acaba con crímenes masivos.

Se puso de pie en su marco espacial del tiempo, mirando la confluencia del Sava y el Danubio, intentando entender la furia con la que uno de sus vecinos le quemó la casa, si es que es posible entenderlo, y si es que es posible justificar al villano que está frente a él, analizarlo en partes legibles y decir: «De acuerdo, querías matarme porque soy el descendiente de aquellas personas que quinientos años atrás oprimieron a tus ancestros».

Más tarde, en este mismo lugar, donde con decisión intentaba entender la conexión entre los jinetes anatolios de piernas arqueadas y él solo, aunque no tenga nada que ver con eso, se erigirá un monumento a Janoš Hunjadij, en recuerdo de la victoria sobre los otomanos, lo que sólo retrasó temporalmente la inevitable caída de Belgrado en 1521. La historia suele estar llena de esquinas y la escriben los perdedores, quienes piensan que han ganado. Débil consuelo para los ganadores morales.

Mejor que me vuelva a Nuevo París donde bebía cerveza de grifo a diez eones. Disfrutaba de cada gota porque cuando pagas por algo caro entonces lo valoras. Por eso pensé en beber el néctar de los dioses, tan soberbio que pagué diez eones astrales. Solo en Nuevo Bruselas era peor. Allí la esclavitud era pública y visible. Los negros fortachones del Congo, con uniformes blancos, llevaban en la espalda algunos recipientes espaciales y utilizaban aspiradoras alargadas que no aspiraban el aire, sino que lo expulsaban bajo presión. Estos aparatos empujaban las hojas de la calle y las amontonaban en los parques. Desde donde las hojas tenían que irse lo más lejos posible de la ciudad. La caída de las hojas ofendía profundamente nuestra nueva cultura ultra-blanca. Sucedió que, por casualidad, un congoleño trajeado de color blanco y yo nos encontramos frente al mismo escaparate, mirando tristemente los relojes de lujo, sabiendo que nunca ganaríamos suficiente dinero para comprarlos. Y a nosotros, los pobres, nos fascinaba el lujo. Y luego se extrañan de los disturbios en las periferias de las megalópolis. Esto se debe a que el africano y yo vivimos en los corazones de muchas personas, y también queremos disfrutar de la gloria y de la alegría de nuestra nueva sociedad, pero no estamos de acuerdo con los roles que tenemos asignados. Es por eso que ocasionalmente quemamos coches y bancos. A veces nos entregamos también al terrorismo.

Hizo un salto en el tiempo de nuevo. Los objetos del dormitorio pulularon lentamente por el aire.

Cuando el invierno terminó, todos deseaban que vinieran mejores días para la República. En las trincheras brotaban flores asombrosas de pétalos de color escarlata. Bonito color y mala señal. El que se atreviera podía jugársela con los francotiradores enemigos, con el ojo puesto en

la mirilla, el dedo en el gatillo de un rifle fascista. Ir a recoger flores a tierra de nadie. Había gente que organizaba carreras de caracoles cadavéricos; aquellos que, por la noche, cuando la niebla y la noche se funden, y el rocío se convierte en diosas del agua, despacio, reptan hacia las personas con los abrigos inertes, entran en los cadáveres a través de la nariz y de las cavidades en el cuerpo, y van más allá, hacia el estómago, navegan por la faringe, bronquios, canales secretos, imitan la vida donde ya no la hay. Uno podría atraer a un caracol con una pieza de cadáver, ofreciéndoselo a la concha de caracol, allí donde ese tímido animal esconde la cabeza con los cuernos. Mientras otros, con micro látigos, los animarían a la fuerza, para que lentamente compitieran a través del barro blando golpeado por millones de pasos militares. El hombre vivo tiene que apostarse algo en los tiempos difíciles.

En un refugio proseguía la orgía. Se la estaban clavando a aquella pelirroja nariguda; su piel blanca es una luz en el eclipse del sótano húmedo. El faro de unos marineros confundidos que amaban el amor anal. Unos soldados a un lado, querían solo observar, nerviosos arrugaban sus rifles entre los dedos, y le tocaban la piel imaginándose otros encuentros románticos y amorosos. Sus nalgas son medias pelotas duras entre las cuales se situaba la perpendicular al ecuador del placer, bosque rojo lleno de sudor, jugos y fluidos aceitosos para limpiar las armas. Ese sexo era el cumplimiento de una orden: ¡carga descarga! El ideal de la máquina que se ejercita a través del cuerpo humano.

Esperaban que la primavera trajera mejores días, con las alas de las grullas que arribaban a Europa desde África, dejando caer sus chillidos agrietados, que eran difíciles de olvidar en las trincheras durante el último año de guerra, cuando estaba claro que la victoria tiene la cara de una derrota omnipresente.

La soldado gemía. Si mirara hacia arriba, podía ver cómo brotaban las esporas temporales en el aire, entonces la mujer era un hombre vestido y maquillado como una mujer. Si todavía me inclinaba más hacia el suelo, la espora temporal transformaría al travesti en un animal hermafrodita con siete exuberantes pechos. Los anarquistas y los miembros del POUM, sucios y barbudos, apretaban la vena yugular, tratando de tocar su versión de lo Absoluto —la libertad—. Fue una sorpresa para nosotros que nos mandaran de repente a batallar. Justo cuando tenía que correrme y ver a todas nuestras santidades y estrellas de izquierdas, el silbato del comandante nos mandó al frente. Avanzamos con las bayonetas cargadas. Con cara sombría, volé como si no hubiera mañana. Mi cuerpo era una verdadera poesía de vanguardia. Poema cinético. Verso de ADN. Justo antes de tragar el aire en una caída libre, antes de que resbalara mi escopeta entre mis manos, pude ver, hacia la derecha, a las dos, por el rabillo de mi conciencia, la lente de una cámara y la nariz prominente de nuestro fotógrafo Robert Cappa. Me sonreí.

«No me reconocen, ahora que me estoy haciendo célebre por el momento de mi muerte, y en realidad soy anónimo para la eternidad. Todo el mundo conoce mi cara, pero nadie mi nombre. Soy un producto consumible del momento eterno», pensaba mientras la tierra me atraía las rodillas que tocaban algo no terrenal, esponjoso y suave. Todavía caigo. Tal vez, al final, pueda encontrar refugio y salvación en la vagina cósmica de la guerra.

Muchos han confirmado que me llamaba Federico Borrell García, miembro de la milicia anarquista Columna Alcoiana, y que morí el 5 de septiembre de 1936, en el campo de Cerro Muriano, cerca de Córdoba. Otros relatos dicen que estaba posando para Robert Cappa y que justo en ese momento me impactó una bala franquista. Como sea, llevo tanto tiempo muerto que la muerte me liberó de cualquier identidad.

¿Ya he empezado a cambiar de forma? No, solo anduve hasta la habitación. Todavía estoy en Nueva Europa. Fuera cae la lluvia acristalada, y la hierba es alambre de púas. El Nuevo Jerusalén Europeo es negro y miserable, un naufragio que amo. El espejo me devuelve mi personalidad. Soy un ser humano. Una mesita de noche llena de libros y cigarrillos, señalizadores y ceniza. Por el suelo había botellas, condones arrugados como muñecas de niños recién nacidos, pelos de mujer en un uniforme de la Wehrmacht. Todavía estoy aquí, en mi elemento, amo del cuerpo y del pensamiento. Solo he cambiado la dimensión temporal con alguna curvatura espacial, porque el tiempo y el espacio están inseparablemente unidos.

Tengo que recordar tantos eventos como sea posible, así que contemplo el teletexto. Intento recordar los últimos momentos, las noticias, los nuevos descubrimientos, la solución del crucigrama astral, la muerte del famoso músico, la estabilidad de la moneda, el aumento de los precios de los metales preciosos, la temperatura media en las ciudades de Nueva Europa, así como aquella noticia falsa sobre una mujer con tres pechos, sobre la aparición de un zombi, las invasiones de vampiros en las películas, las estadísticas de tarjetas amarillas en la nueva tercera liga de fútbol de Finlandia. Necesitaré todo esto cuando vuelva de mi viaje. Esta información será el cordón umbilical con el que, como una cuerda, regresaré del pozo del espacio temporal. Con todo ello, voy a reconstruir el tiempo al que pertenezco. La ciudad en la que vivo. Mi cara, nombre y apellido. Volveré a escribir, no tendré otra opción. Cuando finalmente llegue al vórtice, me convertiré en un sin nombre, hasta entonces, mi nombre es Velvet Spinn.

Ya estoy cambiando de forma mediante explosiones silenciosas de partículas de energía. Mi piel será ilimitada. Si la cosa se pone fea, siempre tengo la oportunidad de liberarme gritando una contraseña de rescate en un sensor en el colgante, pero he renunciado a ese tipo de recursos. Los objetos en la habitación se elevaron y flotaron en el aire. El polvo parpadeó algunos milímetros por encima de los objetos con los que estaba en simbiosis; igual que los anillos de asteroides, rocas, hielo y polvo envuelven los planetas y satélites.

Ya sé dónde terminaré. Presiento mi forma final. Voy a ser un gato de color blanco y negro, debajo de la carrocería de un auto quemado en la calle Reufa Selmanagića Crnog, en Srebrenica, el 11 de julio de 1995. Sé que estaré allí en esa forma vital. Perfectamente seguro en la piel de gato. Miraré hacia la calle, escondido detrás de una llanta. Voy a ver y recordar todo. Tengo que hacerlo así. Alguien tendrá que testificar en el futuro. Alguien tendrá que probar constantemente que se produjo el crimen, que los judíos no se asfixiaron solos con el ciclón B en las cámaras de gas. Por eso decidí ser un portavoz para los muertos. Estoy mirando por la calle. No está pasando nada. Todo permanece en silencio. No se oyen pájaros en las copas de los árboles. El mundo vivo parece estar congelado. Oigo mi pulso débil. Los pasos militares se están acercando gradualmente. Escucho el funcionamiento del mecanismo del reloj, arriba, hacia el bosque donde las personas huyen. Alguien perdió el reloj de pulsera Eterna Kon Tiki con rodamientos eternos, un modelo que cruzó todo el globo terrestre en una balsa de madera, en la mano de *Thor Heyerdahl*. El sonido es cada vez más fuerte. Luego, las voces humanas sobresalen, desde atrás, detrás del recodo, desde Učine Bašče, y los pasos, el sonido de las armas, el hedor militar. Ya veo a un criminal. Él levanta la mano. Muestra la fachada de una casa. Habla a un grupo de soldados: «Quitad esa placa de Selmanagić Reuf Crni. (...) Quitadla. Dirección Bratunac».

Y se largan en esa dirección. Lejos y pacientemente. El mecanismo del reloj funciona cada vez peor. *Eterna* no justifica su nombre. La hierba crece rápido. El sol sale y se pone, cientos de veces seguidas. Decenas de miles de veces. Mi gato era cada vez más lento. No tengo fuerza para

volver. He olvidado la clave. Me incorporo a dos patas. Mitad hombre, mitad gato. Soy el *Gato-Tauro*. Lo recuerdo todo. Nunca olvido nada, ni perdono. En la noche, me meto en los sueños del verdugo.

EL HOMBRE MUTILADO

En su imaginación, en lugar de gotas de lluvia caían del cielo bolas japonesas transparentes. Una nube oscura y nublada colgaba sobre su cabeza. El sol estaba por alguna parte, en algún rincón. En el caso de que quieras ponerte a charlar sobre la ciudad con tus metáforas favoritas, ella rechazará ese honor, porque sabe que no se parece a sí misma, a la de aquel pasado ideal. Vučko, la mascota de los Juegos Olímpicos, ahora es un criminal y está acabado. «La ciudad no se parece a la de antes», así dicen los locales. Y, además, cómo va a ser igual que antes del apocalipsis. A lo mejor es que hay demasiados muertos en ella. En las catacumbas de París se hallan los huesos de unos cuantos millones de muertos, pero sus ciudadanos pueden vivir de nuevo despreocupados. En las fotografías de guerra, junto a los ahorcados a lo largo de la pared del Museo de Historia, se pueden ver las lápidas musulmanas y las cruces de madera de los soldados muertos de la Armija de Bosnia y Herzegovina. Los muertos rodean la ciudad, porque la ciudad está rodeada de tumbas acechando las verdes colinas y laderas. Los muertos vagan por la noche desde el monte hacia el asfalto de la ciudad. Se dejan caer con la niebla. Los muertos se despiertan del sueño en la escoria del estadio auxiliar del FK Sarajevo. Esta es una ciudad para los muertos y para los semivivos. Los zombis están ahora de moda.

Hay que tener miedo del viento del sur, que recorre las calles y reparte gratis revólveres cargados.

«¡Disparen!», se gritaría al viento, «disparen a aquellos que sean los menos culpables».

«Así se logra la justicia celestial».

«Maten a los criminales en sus cálidos hogares, disparen delante de sus descendientes. Fuego a discreción, *mientras se pueda, a la multitud*».

Pero el viento calla y se centra en sus cosas. No es lo suyo generar traumas; en general, el viento no vio *Taxi Driver* de Scorsese, ni ha leído el tercer manifiesto surrealista de Breton, no sabe ni de qué hablo. Por eso empieza a hablar en alto, para romper el silencio de la ciudad que le recuerda el silencio antes de los bombardeos: «Cuando alguien logre explicarme qué tipo de hombre es ese que se levanta una mañana de 1992 y coge la escopeta de un escondite, cuelga la bandera serbia con cuatro eses sobre el umbral de su casa y se dirige al primer vecino, lo saca de casa y lo empuja al barro, le hace arrodillarse, saca la bayoneta y mata a un ser humano, vecino, padrino, amigo de mucho tiempo; cuando alguien me explique eso racionalmente, cuando me lo explique por partes, será más fácil vivir. Creo que no existe respuesta. La ciencia actual, la parapsicología, la religión, la metempsicosis, nadie ni nada tiene la fórmula mágica para resolver esa cuestión con la que todos acabaremos enterrados bajo tierra».

Miró en una gota de lluvia con los ojos abiertos mientras hablaba solo. Anduvo hasta la

parada de autobús. Apenas tenía cuarenta años. Un hombre fuerte, como hay a miles en los transportes públicos. Con inquietud observó a los pasajeros. Su corazón latía correctamente y con rapidez, con extrasístoles ocasionales —estos son espasmos dobles de corazón causados por la ansiedad del mundo que le rodea—. Entonces practicaría la respiración abdominal. Recordó lo que le dijo la terapeuta: «Si le supera el pánico, empiece a respirar desde el estómago». La ciudad estaría de acuerdo, porque, sin ambigüedades, también estaba destrozada.

Luchó con todas sus fuerzas para que la gente en el autobús no se diera cuenta de que estaba perdiendo el control sobre su propio sistema nervioso vegetativo, aunque este tipo de control era inviable, cuando la respiración y la actividad del corazón se agilizan en contra de la voluntad de una a varias velocidades. Pertenece a una cultura en la cual es una vergüenza estar enfermo. Las enfermedades familiares eran un estricto secreto. Los familiares sanos escondían a sus jorobados en habitaciones oscuras, en las buhardillas y les dejaban salir solo para asistir a las celebraciones religiosas. Aquellas celebraciones era lo que más odiaba.

La ciudad entonces estaría repleta de lisiados y gruñones, toda la descendencia desbordaría las calles sucias de la ciudad. Cuando era joven, se preguntaba de dónde venían todos esos desgraciados, dónde vivían, en altas torres, tras unas barras de hierro. Duermen en colchones de paja, luego los bañan, les planchan la ropa, ocultan sus defectos como pueden, les dan dinero para pasteles y los largan a la ciudad. Incluso si pega el viento del sur, y encuentra a uno de esos pobres descalabrados, puede estar convencido de que no le sucederá nada bueno en la ciudad, donde anochece tan temprano que incluso ni en el verano la ansiedad abandona el valle de las sombras y la muerte.

Por eso también le daba vergüenza. No quiere que otros piensen que es uno de esos tullidos al que dejaron salir al mundo exterior, para que aspire el aire limpio del sol medicinal. Respiró a escondidas con la nariz y luego expiró por la boca. Parecía una máquina destinada al tratamiento del aire. Es una pequeña planta de aire nutrida con calor humano. Extrasístole —aquello que les despierta del sueño cuando creen que tienen un ataque al corazón—. A la extrasístole a menudo se la confunde con el palpito de los músculos del pecho, cuando el cuerpo le brinca a uno en la cama, pensando que se tiene un infarto de corazón durante el sueño. No sabía que no había lugar para el pánico. El corazón le palpita frenéticamente al pensar que ha tenido un infarto de corazón. Necesitó que pasaran diez años para llegar a conocer su cuerpo. Entonces relacionó el palpito del corazón con la cita del libro de Miller, *Plexus*: «Imaginen cómo sería si vuestro corazón palpitará a un ritmo cósmico». El autor de la cita era Élie Faure.

Sabía cómo era si el corazón palpaba a un ritmo cósmico. Ese horror del nacimiento y la muerte en el propio cuerpo. El miedo a la muerte a nivel celular.

Alguien se le puso delante y cortésmente le pidió perdón. Asintió y pensó que al menos había gente normal en esa ciudad, donde hay un torrente incesante de zombis de todo tipo. Los que más había eran los *zombisoldados*, y yo, de alguna manera, pertenecía a ese grupo. El autobús avanzaba por la carretera, que era de un azul como un suelo de ciruelas de una Arcadia infantil. Levantó la mano y se agarró a una barra de metal de la que colgaba la gente de clase baja, y los que piensan que no son pobres. El vehículo continuaba con decisión sobre el asfalto.

Le hubiera gustado tener una máquina de escribir flotante marca Olimpia. Utilizaría la taquigrafía para los pensamientos que le llegaban desde lejos, de un pasado que había olvidado y que recordaba al mismo tiempo. Era como el corazón cósmico de Élie Faure, el recuerdo y el olvido se intercambian a una velocidad supersónica. Por eso tenía que recordar. Las máquinas de

escribir flotantes de la marca Olimpia todavía no habían sido inventadas.

Las transcripciones del texto taquigráfico decían así: «Cuando detonó el cañón de 130 milímetros, no había nadie en ninguna parte. Miré a través de lo que quedaba de la ventana, cuidando de no tropezarme con los fragmentos rotos; tuve que asomarme afuera. A lo lejos, el viento que venía de la fuente de agua fría desordenó, el trigo. El sonido fantasmal penetraba en mis tímpanos. No había oído nada. Nada. Acaricié mis oídos y me estresé. La rueda se movía en el aire en frente del sótano en el que era un refugiado. El carro está roto. Vuelto hacia arriba. El viento no permitía que la rueda se parara. El cuerpo del caballo estaba tumbado en la hierba. El asfalto desgastado estaba limpio con una mezcla de sangre humana y equina. Los zapatos del conductor del carro se asomaban entre los arbustos. La sangre atrae a las moscas que quieren depositar los huevos en las heridas del caballo. Un poco más lejos de los cadáveres, los cultivos de grano han sido apartados a un lado como si fueran cabezas de borrachos. El aire trae un eco de sucesos que ocurrirán al otro lado de la siguiente montaña. Esos sucesos activarán esa escena en la que la gravitación empuja la sangre del asfalto hacia el pasto verde».

El autobús se detiene en la mezquita de Ali Pasha. Sale para beber agua en la fuente. Esta es su mezquita favorita, aunque no se siente creyente. Para ellos es más fácil, ellos pueden comprender la muerte y justificarla por la voluntad divina. El cuerpo se suelta en la tierra sin el ritual religioso debido, el oficiante pronuncia las palabras mágicas que hacen llevadero el dolor de los sufrientes. El hombre no muere en vano, su muerte está inventada, va a un mundo mejor. El héroe de nuestra era, de una era volátil, no conseguía creer en un escenario postmortal. La religión escapaba de él, no la podía tomar en serio: todas esas historias frívolas y cómicas sobre ancestros y milagros. Y, sin embargo, a él le ocurrían algunos pequeños milagros. Una vez escuchando la radio dijo: *What's The Frequency, Kenneth?*, no pasaron ni diez segundos después y comenzó a sonar la canción de R.E.M. Cree en la evolución. En que según la teoría de Darwin las ballenas son antepasados de los seres humanos. De las ballenas surgieron los lobos. La gente llegó a tener timo: la glándula mamaria en el pecho donde se encontraba el alma. El timo se perdió con la evolución. Racionalmente, nos abrumaba lo mágico. Así que perdimos la capacidad de comunicarnos con pensamientos distantes, con los fantasmas y los animales de la naturaleza. La magia ha desaparecido de nuestras vidas y nos hemos convertido en animales pensantes del todo ordinarios. Como él, el héroe de nuestra era decepcionante.

Escalando hacia Trebević alguna vez se paraba, y se inclinaba sobre la barandilla y observaba el minarete de la mezquita de Ali Pasha. Un fuerte reflector iluminaba el minarete creando un rayo oscuro que iba desde lo alto de la mezquita hacia el cielo estrellado. Aburrido se inventó un ser de la justicia cósmica, aquel que está por encima de las historias monoteístas del espanto y del horror, repletas de las venganzas y rencores más negros. Entonces podía sentir un deseo minúsculo de ser creyente, de ese ser de la justicia que no mata a sus súbditos ni les exige estúpidas penitencias. Un ser anarco-liberal de la igualdad que borrara cualquier forma de autoridad. Él, como creyente, se encargaría de las modelos de los carteles que se retorcián coquetamente ocultando sus coñitos bajo el tejido perfumado de la ropa interior. *Ona by Luna*. Es por eso que Dios creó a Adán y a Eva, y ambos estaban sin ropa interior. Para poder olfatearse en el paraíso donde todo olía al diablo. Después de encontrarse, se olfateaban como perros, lamiendo sus jugos y bebiendo miel de sus labios. Debió de haber notado que incluso la copulación más bizarra entre insectos era mucho más interesante que todo lo que le colmaba en la vida, especialmente las personas que viven en el tubo catódico. Los políticos mentían las veinticuatro horas, y nunca

cerraban la boca. La copulación entre insectos, sin embargo, es algo real y tangible. En realidad, era creyente. En los bolsillos había arrugado una pequeña revista porno, como si fuera un calendario religioso con oraciones. Se encargaría de las actrices porno de pelo rojo, piel blanca, de la cual emergían bolas japonesas enormes, manzanas góticas unidas por una correa. Culos blancos como la nieve que parían planetas negros de lujuria.

Los actores y actrices porno en cuyos orificios podían caber hasta columnas enteras de refugiados con sus pertenencias, ganado, chiquillos llorando en las mantillas de los caballos, entre los cuales se encontraba un niño pequeño con un conejo blanco en sus brazos.

Responsabilizarse de los inválidos de guerra desdentados, soldados desmovilizados que cada mes protestan enfrente de los edificios de gobierno. Se quejan y piden ayuda social, porque lucharon también para lograrla. Para que no se diga que las personas son bestias, que no saben lo que es el ascetismo, la dignidad, el orgullo. Él lo sabía. Por eso estaba solo.

Para los trabajadores tristes de todas las fábricas abandonadas, inservibles para la transición, que ordenadamente votaron por los partidos de derechas para que después de las elecciones pudieran robar gracias a las privatizaciones de los inmuebles estatales. Sus ametralladoras al hombro, pero sus carteras en los bolsillos ajenos. Por eso a diario hacen huelgas de hambre, para justificar sus vidas erradas. Cada trabajador pesa cien kilogramos de peso vivo. Ellos, con las caras preocupadas de los minotauros de provincia, vagan por las calles alineadas de la ciudad. Estas criaturas maravillosas huyeron del laboratorio de la isla del doctor Moreau.

El agua goteaba desde la fuente, en el medio de los pocillos de mármol, sobre una base pulida hasta el brillo. La temperatura descendía hasta los cero grados Celsius. Caía la nieve durante horas. Insistente, paciente, sin cesar. El viento dispersaba los copos y cada uno era especial por sí mismo, y pudo escuchar el silbido del viento helado que traía un soplo de desolación hacia el centro de la ciudad. La multitud desapareció. Los transeúntes encogían los hombros, y se hundían en sus abrigo. Las palomas viajaban hacia donde se imaginaban que estaba el sur. El agua se helaba. El héroe de nuestro tiempo se convertía en estatua. En su palma había agua congelada, algunas gotas de su mano se cristalizaron en el aire. Los bigotes estaban cubiertos de hielo. Los abedules en un parque cercano dejaban de susurrar al viento. El corazón de los pájaros se paraba. Desde algún lugar llegaban las palabras llevadas por una tormenta de nieve. El murmullo de una tierra lejana donde la gente montaba renos. Lo dejamos así, paralizado en el sitio, todo mientras el tiempo no se congele en un segundo; mientras las manecillas del reloj Schaumburg no se detengan del todo; aquel reloj en cuya esfera se encuentra un universo infinito, y por la otra parte, se ve un mecanismo perfecto a través del cristal de zafiro. Y mientras no empiece a moverse hacia atrás, y nos devuelva a la oscuridad de la noche.

Cuando en el laberinto conoció a una tal Wendy, bebieron Red Bull y Jack Daniel's. En sus ojos vio el deseo de que le golpeará bien las nalgas. Ese tipo de mujeres se pegaban a él, y este no tenía nada en contra. Siempre se comunicaba mejor con las extranjeras, porque hablaban una lengua que no era la suya: las consecuencias del malentendido estaban resueltas. Si hubieran hablado en su idioma, seguro que habrían discutido por cualquier minucia que oculta la lengua, dobles sentidos y dobles ironías. Con un inglés básico era suficiente. Como eran totalmente extranjeros, el sexo era esa lengua con la que podían comunicarse, y en la que podían sentirse absolutamente cómodos.

Dijo ella: «Te pareces a Steve McQueen».

Dijo él: «¿Quieres que te golpee en el culito con el cinturón?».

Él no le dio con el cinturón en aquel culo grande y duro. Pero fue suficiente con insinuar la idea, como un aliciente con el que se omiten rodeos y ambages.

Mientras que ella cargaba su peso sobre él, tumbado, su cara se enrojecía, pero la piel alrededor de los labios permanecía blanca. A partir de ahí toda la sangre corrió por los pómulos, eclipsando aquella cara pecosa. El cabello caía sobre los ojos, brillantes, con terminaciones de color rojizo. Unos ojos verdes diabólicos en un rostro ardiente. Era una santidad follable, con el cuerpo de la Venus de Milo con esteroides.

Se acordó de una taquigrafía que había utilizado en tiempos remotos, de veinte o más años atrás. De cómo sostenía aquel corazón de caballo entre sus manos. En algún camino rural. En un pueblo olvidado, donde era un refugiado. Cuando el mundo era joven y cruel.

Wendy se esfumó antes de la mañana. Por lo general, así desaparecen ellas. Lo que la noche trae, vuelve de noche. La noche es el océano, la mañana la bajamar, en la cual solo existe el recuerdo vivido y el olor de su entrepierna en los dedos.

Dibujó un reloj en la pared con crayolas. Lo vio en Internet. Había dos modelos: Panorama Universe y Panorama Meteor. Prefería el primero. Podía solo soñar con que un día podría adquirirlo. Por eso lo dibujaba de forma obsesiva en la pared del dormitorio. Todos los días se entregó a esa elaboración hiperrealista. Dibujó una esfera mucho más grande con carcasa y sin correa. El diámetro del reloj original es de cuarenta y tres milímetros. Su versión de la pared tenía un diámetro que se medía en centímetros. Necesitó espacio para meter dentro numerosas constelaciones. El reloj, incluido el dorso, estaba impecablemente dibujado.

En los momentos en los que no podía encontrar soporte en ninguna idea, libro, verso, solo creía en el reloj de la pared. Cuando le parecía que no había salida, creía que el reloj le podía liberar de todo lo que le atormentaba y le amargaba en la vida. En uno de esos momentos sin salida, tocó la corona y el reloj se volvió tridimensional. De una manera incomprensible se fusionó con él. Sintió cómo el corazón del reloj oscilaba a gran velocidad, y sintió el terror en las taquigrafías, que había tomado hace veinte años o más, haciéndose cada vez más ligero. El corazón del reloj podía helarle también su propia vida. Esos años de la posguerra todavía recientes eran así, mágicos y espantosos.

El reloj absorbió la historia de la granada y del corazón de caballo, y empezó a producir metáforas. Primero se transformó en fluido, y después en embudo verdeazulado que absorbía las palabras, que pasaron a través del sistema de vasos comunicantes y retortas, para que salieran afuera, una a una, como figuras retóricas terminadas.

Caballo = Fragilidad

Sexo = Olvido y Deslumbramiento

Muerto = Resurrección Verde

Guerra fría = Intimidad y Libertad

Precisas, metáforas claras que giraban en la pared. El fluido de nuevo se convierte en reloj. Las manecillas del reloj Schaumburg se dirigen en esa dirección, del mismo modo que el efecto Coriolis gira los huracanes a la izquierda en el hemisferio sur, en dirección al pasado profundo. La esfera es azul oscuro y en ella brillan las estrellas. En el reloj, encima del número 6, está el Universo, y debajo del nombre se encuentra el número de serie de cuatro ceros. El reloj es su

universo en pequeño. Lleno de metáforas oscilantes. Así también es el gran universo. Un tintineo de palabras.

Empezó a soplar hacia el sur. El hielo se derrite, se empequeñece. Salió el Sol. El agua goteaba desde la fuente. Las nubes desaparecieron. La temperatura subió. Las palomas volvieron de los lugares templados. Bebió agua de la fuente. Estaba feliz. Los pájaros piaban. La primavera duraba eternamente. Su rostro era liso y tenso. El cabello era espeso. Las cicatrices en el cuerpo desaparecieron. Los abedules susurraban. Echó un vistazo a los periódicos, miró el día y el año. Volvió a la nueva era, el ska, el ritmo de la calle. El muro de Berlín aún estaba allí.

MI ATLÁNTIDA PRIVADA

Me parece que todo empezó cuando mi padre dejó de leer el periódico belgradense *Politika*. Aquello fue también antes de que se organizara el décimo cuarto Congreso extraordinario de la Liga Comunista de Yugoslavia. De este evento, recuerdo las lágrimas de la delegada eslovena Sonja Lokar. Sus emociones líquidas marcan la llegada de una nueva era.

Primero aparecieron los ectoplasmas voladores que tomaron el control de las mentes humanas. Después, los ectoplasmas adoptaron la forma de unos auténticos cuerpos, pero los más persistentes fueron los huesos en la tierra.

Después vinieron los androides, los antepasados del comandante Data. Ellos eran casi como nosotros. La palabra casi les costará la vida. Los fusilamos, eran demasiado perfectos. Después sigue la etapa de los ciborgs, llegados desde lejanas constelaciones, a los que no podría atacar ni con los rastrillos de la historia infantil del escritor Branko Ćopić, con los que el chico y el perro callejero Petrak, desde la primera colina, querían agarrar la luna.

Después de los ciborgs, vienen las personas con la estrella de cinco puntas. Ellos no tienen ninguna idea, no abogan por ninguna opción, y están de acuerdo con todo, como Fikret Abdić. Las manos y las piernas y las cabezas son afiladas ancas de esos pentagramas biológicos inusuales. Su tarea es rodar con ancas puntiagudas a través del espacio y del tiempo. He dicho: no tienen sistema de ideas, ni les interesa ninguna ideología. Cuando dan una vuelta al globo terráqueo no saben hacer otra cosa diferente excepto realizar la misma acción. Estoy en el campo de concentración de Buchenwald, muchos años después, y vi el carro con el que los presos portaban los bloques pesados de piedra negra de un lado al otro del recinto. El paisaje de estrellas me recordaba a ese trabajo interminable. A las ruedas de los carros para presos.

A continuación, nuestro país estaba habitado por el plancton celeste. Las plantas carnívoras imponen su dictadura y condenan a muerte a los vegetarianos. Honran a quienes de la verdura lo que más les gusta es la carne.

Con la rapidez del láser se cambian regímenes, caen gobiernos como al inicio de los ochenta caían las fichas para los *flipper* en los antiguos salones de juegos. Hay una comparación más que me gusta: caían como moscas.

Después se despierta la hierba marina -el kelp-. Crece en espiral y se parece a las cadenas de ADN y ARN. La hierba conquistó la tierra, y ataca a todas las ciudades. Desaparecen civilizaciones en pocos días. Una tonelada de continentes absorbida por el fondo marítimo; tranquilamente esperan a que sean declaradas las nuevas Atlántidas descubiertas.

La edad de oro del hombre ya ha pasado y el mono ha tomado el control. Pasa que, más que nunca, avanzamos hacia atrás. El simio introduce la forma simia como ideal estético, pues ahora

mola tener aspecto de mono, y su característico estilismo kitsch. Cualquier oposición es en vano. Todos quieren ser como el mono.

Antes de todo esto, leía el diario belgradense *Politika*. El mundo era negro y blanco, estable como el franco suizo. El Muro de Berlín estaba sosteniendo nuestra realidad sobre nuestras espaldas. Nuestro atlas era fuerte y seguro. Además, por aquel entonces, era pequeño y me gustaba mirar Yugoslavia con los ojos de un niño. Leía el suplemento cultural de *Politika*. Con las tijeras cortaba los poemas de Allen Ginsberg y Geo Bogza. Aprendía los poemas de otros de memoria. Leía ensayos e historias cortas. Pero lo mejor de todo era la última página del periódico, a partir de la cual podía encargar por correo un libro de una larga lista. Escribes el nombre, el apellido, la dirección y el título del libro, y lo mandas todo a la dirección indicada en la orden de compra. Los días que siguen están repletos de expectativas. Nada se puede comparar. Ni Papá Noel, ni los regalos de cumpleaños. Así pedí *Cien años de Soledad* de G. G. Márquez y *El Hobbit* de Tolkien de las bibliotecas Raspust de la editorial Nolit. En la lista estaban también *Rani jadi* de Danilo Kiš, en cuyas páginas descubrí cómo suenan en los cuentos la poesía pura y la tristeza.

¿Dónde quedó todo esto? Ah, sí, llegaron los malos tiempos. Y la guerra, y los refugiados, y el rifle al hombro, y las heridas, y el amor, y el amor a la rakija y a los cigarrillos. ¿Saben cómo es de dulce un cigarrillo cuando se fuma bajo un bombardeo de proyectiles de mortero de 60 milímetros? Mejor que no lo sepan. Por eso estoy aquí para aclarárselo. Eso era mi misión inconsciente: sobrevivir, hablar, escribir.

Esos muertos y heridos, estas cicatrices en el cuerpo, y las heridas internas que cicatrizan con el tiempo. Los libros como un precioso botín. La lectura junto a la luz de faroles improvisados de aceite de lino robados de la subestación eléctrica, piezas de tela en lugar de una mecha. Entonces los libros olían a casa quemada. Los graneros ardiendo me recordaban a las estrellas del *Apocalipsis* de Ivanov.

Por eso sueño febrilmente las lágrimas de Sonja Lokar, porque son un contrapeso débil contra el fuego. Me parece que todo empezó cuando mi padre dejó de leer el periódico belgradense *Politika*. Pienso en unos cuantos comienzos, la fragmentación de Yugoslavia, la guerra en Bosnia y Herzegovina. No se puede conseguir más de la vida, ni de la muerte. Nos matriculamos en la asignatura de apocalipsis y continuamos con nuestros estudios.

EL RETORNO A LA NATURALEZA

Cuando bucea en la memoria, primero siente el olor. Largo e intenso. El olor de la escopeta de caza limpia y aceitada debajo de su cama, en el dormitorio que comparte con su padre. Rechaza el recuerdo de ese olor, porque su padre es estricto y frío, y le inspira fotografías repletas de metal y sangre, como un cuchillo para desangrar las entrañas de un jabalí salvaje. Entonces mana el olor de los jugos gástricos. Es penetrante, sutil, como el olor a queso de la pizza. A eso se imagina que huele el abomaso, una parte del estómago de los rumiantes. Algunos olores le excitaban y otros le eran indiferentes. En sus recuerdos, primero cataloga aquellos excitantes; luego ya pasa a los olores corrientes, a los que otorga unas propiedades imaginadas para que no le remuerda la conciencia creando diferencias de clase entre los olores.

A lápiz de madera y grafito, a eso huelen todas las aulas del mundo. Ella huele a nostalgia y le devuelve al mundo de la adolescencia socialista. Las ventanas entumecidas del aula, debido a la energía corporal de los jóvenes estudiantes. La goma huele bien, a menudo a chicle. El estuche es una verdadera fuente de olores, una concavidad de la que surgen los hologramas olvidados de la cara de los alumnos, el alboroto cuando se acercan las vacaciones estivales, la euforia de la vida en sus inicios, que nunca se volverá a repetir.

Recuerda el rostro de la niña de la clase de al lado. No le gustaba encontrársela en el pasillo, en dirección a la escalera de entrada a la escuela, a la que siempre accedía con entusiasmo, deseoso de saberlo todo. En su cara alguna vez vio cómo la muerte saluda desde el futuro. La forma de su cráneo le recordaba a la muerte, le parecía que ella ya estaba preparada para ella. La tierra, los gusanos y las bacterias no tendrían trabajo que hacer cuando su cráneo, por lo que fuera, terminara bajo tierra. La niñita se parecía a esos cráneos que ya han sido procesados por la muerte. Así que la llamaba de forma simple: la Craneolilla. Sentía su presencia entre los muchos cuerpos que se empujaban para poder entrar por la puerta de la escuela, cuando sonaba el timbre que anunciaba el comienzo de la clase. Y entonces se esforzaba en que sus miradas no se cruzaran. Y en cada ocasión sus ojos, contra su voluntad, se topaban con su rostro. Tanto le atemorizaba, tanto le atraía. Su pequeña nariz recortada, chata, preparada para realizar paseos subterráneos. Su frente culminaba de tal manera que los ojos se encontraban en la profundidad de sus cuencas y, debajo de ellos, semicírculos oscuros, ojeras. Sus mejillas eran rosadas y macizas. La carne de su cara le advertía de su muerte, por muy erótica y olorosa que fuera.

En los charcos, en la corriente que hace zigzag, como el intestino aglutinado de un abdomen, cazan tortugas. La armadura de una tortuga muerta huele a podredumbre y a la volatilidad del tejido. La milanesa de ternera que manosea con las palmas de las manos, trayéndosela a la nariz de experimentado carnicero, en su mente crea una serie de fotografías de sus tejidos, que, después

de la rigidez post-mortem, empezarán rápidamente a descomponerse. El olor de la carne fresca de ternera es el olor de la muerte. Para él, ese olor era peor que ver la cara de la Craneolilla.

A veces le gustaría tener su estuche mágico, en donde meterse y volver a la infancia, a un mundo sin los traumas de la gente adulta. Allí donde las chicas guapas y presumidas huelen al sudor severo de los cuerpos sucios y a la ausencia de higiene familiar. Donde los chicos huelen a establos andantes, a animales domésticos y a orín. Allí donde a través del olor empezó a familiarizarse con su propia vida.

Al comienzo de la adolescencia, uno se encuentra con el olor que quedó impregnado en las vías férreas, bajo el sol del mediodía. Si mirara a lo largo de los raíles, poniendo su mejilla sobre el riel, podría ver la ilusión palpitante como si fuera aceite flotando sobre un mar tranquilo. Una de las vías iba en dirección al Adriático, la otra hacia el interior, hacia la ciudad que adoraba; a una ciudad de ángulos rectos, de parques ordenados, gente amable y bibliotecas fascinantes, donde entraría después de haber pasado horas mirando escaparates para mostrar sus respetos a los libros y a sus títulos. Cuando se acordara de los títulos y de los autores, entonces estaría preparado para entrar en la librería y abandonarse a lo mejor de todo: al olor de los libros nuevos.

Al comienzo de la adolescencia, existe el olor impregnado en las vías férreas, el olor de los trenes, también de los países lejanos por los que pasaron. Quien haya viajado en tren, como hizo él, sabe que en esos viajes hay algo mágico. Las fotografías vistas desde el otro lado de la ventana son únicas, no hay una igual a otra, incluso aunque uno viaje una y otra vez hacia el mismo destino. El tiempo y el espacio son aquí, más que nunca, melancólicos. Más que ningún otro vehículo, el tren genera una melancolía mágica.

Ensimismado, se sentía agitado en el momento en que las ruedas chirriaban y la masa abrumadora de metales empezaba a luchar contra la inercia de su propio peso y aceleración. Viajaba de la ciudad A a la B, como hace cada fin de semana. Ese viaje es largo, dura siete horas. Conoce toda la geografía de paisajes que se forman junto al tren. Su vida exterior es rutina, y su trabajo es rutina, porque es funcionario del Instituto Estatal de Estadística y porque puede, sin exagerar, colocar en numerosos cajones lógicos todas las cosas y sucesos de la vida propia y ajena, donde las cosas y los sucesos ocupan su lugar.

En el vagón, donde se sienta solo, entra un revisor y le saluda inclinando la cabeza sin pedir el billete. Solo ha deslizado la puerta a un lado, el aire en el vagón trae un remolino de nuevos olores que le arrastra hacia el duermevela. Desde ahí se precipita hacia un profundo sueño.

Así que no pudo sentir cuándo entró al vagón un grupo de jóvenes. Solo se despertó del sueño y, si hubiera sido grande como el Atlas, podría haber visto cómo la velocidad de la anguila de metal se reducía, mientras él, el Atlas, se enderezaba por encima de la primera capa de nubes mientras su cabeza superaba los diez mil metros de altura, más allá de donde los aviones aran los campos celestes, arrastrando tras de sí líneas rectas de color blanco como la leche.

Y, otra vez, algo se activó en su mente. Le devolvió al tren. Le dejó pegado al sucio asiento. Un aroma añejo orientó su mirada, protegida detrás de unas gafas oscuras, para escanear a los pasajeros, buscando saber a quién pertenecía aquel olor que le había hechizado y que bombeaba vertiginosamente su sangre por el cuerpo.

Inmediatamente, se fijó en ella, aunque no destacara, por haberse sentado junto a una chica rellenita, que acentuaba su sexualidad con esmalte rojo en las uñas de los pies, encogidos entre la piel negra de los zapatos con un tacón ancho y alto. La rosa roja también deseaba destacar su erotismo, como también sus pechos ceñidos, tan apretados que no era posible insertar ni una

tarjeta de crédito.

Y la falda aumentaba su sexualidad. Negra y tersa, estrujaba sus muslos duros. A pesar de todo, esto no le impresionó. Su olor era inapreciable, corriente entre corrientes. Entonces, la archivó en el grupo de personas irrelevantes y se detuvo con la mirada en la chiquilla de catorce años no cumplidos.

Tuvo claro que esa ninfa olía como todas las rosas de todos los ramos, portadas por las manos peludas de los hombres que caminaban por las calles de las ciudades el ocho de marzo, en los tiempos de su adolescencia socialista. Ella, en realidad, no olía a rosas, sino al capullo que guarda celosamente su aroma. Su demonio del olor la sintió de tal manera que le cogió un vértigo al que pensaba entregarse sin miedo a la muerte ni a la desaparición —sus constantes compañeros de viaje—.

Tuvo claro que la chica percibía cómo su energía se volcaba sobre ella, aunque lo estuviera ocultando hábilmente detrás de las gafas oscuras. Hizo como que observaba los paisajes veloces, pero la observaba incluso cuando parecía que su mirada estaba clavada en la vegetación, en los meandros del río que fluían junto a las vías del tren. La contemplaba con todos los sentidos.

En esa fase ambos eran conscientes de cuánto se deseaban. Su cuerpo pequeño dominaba el espacio. Su olor era al mismo tiempo fuerte y tierno. En un momento dado, siendo ella consciente de su fuerza, tiene el deseo de eclipsar verbalmente a la chica mayor, que de forma agresiva hace por destacar su torpe erotismo. En otro momento dado parece que la ninfa provoca un cambio de energía en el vagón, donde todavía se encuentran dos estudiantes de secundaria ejerciendo los papeles de extras circunstanciales. Su olor tomó el control de sus sentidos. Ella aceptó su mirada y permitió que esta atravesara su ropa y que él imaginara aquel cuerpo desnudo e intacto. Ambos disfrutaron de ese juego mientras el tren avanzaba por los raíles, ahora a la izquierda, ahora a la derecha, según la inclinación de la corredera. Durante mucho tiempo no percibieron nada más excepto a ellos mismos. Sentían que el vagón estaba vacío, sentados el uno cerca del otro. Ella con sus feromonas y timidez, él desgarrado por los automatismos vitales; juntos dibujaron una línea invisible que no se podría atravesar incluso aunque el tren hubiera viajado hasta el fin del mundo.

Llegado el momento, el número de viajeros intrascendentes aumentó y la ninfa se sentó justo a su lado. Una vez llegó a tocarle con la palma de la mano en la rodilla, cuando el tren se inclinó peligrosamente hacia un río turbio. No intercambiaron ni una palabra. Se callaron y se olieron durante horas. Su pelo tenía un olor tan atractivo que finalmente entendió la fuerza del agujero negro que puede doblar la luz solar, tragarse un planeta y una estrella tan grande como el Sol. Su pelo olía a suerte, a virginidad e infancia. A lo mejor, podía también pensar en ladearse hacia ella y respirar ese perfume divino. Quizás ella también era consciente de eso. Por eso callaron y disfrutaron. Sabían que nadie en el vagón apreciaba lo que estaba pasando.

La ninfa salió con otros viajeros y él se quedó solo en el vagón. Tenía que salir. En algún momento el juego tiene su final. El tren también llegó a su ciudad. Y tuvo que ir a su piso: hacia un edificio en la montaña encima de la estación de tren, que se deshacía en la humedad y la vegetación. Desde donde vería cómo los trenes entran en la estación y las máquinas gritan alegremente cuando terminan su viaje.

Preparó las cosas como si no hubiera pasado nada, porque quién podría confirmar lo contrario. Dejó el cepillo de dientes en el sitio donde tiene que estar. Cada cosa tenía su lugar estrictamente determinado. Encima del gancho para la toalla había una pegatina con su nombre

provisional de Facebook: Zeldor Grit. El de reserva era Zed Geldor. En Facebook, por lo general, era un voyeur tímido. Le gustaba una red social en donde podía ser quien fuera y lo que fuera. Él había elegido ser una persona imaginada, porque tenía el problema de considerarse a sí mismo una persona real.

El orden en el piso era tan perfecto como la muerte se lo permitiera. Tenía dos compañeras de piso: la oscuridad y el silencio. Los muebles eran de los años setenta. Sillas de tela con apoyabrazos de madera. Una lámpara de mesa con pantalla. Un espejo en el salón, decorado con adornos de plata. Su piso era él solo, como una lata de conservas.

Lo siguiente de lo que se acuerda es del olor de las vías del tren, y del sonido y raspado de la grava que se pisa al caminar, a lo largo de la vía abandonada. Por todas partes se oyen grillos, pregoneros incansables de la noche y de los placeres secretos, escondidos bajo tierra. Las hierbas salvajes crecen a la altura de su estómago.

De repente, se detiene y todo se congela durante uno o dos minutos. Mira a lo largo del carril que desaparece entre las plantas oscuras y húmedas. En la distancia, se ven los anuncios de neón palpitantes de un hotel con algunas letras apagadas. Primero se descalza y pone los zapatos juntos. Después se quita los pantalones y empareja los largos. Los pliega, y mete los calcetines en los zapatos. Desnudo, mira la ropa y los zapatos como si estuviera en la orilla de un río, y como si en cualquier momento fuera a zambullirse en el agua helada y nadar con todas sus fuerzas. Baja por la grava y se mete en la maleza. Arranca las hierbas de forma aleatoria y las arruga en los puños mientras las plantas no empiezan a expulsar sus jugos amargos. Al final se restriega la cara con los colores de guerra de las plantas. A veces, durante unos breves instantes, los faros de algún vehículo lo iluminaban.

Después, empieza a correr por la maleza que le azota los dedos y tropieza con sus piernas. Corre junto a las vías abandonadas del tren. Verde, tembloroso, sangrando. Seguirá hasta que los raíles, dos líneas paralelas de hierro, dejen de encontrarse en algún punto infinitamente alejado.

LA REUNIÓN

Then we'll come from the shadows.

The Partisan, Leonard Cohen

Alguien dijo: «Vamos a mirar las estrellas».

Hacía un tiempo estupendo, el cielo estaba limpio, eran cerca de las once de la noche. Lo sé porque iba mecánicamente mirando mi reloj, como hago habitualmente, aunque no vaya acelerado a ninguna parte. Tengo ese tic, me gusta mirar el reloj, aunque el tiempo para mí no tenga ningún valor especial. No tengo prisas. La precisión me gusta por sí misma. Me esfuerzo por llevar un ritmo tranquilo, y llegar a las reuniones con antelación. El reloj es mi fetiche. Adoro los relojes y las estrellas. A otros le gustan los automóviles o el dolor físico. Cada uno con lo suyo —*Jedem das Seine*—, así pone en la entrada del campo de concentración de Buchenwald, en la meseta de la hermosa montaña de Ettersberg.

Fuimos a través del bosque hacia el observatorio, que estaba abandonado, como otras muchas cosas en nuestra ciudad. El cielo estaba despejado y vislumbramos las estrellas, encima de las acículas, en la espesura del bosque, a través de la cual andábamos con determinación.

Alguien dijo: «No estamos lejos, una media hora más de caminata».

De nuevo miré el Vulcain de la colección Classic President's, un reloj que llevan todos los presidentes americanos desde la época de Truman. La esfera era azul, *blue sunburst*; el reloj tenía un aspecto anticuado. El que más me gustaba era el modelo *dress vintage style*. El vidrio era de cristal de zafiro: solo podía rayarlo un diamante. El dorso de la carcasa tenía un espacio transparente de cristal de zafiro donde se podía ver el mecanismo del reloj. Al que le apasionan los relojes, le gustan no solo por su apariencia y diseño, sino también por su mecanismo. Una tripa de cristal reforzado que difícilmente se puede dañar.

Llevábamos andando ya diez minutos. No íbamos con prisas a ninguna parte. La luz de la ciudad descendía con cada uno de nuestros pasos. La oscuridad era más íntima según caminábamos por los senderos del bosque, en el corazón de las coníferas. Por todas partes, crujían las acículas en el lecho del bosque. Cientos de miles de ellas conformaban una alfombra blanda que sumergía nuestros pies. La resina se pegaba a nuestros calzados. La ropa adquiría el olor etéreo de la resina. Así, desinfectados, avanzábamos en fila, como conspiradores, fugitivos, como miembros de una secta que disfruta mirando las estrellas.

La luz urbana titilaba en la colina en donde se encuentra nuestra ciudad. Nuestra ciudad está desamparada, pero nuestro gobierno contratava a personas que, en la penumbra de la noche,

accedían a las casas y a los pisos, y encendían velas para que se mantuviera la ilusión turística sobre la indestructibilidad de nuestra ciudad, un antiguo crisol de religiones, naciones y tradiciones. Los encendedores de luces eran generosamente pagados, y reclutados en las zonas más pobres de nuestro país. Esto no suponía ningún problema: en cuanto a pobreza, éramos realmente ricos.

Alguien dijo: «Tened cuidado, a lo mejor hay restos de minas de la última guerra».

Nos cuidábamos, sabíamos a dónde íbamos. El olor a resina era embriagador. La copa de los pinos casi tocaba el cuerpo celestial que tanto venerábamos. Anduvimos casi una buena media hora y nos mantuvimos juntos. Éramos una serpentina que silenciosa y pacientemente conquistaba cientos de metros de altitud por encima del nivel del mar. El observatorio estaba en una de las cumbres de las montañas, por encima de nuestra ciudad. Aquí, en las cercanías, en 1984, se celebraron las disciplinas de bobsleigh y trineo en los XIV Juegos de Invierno. Nuestra ciudad es como una postal pretérita, famosa por las Olimpiadas y el famoso atentado de 1914. Y, en cualquier caso, por la última guerra, cuando huyó la población y muchos se fueron y nunca volvieron. Solamente algún viejo permaneció en la ciudad y, luego, nosotros, que no podíamos vivir sin ella. Sin vida en una ciudad irreal. Así como la noche pasaba, las estrellas se nos acercaban más y más.

Alguien dijo: «No hemos llegado, pero las estrellas nos esperan. Nunca lo olvidéis».

No podíamos olvidar eso. Cómo podríamos olvidar la frescura de esas noches de mayo a más de mil metros sobre el nivel del mar. Un cielo limpio sin nubes. Sabíamos los nombres de las constelaciones en nuestro idioma y en latín. Viajábamos a través de la noche, como corresponde a unos jóvenes atrevidos. Anduvimos firmes, decididos a llegar al lugar donde se encuentra el observatorio abandonado. Esperábamos que el telescopio estuviera en buenas condiciones, y tener una preciosa perspectiva cósmica. Estábamos tan lejos de la ciudad que sus luces parecían estrellas. Hubiéramos podido dirigir el telescopio hacia la ciudad e imaginar que los admirados cuerpos celestiales se encontraban debajo de nosotros. Caían las estrellas. Tal vez hubiéramos podido observar nuestra ciudad a través de la mira óptica, como otras personas hicieron cosas parecidas. La ciudad para ellos era un objeto de deseo. En el cual querían entrar, pero allí estábamos nosotros para evitar su ansia destructiva. No pudieron pasar. Nuestros cuerpos inalterables escribieron *No pasarán*. Las malas gentes se asentaron en los márgenes de la ciudad, en los altos pliegues alpinos, en las montañas desde las cuales constantemente, casi cuatro años, miraron nuestra ciudad y planearon maldades y pensaron cómo irrumpir en ella de forma violenta.

Alguien dijo: «Aquí estamos».

Otro dijo: «¿No nos habremos perdido? No vemos ningún observatorio».

Alguien dijo de nuevo: «Aquí estamos. Este es el lugar. Aquí estaba el observatorio».

Otra persona dijo: «Aquí solo hay hierba y maleza. No hay telescopio. ¿Cómo vamos a mirar las estrellas?».

Alguien dijo de nuevo: «Tumbaos en la hierba. Haced un telescopio con la mano. Y allí están las estrellas».

Alguien levantó el brazo y nos mostró las estrellas.

Algún otro dijo: «Como sea, todo es demasiado silencioso ¿Tenéis la sensación de que nos observan?».

Miré hacia el Vulcain, que tenía índices y manecillas Super-Luminova. Era de noche. Miré las estrellas y cerré los ojos. Soñé. Siempre lo deseé.

Cuando abrí los ojos, vi que nos encontrábamos en un camión entoldado, que olía a gasolina y a polvo. Unas cintas negras nos tapaban los ojos, las manos atadas a la espalda. Los vendajes de tela estaban reutilizados y algo se podía distinguir a través de ellos. De la cabina del conductor llegaban un murmullo y una luz tenue. Callados, bajamos la cabeza hacia el suelo. Nos dejaron en algún páramo y no pudimos alcanzar a ver si en el cielo se podían ver nuestras estrellas. Los ojos necesitaron tiempo para adaptarse a la oscuridad que rodeaba al camión. La naturaleza olía como huele la vida. Esa naturaleza maravillosa e indiferente.

Uno de ellos dijo: «Quítenles las cintas de los ojos». Era grande y sombrío. En un segundo nos pareció que lo conocíamos, y ese segundo se esfumó rápidamente.

Nos quitaron la cinta. Después escuchamos un sonido corto, parecido al sonido del maíz cuando estalla en el aceite hirviendo. Todos pudimos abrir los ojos sin miedo.

No teníamos frío y no nos dolió nada. Nos acercamos a alguna luz cegadora, que nos quitó el aliento y que nos hacía agitar las piernas. Fue terrorífico y bonito al mismo tiempo ver cómo brillan con fuerza nuestras oscuras estrellas.

LA OFRENDA

Vivíamos lejos de la ciudad. A dos horas de caminata a través de barrancos inaccesibles, hasta bajar al primer camino asfaltado, desde donde todo era llano. Andar no nos suponía ningún esfuerzo; no si uno se acostumbra a los caminos de cabras, senderos llenos de baches entre altos helechos y pendientes pronunciadas. Andar era nuestro día a día, por el bosque profundo, donde duermen los gnomos, con los cuales vivíamos en un acuerdo tácito de no agresión y paz duradera. Nos robaban la despensa, nueces, por ejemplo, algunas manzanas, muchas no, porque pesaban; pero eso se lo perdonábamos, porque, al fin y al cabo, para nosotros, un puñado de nueces menos en nuestro próspero almacén no significaba nada. Los gnomos eran justos. No se llevaban más de lo que necesitaban.

Vivíamos en lo más profundo del bosque, y a nuestra casa solo se accedía por un sendero. Si ninguno de nosotros abandonaba la zona de la casa y el corral, el sendero empezaba a cubrirse con hiedra y pasto. Incluso los hongos dejaban crecer sus micelios, arrogándose el derecho de depositar a sus hijos en nuestro propio camino, por el cual íbamos hasta la ciudad, pero también lo hacían en todas las otras direcciones. Teníamos solo un camino desde casa, porque no queríamos destruir el equilibrio y la armonía de la vida en nuestro bosque, del que todos vivíamos bien.

Tal vez en nuestro bosque hubiera gnomos más grandes, tal vez alguna clase de elfo, pero de eso no teníamos pruebas certeras. Con los gnomos teníamos suficiente, como con los fantasmas del agua de las copas de los árboles o de un pequeño lago, esas fuerzas del bien a las que dejábamos regalos después de la cosecha del otoño.

La ciudad estaba lejos. No había necesidad de bajar hasta ella. Íbamos solo cuando debíamos, al hospital, al ayuntamiento y a por algunos utensilios que no podíamos obtener en el bosque. Teníamos un molino de agua en el arroyo, que fluía junto a nuestra casa, con el que obteníamos energía eléctrica. En cuanto a los electrodomésticos, solo teníamos una radio antigua. A veces escuchábamos las noticias del mundo. Éramos conscientes de que con nosotros mismos no era suficiente. Evitábamos pensar que éramos el centro del universo. De nuestro universo, en cambio, sí éramos el centro. Con las criaturas del bosque nos podía ocurrir de todo. Por eso la conexión con el mundo exterior era imprescindible. Si alguien nos visitara y viera cómo vivíamos, podría concluir que éramos una clase especial de seres nobles y salvajes; lo que, por supuesto, se ajustaba bastante al estereotipo.

Nos acordamos del día en que estalló la guerra en la ciudad y en los alrededores, y nos entró un miedo de muerte. Temíamos que el ejército —y eran tantos los soldados como para poder recordar todas sus razones para luchar— atacara también nuestra casa, y destrozara todo lo que

durante generaciones habíamos construido con perseverancia. Destrozar el bosque, su paz, su silencio, y echar a todos los seres vivos que nos acompañaban; y sin seres vivos no se podía vivir en el corazón del bosque.

Entonces escuchábamos la radio cada noche. Era un lujo al que no podíamos renunciar, con independencia de que la situación fuera de emergencia. Las noticias no eran alentadoras. No quisimos entrar en el juego de los pretextos para el conflicto, ni en nada que llevara a la gente a matarse, mientras ellos justificaban las matanzas con sagrados ideales. Solo recordábamos el número de muertos y heridos y, de acuerdo con esas estadísticas, concluimos que llegaría el día en que sus soldados también atacarían nuestras casas, y sería entonces cuando se les acabarían los muertos y los heridos. Con el tiempo, se matarán tanto entre ellos que la guerra se extenderá a todas partes. El monstruo de la guerra estará hambriento. Sus espíritus tenebrosos demandarán más víctimas. Las personas allí son solo subordinados de las grandes potencias, una mera cuota diaria de muertos y heridos. Cuando se opta por esta vía, al monstruo no hay quien lo detenga.

Cada día escuchábamos cómo el rugido de la guerra se acercaba a nuestro bosque, más y más. No encendimos ya la radio, porque la guerra acontecía a nuestras puertas. Reservamos energía eléctrica para necesidades más imperiosas. Un día tenía que pasar. Por la mañana nos sentamos en frente de la casa, debajo del porche. Fue algo totalmente extraño, los animales salvajes se acercaron sin miedo. Buscaban nuestra atención y consuelo. Les alimentamos tanto como pudimos. La mayoría de ellos siguió su camino, incluso los que eran enemigos a muerte escaparon juntos, y todas las bestias se fueron en una misma dirección hacia las cataratas; por debajo de ellas se encontraban los pasadizos secretos de la colina, la selva paradisíaca en donde no existen la muerte ni la vejez, ni el odio ni la muerte. Nosotros no queríamos abandonar nuestra casa. Lo que se había levantado durante cientos de años no podía abandonarse. Y antes también hubo guerras, y las sobrevivimos todas, así era como nos consolábamos ahora.

Salíamos a explorar diariamente en los márgenes del bosque, observábamos el avance de la guerra. Volvíamos con malas noticias. Ya habían ardido los pueblos y asentamientos en las proximidades de nuestro bosque. Nos parecía que estábamos condenados al desastre. Algunos de nosotros pensábamos en la opción de ofrecer resistencia: armarnos y vender cara nuestra piel. Sin embargo, se impuso otra doctrina: la no violencia. Es la única manera de parar al monstruo de la guerra. La mejor arma contra ella es ignorar cualquier arma. Y aceptamos la voluntad de los más viejos y sabios. Rechazamos participar en una guerra que no tenía ni principio ni final. Esa, en realidad, siempre había sido una misma guerra. Su esencia no cambió, solo su forma.

Para abreviar: aceptamos el cataclismo. A los más jóvenes los mandamos al refugio subterráneo, con suficiente comida y agua para que pudieran subsistir durante meses, y no asomaran las cabezas por encima de la superficie de la tierra. Alguno tendrá que renovar la casa y la propiedad después de que la máquina de guerra truene y destroce todo cuanto haya a su paso.

Pero sucedió un verdadero milagro. Ese día, cuando aguardábamos la invasión de nuestro bosque, cuando esperábamos que el fuego, con el que querían expulsarnos, llegara a los claros y praderas, como si fuéramos sus presas, el bosque decidió algo diferente. Sopló un viento huracanado y los soldados no pudieron encender fuego en los límites del bosque. Las plantas crecieron con fuerza en todas direcciones y crearon una muralla, que no había quien atravesara ni con cañones de alto calibre. El asedio se mantuvo durante días. Estuvimos resguardados con una vegetación que nos abrigaba incluso desde el cielo. El camino hasta nuestra casa se envolvió de árboles espinosos. Las copas de los árboles se unieron con firmeza, las ramas se entretejieron a

prueba de balas, nos convertimos en un bosque blindado. En vano, los soldados abrieron fuego contra el muro vegetal. No pudieron pasar, y renunciaron, porque la pérdida de munición era insostenible, no pudieron tomar ni un centímetro del bosque. Así terminó el asedio.

Entonces llegó la mala noticia. Enfermó nuestra madre. Nuestros expertos no pudieron curarla. Las oraciones a los buenos espíritus de la naturaleza no dieron sus frutos. El bosque en esta ocasión no pudo ayudarnos. Teníamos que ir a la ciudad, hasta el hospital. Necesitábamos la ayuda de un doctor. Acomodamos a nuestra madre en un carro tirado por dos ciervos con hermosos cuernos. Solo ellos eran capaces de llevarnos por los caminos de cabras, por el borde del acantilado. Conocían el camino más corto hasta la ciudad. Preparamos oro y comida, y nos dirigimos hacia ella. El bosque estaba maravillosamente helado. Su joyería invernal brillaba como una piedra preciosa.

La gente de la ciudad nos esperaba amablemente. Nuestra madre recibió la atención y el cuidado médico debidos. Su salud mejoró rápidamente. Estaba contenta, sus mejillas volvieron a colorearse como antes. Estábamos muy felices. Solo deseábamos que aquella sombra se fuera de nuestras cabezas. Imperceptible pero pesada. Teníamos que tomar una decisión. Alguno de nosotros tenía que ser sacrificado. Tenía que pasar. Así lo exigían las viejas normas por las que nos habíamos regido durante siglos.

Mi obligación como escribiente exigía que yo fuera quien llevara a cabo aquella acción. A esto se sumaba que era el encargado del cultivo de flores, así como, en el Imperio otomano, el cortesano encargado de cruzar tulipanes de diferentes colores también era el verdugo imperial, aquel que mataba con un hilo de seda. Le arrebaté la vida a uno mientras dormía. Lo ahogué con una almohada. Entonces le inserté el cuchillo en el corazón para estar seguro de que estaba muerto. El equilibrio volverá con nosotros. La vida de nuestra madre la alargamos con la muerte de un elegido. A la gente de la ciudad le gustaban nuestras monedas de oro. Pero nuestras tradiciones requerían también de otro tipo de agradecimientos.

Cayó una nieve pesada. Con delicadeza, reposé su cuerpo junto a la puerta del doctor que había cuidado de nuestra madre, para que yaciera en paralelo a la casa. Un topo adulto y muerto, envuelto en un vestido de seda con adornos de oro.

GRETA

Todo sucedía en el hueco de la escalera, cuando todavía tenía miedo a la oscuridad. La oscuridad surgía desde el centro de la tierra, mediante capilares que recorrían la superficie y después brotaban desde el fondo, justo donde estaba la escalera del edificio. Nuestro edificio era viejo, su fachada era de color verde oscuro con lentejuelas que brillaban por el sol y la iluminación de la calle. La oscuridad estaba confabulada con las escaleras, en lo que para mí era un mundo conocido de solo unas cuantas calles.

Las luces de la calle eran otra historia. En un poste de metal, había tres grandes esferas blancas. Alguien las llamó las tres lágrimas maternas, y los chicos más mayores hacían bolas de nieve y le insertaban dentro una piedra, y así, esas bolas, tal como estaban armadas, hacían añicos las lágrimas luminosas de la calle. La ciudad estaba repleta de esferas rotas de color blanco, que colgaban de lo alto de las farolas encorvadas. Raramente, todas las lágrimas maternas estuvieron al completo, pero resplandecían, especialmente cuando la nieve caía sobre ellas y anunciaban el advenimiento del Año Nuevo. El olor a petardos y nieve en el aire: era la gran excitación previa a la llegada de una nueva vida.

Desarrollé una serie de tácticas especiales para deshacerme de la oscuridad de la escalera, porque entonces no había iluminación en el sótano, desde donde aquella oscuridad imparable entraba y amenazaba con someter a la luz diaria, que conseguía pasar a través del cristal opaco de la puerta de la escalera.

Una manera de vencer a la oscuridad era aguantar la respiración profundamente y empezar a subir las escaleras a toda velocidad hasta la tercera planta, donde residíamos. Así atravesaba la oscuridad: corriendo por las escaleras, agarrándome únicamente a la barandilla de madera. Apenas rozaba con la punta de mis pies la piedra fría de cada escalón.

En alguna ocasión, si lograba superar el miedo a la oscuridad, los pálpitos del corazón me traicionaban cuando ascendía hasta nuestra puerta de entrada. Allí estaba inscrito nuestro apellido y el nombre de mi padre. A la izquierda había otra puerta y el piso de nuestros vecinos. Este pequeño espacio estaba protegido por una valla de metal y un pasamanos de madera con los nombres grabados de los hijos de los inquilinos que vivieron antes de nosotros. Aquí estaba escrito también “François”, al que nunca conocí. En el pasamanos de madera dormía a menudo el gato Fifi. Su boca segregaba continuamente esputamarajo y le faltaban algunos dientes. Era muy viejo.

Fifi era nuestro gato compartido en las escaleras.

Algunas veces, cuando no sabía cómo controlar el miedo, porque la oscuridad era espesa como la masa del pan de centeno, llamaba a mi madre para que saliera al balcón y abriera la

puerta de nuestro piso. Entonces me atrevía a penetrar en la negrura y con valentía pisaba allí donde ninguna pierna humana había pisado antes. Pero eso ocurría muy de vez en cuando, porque ¿qué pasaba cuando mamá no estaba en casa, cuando el piso estaba vacío y cuando mi enemiga, la oscuridad, hacía acto de presencia?

Entonces pedía socorro a Greta. Greta vivía en el piso de debajo de nuestra casa. Era profesora y se había jubilado hacía tiempo. Fifi, en realidad, era más bien su gato, porque Greta sabía cómo relacionarse con los gatos y, en general, con todos los animales.

Su piso para mí siempre fue un territorio desconocido, que me atraía mucho, pero respetaba la abnegación y la cortesía con las que Greta demandaba que llamara a la puerta, y yo esperaba que me dijera que podía entrar. Algunas veces podía entrar en el recibidor en el que la temperatura era invariablemente siempre la misma. No hacía ni frío ni calor, sino algo entre medias. Algunas veces, podía ocurrir que Greta había salido con alguien, y llamaba sin saberlo, y entraba en el recibidor, aunque ella no me hubiera dicho que podía hacerlo. La curiosidad era más fuerte que el civismo que se respetaba en aquella época y que se consideraba una cualidad humana imprescindible.

En el recibidor del piso de Greta había un aparador, y en él había una ranita de metal. La puerta podía entornarse de derecha a izquierda. Me gustaban los anfibios y reptiles que amaban el sol y, por tanto, cada uno de los objetos que los imitaban. Los colores en el recibidor eran la parte más oscura del espectro y acentuaban la seriedad y mística del lugar, como un indicador de mayores secretos. Me fascinaban los objetos del piso de Greta, donde abundaban las cosas viejas y estilogas. Su apartamento era como un museo en el que ella se desempeñaba como una excelente anticuaria, aunque el tiempo, él solo, quisiera ser custodio de nuestras vidas. En casa de Greta regían otras leyes y otra física. Greta miraba, desde la ventana del dormitorio, hacia el parque, donde crecía un nogal despeinado con una copa parecida a la de un baobab, y llegaban los pájaros carpinteros y los alimentaba con los nervios grasos de un trozo de carne de ternera.

Greta abría la puerta de su piso y yo volaba por las escaleras como un transbordador espacial, y cuando atravesaba el umbral de nuestra puerta de entrada, obligatoriamente se lo agradecía, aunque fuera un chico serio, reacio a esas cortesías, a las formas de comportamiento que consideraba más propias de la burguesía.

Greta tenía un piso que infundía cierto secretismo, con aquellas profundas sombras creadas por los trastos viejos que guardaba en el dormitorio, un amor profundo hacia los animales domésticos y salvajes, y hacía pasteles, tartas y galletas como nadie sabía hacerlos en toda la ciudad. Tenía recetas que había traído de Eslovenia, y que habían llegado a ella desde sus ancestros en Austria, porque su apellido de soltera era Falkner. Y solo de pensar en esta palabra, se despertaba en mí un respeto reverencial por el lejano mundo subalpino.

El nombre de bautismo de Greta era Margaret Hildegard Ella, pero las circunstancias históricas no habían favorecido a una persona con este nombre, ni en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, ni en el territorio delimitado en el cual entonces se encontraba, por lo que tuvo que renunciar a él, y pasar a la ortodoxia y adoptar el nombre de Magdalena, para ser recordada por la variante corta del nombre bautismal: Greta.

Greta era una virtuosa del dulce. Por la tarde, penetraba el aroma de su cocina por debajo de nuestra puerta, el cautivador olor a galletas de mantequilla. Cada galleta tenía un diseño diferente. Greta tenía moldes de hojalata, que les daban diversas formas a las pastas. Entonces yo escuchaba cómo voceaba mi nombre, y eso significaba que era el momento de salir corriendo por las

escaleras hasta su puerta, donde ella esperaba de pie vestida con bata mientras sujetaba en su mano un plato lleno de sabrosas y calientes estrellas, rectángulos, caballos y rosetones. En un dedo pequeño de su mano, en la zona dorsal, tenía una protuberancia de carne ante la que me quedaba absorto, como si se hubiera introducido una canica bajo la piel, la prensara dentro de la carne y allí permaneciera, pero el resplandor del anillo dorado rápidamente reclamaba mi atención respecto a aquello que no entendía del todo.

Greta decoraba el árbol de Navidad y Año Nuevo, pero nosotros solo para Año Nuevo, porque éramos una familia atea que respetaba la importancia de la hoz y del martillo. Y Greta respetaba la estrella de cinco puntas, pero mantenía también la que se dirigía a Belén. Y como respetábamos a Greta, también respetábamos las Navidades en nuestro piso, aunque solo tuviera permitida la entrada Papá Noel con su uniforme rojo y ribetes blancos. A mí solo me interesaban las cestas de regalos; entonces no sabía nada sobre el nacimiento del niño Jesús.

Greta me enseñó muchas destrezas, además de ser mi Señora de la Luz. Una vez un chico de la escuela amenazó con arrearme, pregunté a Greta qué hacer, y ella me dijo que se la devolviera en la misma medida. Así hice. El chico agresivo se asustó y me dejó en paz.

«Tienes que decirle», me dijo Greta: «¡Que te parta un rayo!».

Después supe cómo comportarme con otra gente. Siempre hay que ser valiente y nunca echarse atrás. Así anduve por la vida, sin tirar la toalla ni acobardarme. Las épocas del año cambiaban rápido en el gran calendario de las dimensiones cósmicas.

Incluso también nos cogió a nosotros una pequeña guerra; rozó nuestra órbita. Greta entonces estuvo con nosotros, pudo haber obtenido una carta de exiliada de su país de origen, pero rechazó esta posibilidad, porque su vida estaba aquí, en el país donde había terminado bajo las directivas del Partido Comunista, porque este necesitaba gente joven y escolarizada para que el país se renovara después de la guerra mundial. Nuestra guerra bruscamente nos agarró de la mano y nos llevó a otra ciudad. De otra manera no hubiera sido posible convertirnos en unos auténticos refugiados.

En los tiempos de nuestra minúscula guerra, Greta hacía más o menos las mismas cosas. Ayudaba en la cocina, leía libros y fumaba a más no poder. Jugaba al solitario con mi hermana, que era su confidente personal, y ellas dos hicieron una célula diferenciada, medio autónoma, dentro de nuestra formación familiar de refugiados. Greta dictaba y mi hermana escribía las cartas en alemán, que después mandaban a través de la Cruz Roja a la tierra natal de Greta. Así, mediante aquellas cartas, mantuvimos el contacto con el mundo exterior, que no se preocupaba en exceso por nuestra ridícula guerra.

Teníamos gato y perro, aunque estuviéramos residiendo fuera de nuestra escalera, lejos de la calle donde brillaban las lágrimas maternas; incluso llegué a echar de menos mi buena y vieja oscuridad del sótano. La pequeña guerra pasó rápido y por fin volví a la escalera, a mis dos pisos. Olvidé mencionar que, al principio de nuestra pequeña guerra, habíamos dejado atrás a dos descendientes de Fifi; cuando volvimos no los encontramos. Uno de ellos andaba con su tripa a menudo tocando el suelo, era cauto y asustadizo, y se ganó el apodo de Ratón. Es posible que Ratón sobreviviera, se retirara a las cloacas y se hermanara con unas ratas verdaderas que por aquel entonces se encontraban en el sótano, entre aquellos cubos de basura metálicos que ya no se fabrican en ninguna parte. Esos tiempos confusos eran una buena oportunidad para las uniones antinaturales, incluso entre enemigos biológicos como son los gatos y los ratones. Como sea, al volver a casa, tuvimos a los jóvenes descendientes de una gata refugiada, que prometieron que la

vida en nuestra nueva vieja escalera nunca sería aburrida.

Viajábamos a través del tiempo y del espacio, todo lo que podíamos, hasta que las canas cósmicas empezaron a conquistarnos el pelo. Probablemente el tren vagaba a alguna de sus dimensiones provinciales, lo que no era difícil cuando habías crecido desde pequeño teniendo el poder de ver maravillas donde quisieras. Algunos viajeros salían del tren y bajaban en las paradas del recorrido, y no nos volvíamos a ver. Y Greta, una vez, salió del vagón, y no la volvimos a ver. Salió a comprar cerillas marca Dolac, porque era una fumadora empedernida. Greta, aunque fuera mucho mayor que yo, tenía la capacidad de maravillarse, porque sabía alegrarse por todo con la sinceridad de una niña. La ciudad, las casas, las habitaciones crecían y la gente mayor empequeñecía imperceptiblemente según las leyes biológicas de la naturaleza. El bulto benigno en su dedo echó raíces por todo el cuerpo

Me incliné peligrosamente sobre la ventana mientras en la cara se me pegaban el vapor y los pedacitos de carbón que me entraban en los ojos. Quería ver a Greta una vez más. Solo vi su falda de andar por casa, y a Fifi cómo la seguía con recato, tocando con la cola los bajos de su vestido. Encima de su cabeza, volaban los numerosos pájaros que había alimentado durante toda la vida. Pitos reales, petirrojos, herrerillos azules, arrendajos, y un pícido que picoteaba una cáscara de nuez: todas aves que tenían un tamaño sobrenatural. En la distancia brillaba un abeto tan grande como una casa; decorado con buenas palabras, que podían reparar la maldad humana. Vi cómo Jesús se sentaba junto al abeto viviente y esperaba a que la gente se reuniera. Aquello no era natural, porque el salvador tenía que ser un niño pequeño, pero qué podía ser natural en un mundo donde la imaginación dictaba la realidad. Sabía que en aquella estación la Navidad siempre ocurre y nunca se detiene. También sabía que Greta caminaba hacia el gran abeto, y recé al dios-hombre, Jesús, aunque nunca fuera muy diestro con las oraciones, para que la ayudara y le otorgara una vida eterna. Ella, sin duda, la merecía, por haber ayudado a la gente y a los animales. A mí me ayudó a vencer a la oscuridad y me enseñó a ser fuerte.

La locomotora chillaba por última vez, la nieve cósmica empezó a soplar violentamente, teníamos que continuar nuestro viaje, que había empezado en nuestra estación, donde habíamos comprado los pasajes en la ventanilla en la que trabajaba un hombre serio de pelo corto y rubio. Tenía una máquina expendedora para bebidas con gas, maniobró una manecilla de color rojo, pulsó un panel de botones, y un billete salió de la expendedora. Pequeño y duro, de cartón. Con esto podías viajar al fin del mundo.

Me dijo: «Antananarivo».

Respondí atento: «Madagascar».

Antes de conseguir el billete, era obligatoria una prueba de conocimientos de geografía, porque cómo vas a viajar si antes no demuestras amor por la geografía. Antes de la entrega del billete, primero observaba preocupado moviendo la cabeza, era un vendedor escéptico acerca de los destinos remotos. Me preguntó cómo no iba a ser escéptico si era responsable de los viajeros de todas las épocas y de todas las edades.

«¿La ley de Arquímedes?».

«Todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje vertical y hacia arriba igual al peso de fluido desalojado», respondía sin pensarlo demasiado.

El conocimiento de la física era obligado si uno intentaba ser un viajero del mundo, porque sin la Ley de Arquímedes la balsa no podría mantenerse en la superficie del agua, ni los globos pueden volar. El vendedor a menudo liberaba globos de prueba que incluso podían salir de la

órbita de la Tierra, y pasar cincuenta kilómetros por encima de la superficie del planeta, hasta navegar por el universo.

La tercera pregunta era la más fácil. La respuesta era: «La piel es el órgano más grande del cuerpo humano». Ella nos da una apariencia final. Si intentabas entregarte a los viajes tenías que saber cuáles eran tus límites; aunque cualquier verdadero viajero tenía también una piel astral, ilimitada.

El vendedor, debido a la naturaleza de su trabajo, tenía que ser astrónomo, saber de estrellas como un relojero sabe de los mecanismos de un reloj. En lo alto de la estación de trenes había una torre con una veleta oxidada en forma de gallo de hierro fundido; allí el vendedor se sentaba cada noche. Tenía un astrolabio y una brújula. Sabía manejar un sextante, aunque el mar no estuviera a la vista.

El vendedor del pelo corto y rubio, con un telescopio viejo, inspeccionaba si las estrellas nos eran propicias para el viaje. Tenía una tarjeta de cada viajero, y conocía todas nuestras preferencias acerca de los destinos remotos. La noche antes de la venta de entradas, la pasaría en la torre, solo, rodeado de estrellas. El astrolabio nunca le fallaba. Medía el tiempo local en relación a la longitud del lugar; era importante saber qué hora era en el punto geográfico al que queríamos viajar. Porque, si pasamos la zona horaria, que está delante de nosotros, entonces viajamos al futuro; debíamos estar preparados para esa circunstancia. Solo una cosa: con el astrolabio no podía medir el acimut de nuestros corazones.

Por la mañana, adormilado por la medición astronómica, supuse que el vendedor del pelo corto y rubio estaría deprimido y enfadado. Compré un billete al estrecho de Bering, porque quería palabras de ese hidrónimo, e Hiperbórea estaba en mi corazón. Pero todavía viajo y no he llegado hasta el punto final. Un día veré el lejano Norte. Veré las ballenas beluga, sus cuerpos blancos cosiendo la helada aguamarina, sumergiéndose y emergiendo rítmicamente, rodeadas de los santos del hielo solitario. Arriba están las estrellas, calientes y parpadeantes. Y Greta está indudablemente en la metrópolis celestial. Tiene su piso y su escalera. Su cabeza está en las nubes de cigarrillos picantes y baratos, porque son los que más le gustan. La fila del solitario y las cartas son para ella las materias resplandecientes de los cuerpos celestiales. Y Fifi está aquí, duerme en el pasamanos de los eternos cometas interceptados.

EL RELOJ DE SANGRE Y CARNE

Porque la suerte derriba al fuerte, llorad todos conmigo

O Fortuna - Carmina Burana, Anónimo

Escribo una novela sobre los septenarios del Apocalipsis: sobre los días del juicio en miniatura. No tendrá nada que ver con las representaciones habituales que nos han impuesto las tres grandes religiones. Mi hecatombe del mundo no es fruto de un castigo divino, como la insatisfacción del Creador por nuestra forma de vida, sino que es un sentimiento propio que no me abandona desde el final de nuestra primera guerra.

A veces me parece que la realidad me atrapa. No he conseguido huir de ella, por mucho que me haya adelantado al futuro, situando la acción en los paisajes que más me gustan, allí donde la hierba áspera y salvaje surge del asfalto, los logos de las multinacionales se convierten en polvo y ceniza, y la ceniza es la moneda del futuro. Huyo allá donde los vehículos del transporte público se hunden en el óxido, convertidos en salas de juego para las bestias salvajes. Allí donde están los pisos abandonados, a través de los cuales sopla el viento del norte, ideal para imaginar la salida hacia las estrellas.

La realidad tiene mejor imaginación que yo. Cuesta escaparse de ella, porque, si lees las noticias, ves cómo has acertado sobre el apocalipsis, solo que en la novela no tienes un zombi, porque tú mismo fuiste un refugiado-zombi y sabes cuánto hay de sufrimiento. Fuiste un desplazado, un zombi interior, no abandonaste tu país. Luchaste contra el virus que hay en ti, y el virus que se transmitió a tus enemigos. Conseguiste defenderte, superaste con éxito la prueba de tu pequeño apocalipsis. Después de eso, eras capaz de observar cualquier incidente mundial solamente a través de una sonrisa. ¿Qué es lo te podía sorprender más? ¿Qué te podía inducir a sentir empatía? ¿El qué? Sabiendo que el resto de la humanidad no se había preocupado por tu dolor cuando sufriste tu pequeño apocalipsis personal. El hombre es un animal y se ocupa de sí mismo. No he culpado a nadie de nada. Cuando aparezca otro apocalipsis mayor, entonces estaré preparado.

Sí, estoy preparado, física y metafísicamente. Me fascinan los *preparacionistas*, ellos son los únicos que son conscientes de lo que se nos viene encima. Yo soy *preparacionista*, pero no tengo un refugio bajo tierra y no he vendido todo mi mobiliario innecesario. Y por eso no compré lingotes de plata que hubiera podido enterrar en un sitio secreto para los días turbios pos apocalípticos.

Por la mañana hago flexiones, y una serie de ejercicios que aprendí en el ejército de un estado que no existe desde hace mucho tiempo. Me dedico a los ejercicios corporales, pero me cuido de no exagerar, porque hay que trabajar también la mente, no solo el cuerpo. El ser adicto al sexo me impidió ser más conocido de lo que ya soy. Con tanta energía y tiempo invertidos, y los nervios derrochados en satisfacer mi apetito sexual, podía haber escrito cinco tomos sobre el apocalipsis. Pero opté por otro rumbo. Y estoy contento de ello. No soy partidario de escribir libros a la fuerza. Publicar porque te falta dinero, o por echar de menos la atención mediática o que los lectores te masajeen el ego. Hay que saber esperar tu momento. Esperar a que el libro madure. Vivir y envejecer mientras lo escribes. Incorporarle todos los momentos maravillosos y sombríos, los tuyos, los de otros, y los de las vidas imaginadas.

Creo en la fusión alquímica de las palabras que se produce cuando se publica un libro. Esa fusión empieza mientras el libro todavía está en la imprenta, después de la media noche, cuando la maquinaria todavía dormita. Las palabras se encuentran, se ponen de acuerdo; los fragmentos del libro no solo se ensamblarán en la imprenta, sino que los significados de las palabras se asociarán. Se combinará también la melodía que esconde cada palabra, y todo lo que las palabras llevan dentro de sí mismas. Algunos libros tienen la capacidad de que su contenido se engarce con éxito después de la edición, mientras que la mayoría no tiene esta suerte. En cuanto abres el libro de marras, te convences de que el texto no está bien acoplado. La palabra que mejor explica este proceso es inglesa: *merge*. Esta palabra se corresponde totalmente con lo que siento dentro de mí y que no puedo expresar a la ligera; porque en eso consiste el objetivo de la escritura, y no es que puedas expresar todo inmediata y fácilmente —eso significaría que has realizado la obra de tu vida—, así, como de un momento a otro, con un simple gesto. Que sin sufrimiento y diversión se agrupen, y se *merge* las unas con las otras.

Cada uno de mis libros es una continuación de los anteriores. En cada obra hay un pequeño embrión de libro que está por venir. Yo decido en qué parte de él *forge* (de nuevo otra maravillosa palabra inglesa), incubaré, la cepa de un nuevo libro. De esta manera todas mis publicaciones serán una secuencia ininterrumpida. Cada una es especial por sí misma y puede vivir de forma autosuficiente fuera de esa secuencia, pero enlazada a ella. De hecho, así es como el ser humano tiende a liberarse de todas las limitaciones terrenales, pero sigue vinculado a la sociedad para siempre, con otras personas, con la naturaleza, con independencia de cuánto se les pueda odiar.

Mi novela empieza con la descripción de un reloj. Cada reloj mecánico es una obra de pura poesía. Esto se debe a que el reloj como instrumento debería abordar una de las cuestiones metafísicas inalcanzables de nuestra existencia vital: el paso del tiempo. El reloj es material, el tiempo no. Cada mecanismo de un reloj mecánico tiende a la precisión, pero siempre decepciona, como la poesía tiende a la verdad del cosmos justo cuando parece que es totalmente arbitraria e indefinida.

El reloj mecánico, con cuya descripción empieza mi novela, es caro, y he ahorrado durante años para poder comprármelo. Cuando lo llevo en la mano, secretamente soy feliz. Nada me echa para atrás. Tengo la columna recta. No existe ningún dolor que pueda amargarme. Me siento en la terraza de algún restaurante y me divierto. Ligo con extranjeras rubias. De vez en cuando miro el reloj, no porque me interese saber qué hora es, sino para embelesarme con su belleza, su funcionalidad, el sonido de su mecanismo. No me gustan los relojes con mecanismo de cuarzo. El sonido de su mecánica es estridente, lo puedes escuchar desde otra habitación. El segundero con mecanismo de cuarzo se mueve indecentemente. Van de un marcador a otro con saltos atroces. La

gente que lleva relojes con mecanismo de cuarzo en las manos o en los bolsillos no es gente a la que se la pueda tomar en serio. En ocasiones me fijo en la muñeca de la persona que se sienta a mi lado, en el avión, y me esfuerzo por leer la marca del reloj, a no ser que sea uno de esos modelos icónicos, un grial de los relojes, que puedes identificar incluso aunque esté cubierto.

Ese reloj es un *flagship* entre los relojes de mi colección. El primero entre iguales. Existen muchas expresiones en el campo de la horología, de la ciencia de la medición del tiempo y sobre la capacidad de realizar instrumentos que lo logren, y que aprendí y recordé solo en inglés. Por la mañana, cuando bebo café, primero leo los portales y blogs que se ocupan de los relojes. Después paso a los diarios en Internet. El *flagship* tiene un *blue dial*, una esfera azul, la palabra *dial* es mucho mejor que la palabra «esfera». Eso es un reloj con complicaciones. Los relojes que tienen al menos una función más que los corrientes, es decir, los que solo miden las horas, los minutos, los segundos y la fecha, se llaman relojes con complicaciones. Las manecillas son en inglés *hands*, y pueden ser *cathedral*, *sword*, *swallow* (golondrinas), *dauphine*, *snake*, *Breguet hands*, entre otras. El *flagship* tiene *cathedral hands*, y son de un barroco poético, mientras que el tipo de manecilla *Breguet* está dedicado a la Luna excéntrica.

Mi reloj tiene *moon phase*, puede medir las fases lunares. En la medida en que el reloj va teniendo más complicaciones su mecanismo es más complejo, el reloj es más grande y exige de una caja más grande, es decir *case*. La mayoría de relojes de lujo tienen una frivolidad: puedes ver a través del dorso, *transparent case back*, un mecanismo maravilloso. Hay muchos amantes de los relojes que consideran el *transparent case back* una decoración innecesaria. Yo no estoy entre ellos. Me gustan los relojes con un estilo peculiar, pero no me gustan los que son demasiado kitsch, aunque sí algo refinados; no puedo refugiarme exclusivamente en el minimalismo que, por el contrario, también adoro. Mis respetos por los relojes suizos, pero los relojes alemanes inspirados en la Bauhaus son la culminación de la belleza, la limpieza, el diseño y la simpleza.

El *flagship* también posee un *pointer date*, en mi torpe traducción sería algo así como «mostrador de fecha». Se trata de una manecilla especial que normalmente tiene una flecha roja en la punta, como una señalización. El *pointer date* me recuerda a las antiguas veletas. El mostrador de la fecha funciona de manera que, con la flecha roja, a veces con la media luna, señala a los números que se encuentran en los márgenes de la esfera. Los números marcan los días lunares.

Mi reloj tiene *hinged case back*. Esto es como una escotilla protectora que levantas con la uña y entonces puedes ver el mecanismo a través del cristal de zafiro. Los relojes que tienen esta escotilla son bastante gruesos, al menos 14,5 milímetros. Y no se les puede clasificar como *dress watches*, cuyo grosor (*thickness*) llega hasta los 9 milímetros, pero que son de indudable elegancia. Ser un enamorado de los relojes consuela de tal manera que es difícil sustituirlo por otra pasión.

Al principio había el archi-reloj. No funcionaba. Solo estaba inerte sobre un papel negro, que hoy llamamos la materia oscura del universo. Al principio no había ni palabras, porque primero tenía que haber acontecimientos, pero el objeto en sí ya lo teníamos. Y también una palabra para él. Alguien en algún momento tomará la corona del reloj y empezará a darle cuerda. Se escuchará cómo los engranajes suenan armoniosamente, y cómo la energía se transmite a sus manecillas. El *Balance wheel*, el corazón del reloj, se activa en silencio. Cuando se le da cuerda al reloj, este marcha por sí solo, e impulsa su mecanismo de acontecimientos. Las manecillas de este reloj cósmico son las extremidades y el cuerpo de un hombre. En ese momento de un tiempo pasado, sus manos están en un ángulo de noventa grados en relación al cuerpo, y la cabeza se encuentra bajo el

índice de las doce horas, los pies encima del numeral que marca las seis. *Y desde la hora sexta hubo tinieblas hasta la hora novena.* El miedo y el horror se extendieron por el planeta Tierra, que entonces era un disco plano. Empezamos a medir el tiempo a partir del dolor extraterrestre de un hombre. El propósito de su martirio fue aplacar el sufrimiento de toda la humanidad. Desde ese momento, el reloj no paró de funcionar y aprendimos qué significa el tiempo medido con las manecillas manchadas de sangre.

Después escribieron libros canónicos y no canónicos, que debían explicar quién era aquel hombre de la esfera. ¿Cuál era su papel y cuál su misión? En todos los libros se anunciaba el apocalipsis, que tendrá que llegar algún día y para el que los creyentes tienen que estar preparados.

Mi novela debe empezar así. Con la religión como una rama de la fantasía. Después se desarrollarán las propias ramas de mis pequeños apocalipsis personales.

Mi tarea era invisible. Vivir una vida aburrida y automática. Sin excitación, privado de cualquier locura. Modestamente, inestable y ascético. Debo estar preparado para lo que venga. La realidad no me puede alcanzar, ni superar, debo de estar dos pasos por delante. Si me alcanza, mi novela será innecesaria y absurda. Yo soy un *prepper* literario. El *flagship* está en una caja de caoba. En el lugar más seguro. Tener un reloj no significa llevarlo constantemente en la mano, sino saber disfrutar de la sensación de poseer algo casi perfecto.

Alguna vez me siento casi obligado a sacarlo de la caja, cuyo fondo es de terciopelo verde, y le doy cuerda para que el mecanismo funcione correctamente. Pero de ninguna manera, sea como sea, podría ponérmelo en la mano y mirar la esfera color cielo azulado. Las manecillas están chapadas de odio reluciente. Si me lo pongo en la mano y observo el tiempo que muestra, todo cambiará radicalmente. El hombre mayor de dos mil años se despertará de su sueño alienígena. Llegará con un vestido rojo, en el que los soldados jugaban a los dados en el Calvario. Llegarán los malos tiempos para la gente. La realidad nos abordará y nos borrará de la faz de la Tierra.

A veces, simplemente, no puedo soportarlo y me lo pongo en la muñeca, y me coloco la manga por encima del dial. Salgo de la intimidad del piso a tomar el aire fresco. Elijo la terraza del restaurante donde beberé café y disfrutaré del sol de mediodía. Coqueteo con rubias extranjeras. Si contemplo el reloj más tiempo, en el cielo empezarán tranquilamente a multiplicarse las nubes sucias y pesadas. Sé lo que sigue, por eso rápidamente aparto la mirada del dial. Y lo cubro con la mano. Las nubes se dispersan y el sol brilla de nuevo. El hombre viejo de dos mil años se vuelve a su sueño eterno. Una de sus costillas todavía tiene marcas de la herida de una lanza. Debajo de mi manga fina, las manecillas-catedral absorben la luz del sol. Dentro de ellas resuena coral *O Fortuna.*

EL TRIUNFO DEL OLVIDO

La primavera espoleó la agitación. Cayeron las manzanas y las peras, el tam-tam de la maduración invitó a los seres vivos al banquete. Todos responderían, solo la humanidad justificadamente quedó ausente. Excepto si con humanidad no nos refiriéramos a un niño espabilado de cuerpo delgado y ágil, y de una imaginación curiosa y vivaz.

«Todos nacemos como ateos, sin nacionalidad, y no hablamos ni una lengua de este mundo», pensó el chico No mientras se subía al Tronco-Caballo. Quería cabalgar a través de las arboledas, en las cuales crecían los cerezos japoneses. No esperó a que sus ansias se apagaran, sino que aceleró hacia la alameda para que su deseo fuera satisfecho cuanto antes. Mientras montaba a través de las cortinas de pétalos en cascada, que le acariciaban el rostro, se parecía a Marlon Brando en la película *Reflections in a Golden Eye*, en la que cabalga desnudo a través de la noche y el bosque.

El chico No es un viajero de las estaciones del año. A veces viaja a través del color, a veces bucea por el fondo de un antiguo río. Lo que busca no se puede encontrar. La búsqueda es el objetivo.

Su viaje empieza cuando los frutos del otoño ruedan por las calles abandonadas. Entonces viaja tras los olores. Anda pacientemente detrás de una huella olorosa, todo mientras no se topa con un segundo, un tercer olor, y así hasta la eternidad. Entonces comprende cómo se ha extraviado por un lugar desconocido de la ciudad, y el camino a casa se convierte en una odisea marcha atrás.

Los frutos caen de las copas de los árboles. Las manzanas a su manera también ruedan. Las peras, en general, se deshacen con la caída. De esa fruta aplastada se percibe el dulce olor del azúcar frutal, que rápidamente adquiere un tono ácido y penetrante de ebullición alcohólica. Todo tiende a madurar, al envejecimiento y la decadencia. Las ciudades al final también colapsan de esta manera. Lo que muere no debe de revivirse artificialmente.

El chico No es el único ciudadano de su ciudad. Y vive justo en el centro. En la torre silenciosa del edificio central de correos. Se mudó allí, robándole el espacio a las palomas y a las arañas. Allí situó su residencia. Una mesa de trabajo de roble que confiscó de la oficina del alcalde. La cama, armada de metal, la cogió del piso del comerciante más rico de la ciudad. En cualquier caso, él ya no la necesitaba, porque había desaparecido como otros habitantes de su ciudad. También hay un lavabo, un armario y un zapatero. Cada hombre errante tenía que tener una reserva suficiente de zapatos, que pueda soportar las tentaciones infernales del itinerario terrestre.

La desaparición llegó sin avisar. Como si todo se detuviera de repente. El tiempo fue aspirado desde el espacio. Y la gente se esfumó. El lugar quedó así, sin que hubiera ningún tipo de

explicación de aquel suceso indeseado.

El chico No llevaba el registro de las estaciones del año. Unos tomos especiales que utilizaba para cosas especiales. Como *Registro de la lluvia*, *Espesura de la niebla los domingos y los martes*, *Morfología de la Luna del día a día*. No se ocupaba de los acontecimientos político-sociales, porque no había sociedad, así que tampoco de la política. Cuando no hay gente, tampoco hay aburridas discusiones, ni diatribas políticas. Todo lo demás son las estaciones del año. El viento, el sonido de los pájaros y una reunión de topos.

El primer volumen de sus notas tenía el título de *Otoño*, escrito a mano y adornado por alguien que acababa de terminar la escuela primaria con matrícula de honor.

El chico No recogió unas hojas caídas, más algunas que eran verdes, y las puso en un herbolario. De forma ordenada anotó el nombre de la planta a la que pertenecía cada hoja. Se esforzó para que en el herbolario hubiera una hoja de cada clase, porque para qué iba a repetir constantemente las mismas hojas, el mismo cuaderno tedioso, que se podía prolongar sin solución de continuidad. Lo que más le fascinaba eran los nervios de las plantas, que le parecían como una arteria verde con las ramas alejándose del corazón.

Pasó junto al cementerio de electrodomésticos y entró en las profundidades del bosque. Se trataba de una hierba que crecía según su propia naturaleza y que adquiría proporciones gigantescas. Era importante que los animales pequeños no crecieran como la hierba: si no, sería peligroso andar por ella; sus cúspides se plegaban por el peso y tapaban el sol. Después de caminar se apostaba en la torre. Cogía el bolígrafo con la mano y escribía. Describía el curso de los pensamientos sobre las plantas, el comportamiento de los animales salvajes, que por fin se habían liberado de la hegemonía humana.

Los electrodomésticos, después de la misteriosa desaparición de las personas, tenían todavía tanta fuerza como permitían sus baterías, y, con los últimos átomos de la batería, se arrastraban hasta la pradera cerca de la ciudad y en ese lugar con sus cuerpos construían su propio cementerio. *Causa sui*.

La técnica desapareció así de la faz de la Tierra en la ciudad del chico No.

Todo estaba preparado para que otros seres vivos vinieran finalmente a manifestarse; las plantas las que más. Ellas eran consejeras de cada apocalipsis, de cada final de un mundo fracasado, y siempre derrotadas debían retirarse ante las manos humanas, que las arrancaban de las raíces, las cortaban con máquinas, con tijeras, cuando una guerra entre humanos tocaba a su final, y el final del mundo con esto fracasaba. Los apocalipsis exitosos serían cada vez menos si el hombre se exterminaba a sí mismo. Y todavía no le había ocurrido, aunque lo hubiera intentado.

«El sauce, escribió el chico No, crece junto al agua, es lo más habitual, aunque no sea una regla». Las hojas son lisas, puntiagudas en la zona superior. En otoño se quedan sin hojas. Las ramas son fibrosas, a veces tienen una corteza rojiza. Con su corteza se puede hacer un silbato. Hay sauces normales y luego los llorones. Este último tiene copas plegadas cuyas hojas pueden tocar el suelo. Los sauces llorones en su día fueron muy hermosos y engraidos. Alguien les castigó por su altivez. El castigo era que agacharan la cabeza. Su sombra es agradable. La hoja no cruje porque es lisa y adiposa, brilla con la luz del sol. Las ramas jóvenes del sauce se pueden utilizar como una varilla contra los niños desobedientes.

La tostadora no es una planta, pero la marco en este apartado. Es roja. Con los bordes redondeados, imita a las antiguas tostadoras. El cable es de color rojo. La tostadora es como una destructora de algunas cartas astrales. Cuando el aburrimiento por la mañana hace acto de

presencia en el trabajo, mete en la tostadora una tostada-carta invisible, y los hilos se calientan hasta la incandescencia. La tostada-carta rebota lo suficiente para que con el dedo índice y el pulgar se la pueda sacar de la tostadora. Divisé una tostadora allí, en el cementerio de electrodomésticos. Me dio pena, y la quise mencionar aquí. En sus ranuras vi insectos agitados. No los catalogo, ellos son un mundo en sí mismos. Recuerdan demasiado a la gente con su organización histórica de la sociedad».

El chico No por la mañana va a la taberna de la ciudad. Enciende la hoguera, hace café, se sienta en la ventana de la taberna y mira hacia la calle principal, que era un paseo distinguido de la ciudad. La cafetera italiana terminó en el cementerio de aparatos electrodomésticos, por lo que estaba condenado al café turco. Lo bebe tranquilamente, como si fuera un viejo de cien años, y como si su propia vida la midiera con cada cucharilla de café. No da sorbos, porque no es elegante. Bebe con conocimiento, mantiene el café en la boca, y lo ingiere con discreción. Escrupulosamente, lee el periódico en un atril de madera de la época austro-húngara, como si el pasado fuera una película que transcurriera ante sus ojos. Hace eso desde el aburrimiento y el automatismo, como exigen las reglas no escritas de las tabernas.

No hay nadie en el paseo. A veces, algún cuervo gris, desde un canelón, lanza una nuez hacia el granito del paseo. En cuanto la deja caer, el cuervo gris vuela hacia ella; algunas veces lo hace en el aire, y alcanza rápidamente los restos de las cáscaras de nuez. Con el pico como pinzas saca las partes nutrientes del interior. En general, en todas partes flota el silencio mortal.

El tiempo en el reloj de la pared se ha parado. Y el tiempo cronometrado del chico No ni interesa. Nunca le otorgó un papel importante. Para él son importantes las estaciones del año y orientarse en un tiempo desaparecido, que se desvaneció en el pasado y con una tormenta repentina. Cada hoja y las plantas más insignificantes le instruyen sobre cómo sobrevivir a una emergencia difícil.

El chico No nunca tuvo infancia, lo que también es lógico porque nunca estuvo en condiciones de madurar. Antes, mientras la gente no había desaparecido, pensó que había algo que no iba bien dentro de él porque vivía en un limbo ininterrumpido, en una infancia que de ninguna manera avanzaba hacia la adolescencia. Por lo tanto, no era consciente ni de la infancia, porque solo podría ser consciente de ella cuando esta pasara, cuando creciera y se dijera a sí mismo que tuvo una infancia bonita. Ahora era una ventaja, porque no conocía la nostalgia. No se lamentaba por los tiempos pasados, y así no podía ni sentirse melancólico. La tristeza la sentía únicamente debido al cambio de estación del año. Pero esto era una tristeza realmente pequeña. Tan pequeña que nunca le punzaba en el pecho.

El chico No bebe café, entre otras razones, porque quiere que le crezcan unos verdaderos bigotes de hombre. Escuchó una vez, hace mucho tiempo, por qué las mujeres más mayores prohibían el café a los niños, porque les crecería el bigote. Por eso bebe café, todos los días al mismo tiempo, como si estuviera haciendo una terapia secreta. Rompe la prohibición, pero no le interesa crecer, las preocupaciones humanas, el ceño fruncido, los créditos, los niños, los maridos y las mujeres. ¿No han desaparecido todos sin dejar rastro? Sí, pero permanecieron en la memoria del niño como un lastre que tiene que resolverse cuanto antes.

Siempre cruza la calle cuando se pone en rojo, porque es anarquista en el alma. Todavía hay electricidad, los semáforos funcionan con un programa informático, el colapso de la civilización no es completo. Solo las prohibiciones le interesan, esas prohibiciones antiguas de las que se acuerda, y que ya no tienen más sentido en una ciudad carente de personas. Imagina prohibiciones

para vulnerarlas más fácilmente. Desea que evolucionen, pero sabe que no están capacitadas para eso, porque no son seres vivos. Le gustaría ser sobrenatural, porque entonces podría revivir las prohibiciones, dejarlas en el bosque profundo, montar a Tronco-Caballo y con una escopeta de cristal ir cazando prohibiciones salvajes.

El único problema que podría tener sería que aparecieran los *raubari*. Los *raubari* no son seres humanos, no son ni animales, ni plantas, ni microbios, incluso ni partículas de polvo. Habían aparecido de repente, así como aparecen los seres mitológicos, solo que los *raubari* estaban lejos de cualquier mitología. Ellos eran pseudo-formas. Podían encarnar a las nubes, o a los guijarros. Cuando adquieren la forma material de otro, entonces se convierten en seres animados y, como una plaga de langostas, llegan en un enjambre de piedras voladoras a las que durante años ha aplanado el agua de la montaña. Tienen cara, extremidades, rabos. Eso les crece en su nueva corporeidad, aunque es difícil decir que un cuerpo de nube es una materia dura. Da lo mismo, como vapor de agua o como una piedra con manos pequeñas, los *raubari* habían invadido la ciudad. No podía andar por su ciudad. El chico No temía que fuera a aplastar a algún *raubar* cansado que se hubiera tumbado en el asfalto, prostrado sobre la espalda con las piernas levantadas en el aire como un insecto muerto. Por eso no salía de su torre. Afuera los *raubari* hacían un inmenso ruido, aquello era una alegría desatada y una borrachera como solo la pueden tener las criaturas desinhibidas. Entonces el chico No echaba de menos su vida rutinaria, pero tenía que esperar diez días a que se agotaran, aflojaran su pasión por la vida y después desaparecieran igual que habían llegado de la nada.

En comparación a ellos incluso el chico No parecía un gruñón sombrío. Los *raubari* eran mariposas cósmicas, aparecían de forma cíclica. No sabía por qué ni desde dónde. Algunas veces los podía ver en la naturaleza, en un pedregal con una sonrisa helada y enigmática. En el cielo, escondidos entre las nubes, guiñándole un ojo. En una espiral de caracol, en la arena junto al río. Estos eran los últimos *raubari* que de alguna manera consiguieron evitar el éxodo y aferrarse firmemente con las garras afiladas al espacio físico que se le escapaba. Tenían que esconderse y fingir estar muertos. Esperar un nuevo ciclo en el que empezarían de nuevo a bailar y a jugar en las calles de la ciudad.

Cualquier parecido con los rauberi es una casualidad: estos son pescadores que cazan furtivamente y que lanzan el anzuelo de tres puntas a un banco de peces blancos e intentan pescar alguno. Excepto el parecido entre sus letras, no tienen nada en común. El chico No nombraba a menudo las cosas y apariciones, así como le llegaban a la cabeza. Sin lógica, solo dependía de la sonoridad de las letras y las palabras, dejaba que las letras o las palabras solas combinaran en su mente y produjeran nuevos significados anormales. Para él era natural, sentir la lengua como una herramienta primaria para reconocer la realidad. Un jazz innovador, lingüísticamente surreal.

Digamos: P como la Primavera. Su estación del año favorita. Viaja con valentía a través de las estaciones del año, porque no se asusta de la vejez. Conoció a individuos a los que les gustaba solo una estación del año, mientras que las otras tres las soportaban odiándolas en secreto. Así su vida se limitaría solo a esperar una estación del año y, de toda ella, solo les quedaría una cuarta parte. Esa gente envejeció rápido, y se convirtieron en incómodos gruñones sombríos a los que constantemente les molestaba algo. Conoció a aquellos que abiertamente mostraban odio hacia su estación del año no favorita. Andaban bajo la lluvia y con el rostro mirando al cielo gritaban cuánto odiaban la lluvia otoñal. La lluvia permaneció indiferente a todo eso, y el odiador del otoño corría el riesgo de contraer la gripe, un resfriado, y entonces jarabe para la tos y azúcar

derretido en una cucharada sopera con un olor horrible.

Estaban también aquellos que con las primeras heladas y copos de nieve volaban al sur como aves migratorias. Observé cómo despegaban de la tierra batida con los vientos helados, mientras que alrededor de ellos los remolinos de hojas tintadas y cuervos volaban nerviosos en todas direcciones; los refugiados de la estación del año, envueltos en bufandas, con los sombreros embudidos en las cabezas, vuelan hacia el sur, como de pie, con las maletas viejas y desgastadas, en los obligados impermeables de color azul.

Para él cada estación del año es única, como la huella dactilar de una humanidad inexistente. Las experiencias vividas que superan las estaciones del año no dejan huellas en su rostro, pelo u ojos.

En primavera, las plantas invaden la torre y la calientan con su energía verde. Las ramas se adornan con clorofila, los capullos explotan, el florecimiento de los árboles huele a alegría y a locura.

Y el verano llega, la Primavera cansada, que el sol abastecerá con la energía necesaria. Y otra vez el otoño. Otoño sin final, paciencia y orgullo de las plantas con sus frutos.

Imaginen qué ciudad y qué chico. A la naturaleza sin gente. El espacio sin tiempo. Algo como el apocalipsis sin el horror sofisticado y sin los lagos hirvientes en los que se ahogan los pecadores. No se llega fácilmente hasta ese tipo de visión. Solo con la fuerza de la bondad y la imaginación.

Cuando el chico No mira a la Tierra ve el color naranja del fuego. A los nativos con lanzas envenenadas, con colores de guerra pintados, una rápida regresión de todo y de todos. Mira a los peores que se presentan como los mejores. Caballos de batalla y vehículos blindados, hacha de piedra y espadas láser. El naranja es el nuevo negro.

Si desea puede solo con un movimiento del cuerpo pasar a través de una delgada membrana que le separa totalmente del planeta Tierra en el que alguna vez había vivido. Por supuesto, nunca hace eso. Tiene suficiente con beber café cada día al mismo tiempo, como si siguiera una terapia regular secreta. Se acuerda de un mundo extinguido para entenderlo y luego olvidarlo eternamente. Debería poder digerir un pasado tan asqueroso; luchas aterradoras, el encanto empalagoso del fracaso de otras épocas, hitos de la humanidad después de los cuales no vienen los buenos tiempos. No era lo suyo subsanar la desaparición del hombre. Lo que muere no debería revivirse artificialmente. Él es un chico y ahora y hasta ahora no había conocido mejor sentimiento que ese.

Una vez se encendió la alarma mecánica en la oficina de correos. El chico No se dejó caer a la primera planta por el tubo de bomberos, corrió rápidamente hasta la ventanilla donde se encontraban la correspondencia y los paquetes. En un compartimiento se encontró una nueva carta bien envuelta con una cuerda y sellada con cera suave. Era un sello de la Cruz Roja. La letra era de un niño, el nombre y la dirección del remitente, escrita con movimientos temblorosos, luego algo borroso debido a algún líquido vertido que la hacía ilegible.

Sintió una gran excitación, como no había sentido todavía desde cuando la humanidad se volatilizó de su ciudad. Es posible que en alguna parte hubiera también gente, en otras ciudades, pero no se decidió a viajar fuera de la frontera del espacio conocido. Por eso viajaba solo por las estaciones del año, sin esfuerzo y sin miedo. Para eso no necesitaba recurrir a ningún transporte excepto a su propio cuerpo, a la razón y al calendario del tiempo. Si el tiempo se detuviera, aquella costumbre se volvería impracticable.

Las emociones viejas, perdidas, revivieron en su pequeño ser. No era feliz cuando las revivía

de nuevo. Tenía miedo de abrir la carta. ¿Quién sabe qué hay dentro? ¿De dónde viene? ¿Por qué está la dirección donde está él ahora? ¿O es una casualidad? Porque vivía en la oficina de correos central. En la que no había nadie, ni trabajadores en la ventanilla, ni quien recibiera la correspondencia. Como fuera, la carta estaba allí.

Dejó las preguntas que surgen en su mente como setas y micelios después de la lluvia. Decidió con el paseo sacar aquellas setas negras del pensamiento, que le estropeaban su vida idílica sin la especie humana. Se acostumbró a la soledad: le gustaba tanto como la camisa que llevó por primera vez a la escuela. Metió la carta en el bolsillo lateral de los pantalones cortos de safari y descendió por el tubo.

La calle estaba vacía como de costumbre. En el cielo rara vez volaban pájaros a lo lejos. Por todas partes la hierba imitaba a la selva, era un verano húmedo y los grillos daban ritmo a su corazón excitado.

«Abajo, junto al río, se está a gusto, abajo leeré la carta», pensó el chico No.

Corrió empujado por un deseo intenso de llegar cuanto antes a la orilla del río. El río fluía lento e inmenso. De un azul oscuro de gran profundidad. Aquí encontraría las respuestas a las preguntas que le molestaban tan a menudo. Pequeñas, preguntas irrelevantes, sin gran trascendencia. Se dejó caer por el dique, por donde la hierba mantenía su tamaño normal. Abajo había un banco de madera, donde por las noches se sentaba y observaba serenamente el cielo estrellado. Por las prisas se olvidó de Tronco-Caballo, seguro de que estaba pastando el plancton celestial.

Se sentó en el banco y agachó la cabeza hacia el río. Una gran corriente de agua fluía desde las diversas fuentes debajo de las montañas alejadas en el horizonte.

Alguna vez, mientras crecía en una identidad inventada, y le gustaba imaginarse en otras vidas, se sentaba en la orilla del río Spree y bebía cerveza checa, absorto en la superficie del agua marrón oscura. Alrededor estaban los antiguos almacenes industriales pintados de grafitis, reconvertidos en galerías de arte, cines de arte y ensayo y clubs alternativos. A la izquierda estaba ubicado el Puente de Oberbaum de ladrillo rojo, abajo a la derecha en la distancia las chimeneas fabriles. Le calentaba el ardor del romanticismo industrial. El cielo sobre Berlín va más rápido que por otras ciudades.

Abrió la carta y la leyó. Se hizo de noche, las estrellas surgieron en el cielo. Y todavía leyó, inclinando el texto hacia los increíbles cuerpos celestes. Atravesó la membrana de letras y vio una cara conocida bajo la luz de las velas, escribiendo una carta con movimientos temblorosos. El chico no paraba de escribir, con la respiración acelerada en un recoveco de bajo techo, que se agitaba debido a una explosión lejana, y el techo vertía polvo después de cada impacto. Le daba pena aquel chico al que se parecía, y que tal vez le estaba escribiendo una carta justo a él. Devolvió la carta al sobre justo cuando se emocionó. Aprendió a ser insensible en cuanto le fuera necesario para poder sobrevivir. Se cerró la membrana, y volvió al curso antiguo de sus pensamientos, en el banco de madera junto al gran río de agua azul oscuro. Se ocupó de nuevo de su soledad, y esta llegó con diferentes tamaños. Se subió junto al terraplén de hierba, húmedo del rocío de la noche. En la distancia la oscuridad se tragaba las cumbres de las montañas y se posaba sobre la corriente del río. Por la cual caía el polvo de estrellas.

LA CHÁCHARA SINIESTRA DEL VENDEDOR DE LUZ

Yo soy un cajún. Vivo junto al río Miljacka. Aquí, a las afueras de la ciudad, en el campo de Sarajevo, he comprado la casa de un señor mayor. Es serbio y quería vender o cambiar la propiedad y el terreno por una finca similar allá donde viven ellos. No le reprocho nada: Dios los cría y ellos se juntan. Compré todo lo que vendía: la casa, un jardín grande como un campo de fútbol, un patio de hormigón con un almacén de techo plano. Incluso adquirí también un camino con rampa, que nunca bajo. Me gusta cuando alguien pasa por mi propiedad. Realmente, estoy deseoso de que eso ocurra. Entonces salgo con ropa de faena y un mazo en la mano. Como si acabara de golpear los tabiques del baño. Soy viejo, pero todavía suficientemente fuerte como para pegarme con un treintaño fornido.

Cuando alguien ronda por mi propiedad, yo simplemente pierdo la cabeza. Y disfruto de ese estado. Yo lo denomino el jazz de las posibilidades de la ira. Mientras me quejo al ciclista que penetra, me imagino torturándole de una manera primitiva, pasándole un rodillo de acero por la joroba, por así decirlo. ¿Por qué entra en mi propiedad? ¿Por qué las mariposas de la noche vuelan hacia una bombilla encendida?

Un ciclista indefenso me dijo: «Pero yo solo he seguido el río».

«¿Qué río? ¡El Miljacka no es un río, sino que es un desagüe, una corriente controlada de mierda!». Intenté provocarle para que dijera algo contra el Miljacka, pero no lo conseguí. No podía articular ni una palabra delante de mí.

Puedes pensar: él solo sigue el cauce del río. Como si no los conociera. Mentirosos con cabezas de chorlito, que detrás de su apariencia ingenua esconden un plan maestro para engañarme. Lo increpé durante cinco minutos sin bajar la voz, las babas volaban por todas partes. No alcé el martillo, porque entonces no hubiera tenido más remedio que abatirlo sobre el cráneo de alguien.

Yo soy blanco, al revés que John Coltrane, y con un tren azul llevo a todos los presos allá donde tengan obligaciones laborales, donde les den el pan de cada día, y donde les hagan pasar lista, los alemanes dirían: *Der Appellplatz*.

Durante el día trabajo, recolecto frambuesas, recojo lo que está maduro. La casa en la que vivo está tan desfigurada por la metralla y las balas que ni el albañil que la construyó la reconocería. Así estoy siempre parado en el tiempo y en el espacio de la guerra. No es que me remueva algo, sinceramente me da lo mismo. Que le jodan a la guerra y a sus secuelas. A veces me siento junto a la entrada de mi casa. Coloco una mesa y una silla debajo de las hojas de parra. Me

hago un café turco fuerte. Me siento con la cara mirando hacia la fachada, estoy de espaldas al camino, después del cual llega la hierba, los zarzales espesos y el Miljacka. Me quedo abstraído en los agujeros de metralla y balas. Bebo café y contemplo, a través de esos oculares irregulares, a través de las lentes, a través de una multitud de catalejos delirantes. Al principio, todo lo que veo es oscuridad. Una oscuridad que no puedo penetrar más allá de un punto muerto. Y, sin embargo, me gusta la oscuridad cuando se desploma sobre el Miljacka y cubre su agua opaca de excrementos humanos. En un momento soy consciente de que no miro los agujeros de metralla y las balas, los oculares, las lentes, los catalejos delirantes y anteojos frenéticos, sino que me mira algo deforme que tiene cientos de ojos.

Dentro, en los agujeros, se prenden las luces. Encima de mi casa la luna brilla con todo su esplendor. La noche se enciende en mi propiedad. El silencio, los grillos, los perros ladran en la lejanía. Las luces, fugaces, van por la autopista hacia el sur. Nunca paso al otro lado de la frontera delineada por una rampa que puedo desenganchar si quiero. Pero no la bajo, excepto en los pensamientos. La frontera de mi propiedad es invisible. Para mí es visible. Para otros es una telaraña que no pueden percibir. No me gusta viajar. El umbral de mi casa es la montaña más alta. Me gusta estar donde estoy. Estar en un sitio. Tener rutina, hacer las mismas tareas; a no ser que me entren las prisas por estar frente a la fachada con centenares de ojos.

He dicho, dentro, en los agujeros, se prenden las luces. Como si alguien encendiese las velas en alguna parte en la distancia, del otro lado, y entonces lentamente se acercara a todas esas ranuras de metralla y balas. La luz de las velas llena intensamente algunos agujeros, y otros algo menos por la distancia y el ángulo con el que la luz llega al agujero. No me he explicado bien. Olvidémonos de las velas. Los prismáticos frenéticos son más y más luminosos. Siento cómo la luz emerge de un agujero y colorea mi cabello canoso. Tuve en su momento el pelo amarillo, con el tiempo se blanqueó, como otras muchas cosas que pierden su resplandor. Ahora tengo el pelo blanco y un reflejo algo azulado. Las luces garateaban mi peto, el estómago, como si me evaluaran con sus tentáculos intocables.

Bebo café e intento mirar a través de los agujeros de metralla y de balas, en la fachada de la casa serbia que había comprado con poco dinero. Su antiguo dueño no me dijo nada sobre la naturaleza luminosa de la fachada agujereada con punzadas de metal. Aquel que colme de luz cien ojos, seguro que es un mago.

El Miljacka apesta como el infierno. Me acostumbré a ello. Las frambuesas maduran noche tras noche. Dos perros duermen en el patio; cuidan una serie de salas de almacenamiento, en cuyos techos planos crecen siempre vivas en latas de aceite vegetal. En lo alto están las delicadas estrellas. Por las orillas del río brillan las piezas de cristal y chapa como vertederos ilegales. Los huesos de los animales domésticos están aquí mezclados, en la vegetación exuberante y en descomposición, junto con los huesos de los desaparecidos. El lecho del río pierde profundidad, un poco más y cualquiera puede andar por encima del agua como Jesús.

Las luces en la fachada se apagan. Los prismáticos ya no me observan desde ese lado del universo, la otra dimensión donde viven los seres secretos: *¡los luminoides!* Habitualmente me encontraba con cadáveres sólidos y polvorientos de mariposas y moscas secas y fritas por algo sobrenatural. En el baño, en el dormitorio, en los recibidores, en los que no había luz eléctrica, yacían muertos los insectos de la noche.

La fachada es ahora exclusivamente una reliquia de la guerra. La sombra de la fachada se mantiene como fue en su momento. Antes me gustaba salir a las tiendas de luces, lámparas,

bombillas y otros objetos de iluminación. Allí siempre me sentía a gusto. Con las manos en la espalda, me inclinaba a propósito, y miraba debajo de la pantalla. Alguna vez compraba alguna luz halógena, así no generaba suspicacias entre los vendedores. Esto lo he dicho bien: los vendedores de luces.

Raramente vienen a visitarme. Si no pudiera hacerme el sordo cuando el visitante llama a la puerta de mi ruina, entonces salgo haciéndome el atolondrado. Me froto los ojos con el dorso de la mano, bostezo muy alto y salgo a calentar agua para el café.

«Aquí estoy, solo estaba dormido», digo sin intención, informando de que estoy cansado, para que la conversación no se prolongue demasiado.

Nos sentamos en frente de la casa, a la sombra de las hojas de parra. Bebemos café, hablamos un poco, callamos otro poco, como es costumbre cuando se bebe. Hace poco, vino un amigo de la infancia. Cuando todavía no me había espabilado, oí un ladrido victorioso de mi perro. Venía a traerme un trozo de paño.

«Nada, el perro excava por los vertederos. Mira, esto parece que es de hace poco». Simulando curiosidad miro el guante con desgarrones de color blanco y negro fabricado en Camboya. Me lo paso de una mano a la otra. Rápidamente devuelvo la conversación a sus derroteros. El perro permanece junto a mis piernas y mira mi rostro como si fuera la cara de una divinidad incontestable. Lanzo el guante de ciclista, totalmente impregnado de tierra, hacia el Miljacka y el perro sale raudo tras él. Le doy la orden de que se pierda, para que no nos interrumpa durante el ritual. Seguimos callando y bebiendo el líquido negro.

Me pongo a pensar cómo los *luminoides* aparecen solo en los sitios donde hubo grandes batallas. Allí donde la tierra está inundada de sangre; las casas borradas de la faz de la Tierra, donde incluso la naturaleza está damnificada por conflictos dementes. Un mal siempre atrae a otro.

Los *luminoides* desean infestar imperceptiblemente nuestra realidad, infiltrarse en ella durante un largo periodo de tiempo. Quien empieza a matar insectos inevitablemente acaba matando gente. Intentan deshacerse de cualquier resistencia que se encuentran, pero no tienen éxito, porque no saben cómo dominarme. Mis movimientos les confunden. Hago todo al revés de lo que dictan sus expectativas. Por la noche duermo cuando están activos, cuando su violencia actúa sin sentido. Ellos visten a sus exploradores con un tejido que se confunde con la noche, y los mandan a mi dormitorio. Allí estoy yo; gordo, mi estómago es una montaña ovalada. Ronco flemático. Deliro. Eso les asusta, porque piensan que en el sueño pronuncio un mantra que me protegerá de su ataque sorpresivo. Los colores son el lenguaje incomprensible del sueño. Mi sueño es su realidad, y mis sueños son terroríficos.

Había una vez una mosca, la llamaba *Betamoscardón*. Pero eso era en una vida pasada, que olvidé. A esa *Betamoscardón* le gustaba comer miel y mayonesa cuando venía a nuestra casa, de alguna manera eso era lo único que teníamos entre nuestras provisiones. En aquella época no tenía ni un kilo de más. Entonces vivía en un alojamiento colectivo. En un asentamiento despersonalizado de una residencia de estudiantes de las de entonces. En una montaña donde caía nieve a menudo, el barro merodeaba por las calles en lugar de los perros callejeros. Los perros aparecerán cuando la gente asuma su pobreza, y acepte que ya se les ha pasado media vida y todavía no come con las cucharas de oro prometidas. Se entiende: las secuelas y la transición. Los dos jinetes lentos del apocalipsis.

Los *medooides mayoneseros*. De pequeño vivía en la ciudad donde el sol tenía un brillo púrpura. Hay que imaginarse la infancia bajo el sol púrpura. Eso es porque esas fábricas

expulsaban cenizas ultravioletas a la atmosfera. El origen de las cenizas era desconocido, y quedaría oculto bajo estricto secreto de Estado. Las chimeneas fabriles estaban en nuestro viejo escudo. Los *medooides mayoneseros*. Los únicos zooides a los que conocí personalmente.

La sesión de la fachada de cien ojos estaba acabada. Voy a casa. Dentro huele al yeso que acababa de aplicar a la pared. El olor del yeso es un preámbulo al recuerdo de las primeras formas de existencia. Me acuerdo cuando era un pez grande en un océano turbio de seres, cosas y palabras. Mientras no me convertí en lo que soy ahora: el cajún bosnio. Los cajunes son personas que viven en los pantanos de Luisiana, donde se desplazaron al final del siglo dieciocho después de ser expulsados de Nueva Escocia, en Canadá. La lengua materna es el francés arcaico. Tienen sus canciones, sus bailes, tocan el banjo. Ellos son nativos conservadores como yo también lo soy aquí en la orilla del negro Miljacka, aunque me mudara hace un decenio. Los cajunes no son malvados, pero tienen un concepto extraño del bien y del mal, parecido al mío. He visto veinte veces la película de Walter Hill, *La Presa*, y siempre estuve a favor de que los cajunes derrotaran a los miembros de la Guardia Nacional, chicos de ciudad hipócritas, fantoches con cigarrillos en la boca. Después de la película comprendí que era un cajún. Eso es la esencia de mi ser.

Sé pronunciar en francés las siguiente frases y palabras:

Vu le vu kuše avek mua. Regarde. Agoš. Žo n se pa. Bonsua. Nu som vuz et. Sava?

El yeso me tranquiliza y mis pensamientos no se inflan como la levadura en una cazuela sobre un hornillo apagado. Soy un hombre asqueroso, aunque en realidad sé mostrarme como un ángel virginal. Sé contar historias. Trenzo una red de palabras. Ofrezco café y rakija. La rampa en la entrada de mi propiedad siempre está levantada como un dedo índice amenazador. Los ciclistas no ven el dedo cuando van con prisas por el camino de grava, debajo del paso elevado y, en lugar de continuar a la derecha del camino, siguen hasta mi terreno. ¿Por qué hacen eso?, nunca lo comprenderé. ¿Por que las mariposas de la noche vuelan a una bombilla encendida? Creo que la respuesta a esa pregunta solo la conocen los *luminoooides*.

Me acuerdo cuando era un barbudo, un proto-pescado de cabello canoso en un océano de objetos borrosos y de otros seres vivos. Todavía no había aparecido la simetría, tenía los dos ojos en un cuerpo extraño. Los trilobites tenían ya simetría, y los peces venían después, pero a quién le importa el orden evolutivo. Me gustaba acosar a los peces que eran más débiles que yo. Morderles las aletas de la cola.

Ahora estoy rodeado de oscuridad. El Miljacka es mi rostro, aquí, en el campo de Sarajevo. El burbujeo sobre los pómulos. El cuerpo es mi río Bosna, el más sucio entre los sucios. Mi cuerpo fluido lleva consigo la vida y la muerte. Dos perros pastores encadenados duermen sobre el patio de hormigón del que se evapora el calor del sol. El cachorro de pastor alemán, Himmler, yace junto a la cama, donde están mis piernas. No tengo recuerdos de la guerra. Llegó y pasó. Como las secuelas, que todavía duran, y un día serán un recuerdo borroso. El recuerdo no vale cinco duros. El acuerdo de paz de Dayton tendría que ser mi biblia, pero yo nunca leo nada.

Yazco sobre la cama y escucho mi propio corazón. A veces me parece que oigo un aullido bajo que viene de la dirección de los almacenes. Es el viento seguramente. Llegado el momento, los *luminoooideshusmean* por el dormitorio, pero yo sé que estoy perfectamente protegido. Duermo a pierna suelta en cualquiera de ambos mundos. En el sueño cuido de una tienda limpia de luces, arañas y lámparas de mesa. Por mucho que me interese la luz, también conozco la

importancia de lo telúrico, de lo que es terrenal en mí. Millones de pies me tocan cada día. La primera vez me menciona Constantino VII. Porfirogéneta en el registro *De administrando imperio*. En mí serpentean las venas de plata y brilla el carbón negro.

POSFACIO - OSCILACIONES SUBESPACIALES, FRECUENCIAS RESIDUALES Y FLUCTUACIONES DE LO IMPOSIBLE

Los libros solían tener posfacios, ya fueran escritos por teóricos, críticos o escritores. Solíamos leer esos posfacios para prepararnos para las clases de lengua y literatura en serbo-croata o croata-serbio. Los posfacios eran útiles, pero nunca mostraban lo que necesitábamos para aprender: la fábula. La secuencia de los acontecimientos en una obra literaria.

Hoy no hay posfacios, y el idioma ha cambiado su nombre; permaneció igual y cambió según la cantidad de hablantes y épocas que cambiaron por sí mismos. Así que este posfacio no contendrá una breve descripción de lo que sucede en la obra. Originalmente, estaba pensando escribir este texto para aquellos periodistas que me preguntarían: «¿Puede decirnos de qué trata su nuevo libro?»

No hay preguntas ridículas, con independencia de que no haya leído el libro quien las hace, sino que apareció en la promoción, encendió la cámara y formuló la pregunta. Nunca le pregunten al autor de qué trata su libro, especialmente no a un autor de Europa del Este, a los angloamericanos, sí, con ellos está todo claro. Dividen entre la ficción y la prosa memorística o las historias reales. Su literatura ha sido sistematizada desde hace siglos, mientras que para nosotros el país cambia cada cincuenta años, así que empezamos de nuevo desde el principio.

Y, sin embargo, cada ruptura del estado va acompañada por el gran trauma de la guerra, entonces, ¿cómo se puede creer en la división de la literatura entre ficción y hechos fácticos? ¿Por qué alguien inventaría historias de terror cuando las vivió durante los años de la guerra? ¿De qué fantasía hablamos cuando todo lo que vivimos fue fantástico? En 1994, un kilo de café costaba 330 marcos alemanes en la zona de Bihać. Una bolsa de harina blanca 1000 marcos. En Bosnia, la Alicia de Carroll se sentiría como en casa.

En nuestro país, la literatura es a menudo más que la vida misma, porque es una combinación de maquinación y hechos irrefutables. ¿Cómo puede ser algo diferente cuando un escritor, además de entretener, divertir y obligar a la audiencia a hacerse preguntas retóricas serias, debe ser psicólogo y redentor? Aquel que da voz a los humillados y despreciados. Y eso es porque a nadie le importan las personas. La casta de los políticos es un fin en sí mismo. No practican el servicio a los ciudadanos, sino un servicio que se hacen a su propia riqueza. Así que todo cayó sobre las espaldas de los artistas, luchando contra los fantasmas que atormentaban a cientos de miles de personas. Puedo estar exagerando el papel de la literatura en la sociedad, pero los tiempos difíciles siempre son terreno fértil para la buena literatura que pueda ofrecer consuelo.

Como cualquier selección, esta fue creada al ritmo en que se escribieron sus historias, que diría Bob Rock, con más o menos interrupciones temporales. Algunas historias las escribí hace quince o dieciséis años para ser transformadas y reescritas aquellas partes que me parecían malas, insatisfactorias y donde no me esforcé lo suficiente.

Las últimas tres historias han surgido al final del proceso de escritura del libro, de forma cronológica. El cuento *El rey de las mierdas* fue extraído del manuscrito *Pod Pritiškom (Bajo presión)* y, como pensé que nunca la publicaría en ningún lado, tomé una frase que me gustó y la inserté en *Las aguas tranquilas del una*: «A través de las grietas en la puerta de madera vi nieve sucia que el viento del sur había moldeado como el tablero de un ataúd». Así que una oración se repite en dos libros diferentes. Y Gargano se menciona en una historia, en un papel completamente diferente al de *Las aguas tranquilas del una*. También hay una cita repetida de la película *Blade Runner* de 1982, de Ridley Scott.

El único cuento repetido en dos libros es *El tiempo vuela*, publicado originalmente en *Hit Depot, Pod Pritiškom, Transarajevo, Apokalipsa iz Recycle Bina (Apocalipsis desde el cubo de reciclaje)* (2007), en el último bloque de prosa. En este cuento podéis descubrir las pecas en la cara de un niño visto por el telescopio Hubble.

Escribí una buena parte de los cuentos en sus primeras versiones en las páginas de las columnas de *Start BIH* y aquí, porque me sentía perezoso para escribir comentarios políticos mientras trabajaba en uno de los manuscritos de aquella época. Así que recurría a un repositorio de textos (un archivo especial llamado *Almacén*), reducía la historia a 800-900 palabras y la ajustaba al espacio de una página de la revista. Un buen número de extractos de la versión del manuscrito de *Las aguas tranquilas del una* lo publiqué en las páginas de las columnas en *Start y Dani*. Por las razones que ya he dicho, pero también para tomar el pulso a los lectores. Un método probado: pones en circulación la historia y escuchas los murmullos de los lectores.

Se hicieron cinco historias por encargo para revistas nacionales y extranjeras, literarias o no literarias, y diarios. Así es como *Matrix en Belgrado* apareció, porque Vojka Đikić (editora de una revista que difícilmente tendremos en el futuro), en 2012, me encargó para *Cuadernos de Sarajevo* una historia cuya acción debía suceder en los Balcanes. Como estaba en la residencia literaria de Krokodil en Belgrado cuando se realizó este pedido, también lo es la serie de cuentos relacionados con la ciudad belgradense. Después de eso, escribí otro, que se agregó al cuento encargado.

Escribí el cuento *El encuentro* por encargo de la revista austriaca *Datum*, y la condición era que la acción se llevara a cabo en solo una hora. Elegí que mi historia ocurriera desde las once en punto hasta la medianoche. La última frase del cuento es una discreta alusión a la última estrofa de *My Sad Captains* de Thom Gunn:

*True, they are not at rest yet,
but now that they are indeed
apart, winnowed from failures,
they withdraw to an orbit
and turn with disinterested
hard energy, like the stars.*

El cuento *Mi Atlántida privada* fue encargado por el escritor Srđan Tešin para *Kikindske*

novine (Periódico de Kikinda), para la columna del *Četvrtasto mesto* (Lugar cuadrado). El requisito era que la longitud fuera la adecuada para un periódico, no más de 700 palabras, y que el tema estuviera relacionado con la lectura de libros.

Los soñadores fue encargado para la edición de Año Nuevo de *Dani* 2003/2004. La historia fue completamente reescrita y reelaborada. No ha quedado en ella ni rastro del cuento de Año Nuevo.

El hombre mutilado, bajo un título muy diferente, fue escrito para la colección *Izvan Koridora* (Fuera del corredor) de la librería Karver de Podgorica. Más de dos tercios de este cuento han sido reescritos.

El cuento de *Greta*, mi favorito de todo el libro, surgió al tenerlo durante mucho tiempo dentro de mí, y tuvo que salir de una vez por todas, lo que sucedió durante la Navidad católica. Pensé que describiría el personaje de Greta en *Las aguas tranquilas del una*, pero no puede encajar todo en un libro. Hace tiempo que quería escribir una historia como *Memorias navideñas* de Truman Capote, uno de mis cuentos favoritos en su libro *Música para camaleones*. *Greta* invoca a muchos escritores, incluyendo a Italo Calvino y su *Las cósmicas*, y ciertamente al ineludible Bruno Schulz y *La república de los sueños*.

El cuento *La ofrenda* se basó en lo que Saša Gavrić me contó en un viaje que hicimos juntos. Me dijo que en una zona tenían la costumbre de dar a los médicos un regalo inusual como recompensa por un tratamiento exitoso. Memorice la costumbre que mencionó y decidí que haría un cuento sobre ello. Aunque soy consciente de que las especies de roedores a las que me refiero en el cuento de *La ofrenda* están naturalmente dotadas de órganos de visión rudimentarios y atrofiados, esta historia lo traiciona porque tiene un corte fantástico.

Greta menciona «las tres lágrimas de madre» como el nombre de las farolas en Bosanska Krupa. En realidad, este nombre se usaba para las farolas de Cazin, donde como refugiado pasé mis días de permiso cuando no estaba en el frente. Una leyenda urbana dice que un farmacéutico apodado *Droga* les dio este nombre a las farolas de Cazin porque le recordaban las lágrimas de su madre cuando estaba borracho. Entonces «las tres lágrimas de madre» de Cazin se trasladaron a Krupa, junto con mi memoria de refugiado. *Droga* murió en la guerra, en un desgraciado accidente.

Mientras trabajaba en el manuscrito, leyendo historias constantemente, me di cuenta de que, en algunas de ellas, por casualidad, se mencionaban los relojes. Como soy desde hace mucho tiempo un apasionado amante de los relojes de lujo (y también de los desechados), decidí incluirlos en algunas historias más, considerando que el libro debería tener tantos hilos como fuera posible para que lo vincularan a un todo. Esto puede ser válido para algunos libros, mientras que para otros valen otras reglas, especialmente cuando se trata de una colección de cuentos. El autor siempre decide las reglas del libro. Si escribes libros para que se desarrollen como le gustaría a otra persona, es mejor que dejes la literatura. En algún momento, pensé que la colección se convertiría en una novela, pero renuncié a una idea tan innecesaria. Los relojes permanecieron en el libro.

Escuché a Gary Shteyngart una vez en el *New Yorker Radio Hour* y me di cuenta de que tiene rituales similares a los míos. Por la mañana, antes de leer las noticias en Internet, visita sitios dedicados a los amantes de los relojes. Conozco esa sensación cuando lees sobre los relojes, sobre todas estas pequeñas cosas amontonadas en una caja dura de relojes. De esa manera escapabas de las épocas deprimentes. Fue un alivio para mí saber que no era el único que huía a la

relojmanía para encontrar un refugio seguro, como muchos lectores encuentran refugio entre las portadas de los libros. Espero que alguien encuentre una salvación temporal en este libro, entre otras cosas, ese es uno de sus propósitos.

El libro está escrito en serbocroata o croataserbio, aunque el país donde este idioma era oficial ya no existe desde hace mucho tiempo.

Ni siquiera escribí una sola palabra sobre el subtítulo de este libro: *sevdah preapocalíptico*. El título es: *Cuentos con mecanismo de relojería*.

NOTAS

[1] La película de culto de los hermanos Wachowski (ahora conocidos como Los Wachowski) es de 1999. Matrix o matriz es un ciber mundo simulado, que la gente percibe como su propia realidad. El ciber mundo lo diseñan máquinas conscientes que se aprovechen del calor y de la electricidad de las personas como fuentes de energía. Las personas viven en un sueño, pero sus sueños son la matriz. El mundo real es un desierto.